Mary Westmacott

conocida como

Agatha Christie

Lejos de ti esta primavera

Joan Scudamore regresa a Londres desde Bagdad, donde ha pasado una temporada con su hija Bárbara y el marido de ésta. Los azares de un viaje a través de una geografía y una cultura para ella imprevisibles desencadenan un proceso de introspección en el curso del cual la vida, la suya propia, que había considerado un paradigma de fortaleza y de seguridad adquiere sus perfiles reales.

Mary Westmacott

Lejos de ti esta primavera

ePub r1.1
Titivillus 30.12.14

Título original: *Absent in the Spring*
Mary Westmacott, 1944
Traducción: Carmen Soler Blanch
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

1

Joan Scudamore entornó los ojos para poder ver en la penumbra del comedor del albergue.

«Parece… No, es imposible. ¡Pues claro que es ella! ¡Es Blanca Haggard!».

¡Parecía imposible! ¡En pleno desierto encontrarse con una antigua amiga del colegio! No la había visto desde hacía… ¡por lo menos quince años!

Joan estaba radiante de satisfacción. Era de carácter sociable y siempre le gustaba volver a encontrar viejas amistades. Después se dijo para sí: «¡Cuánto ha cambiado la pobre! Parece mucho mayor de lo que es. ¿Qué tendrá? A lo sumo… unos… unos cuarenta y ocho años; no más».

Con gesto instintivo se volvió hacia el espejo que tenía detrás de ella. Lo que vio reflejado en él la ayudó a conservar su alegría.

«Hay que reconocer —pensó Joan Scudamore— que sé envejecer muy bien».

Veía en el espejo la imagen de una mujer de mediana edad, esbelta, de tez extraordinariamente juvenil, cabellos castaños, apenas ligeramente encanecidos, ojos brillantes y boca sonriente. Aquella imagen de mujer, vestida con un traje chaqueta de corte sobrio y tela ligera, llevaba un bolso grande en la mano. Para viajar, nada más cómodo.

Joan Scudamore volvía de Bagdad e iba a Londres por tierra. Había llegado de Bagdad en tren; pasaría la noche en el parador del ferrocarril, y mañana por la mañana continuaría el viaje en autocar.

La súbita enfermedad de su hija menor la había obligado a salir de Gran Bretaña a toda prisa. Había considerado, con gran alarma, que su yerno William carecía de espíritu práctico y que el desorden más absoluto debía estar amenazando aquella casa que pronto iba a convertirse en un caos.

Pero, de ahora en adelante, todo iría bien. Había tomado el mando y había hecho todo lo preciso. Había previsto todo lo necesario para el bebé, para William y para Bárbara, aún convaleciente; lo había dejado organizado todo de una vez para siempre. «A Dios gracias —estaba pensando en aquellos momentos Joan—, puedo vanagloriarme de tener sobre mis hombros una cabeza bien organizada».

William y Bárbara le estarían eternamente reconocidos. Le habían rogado que prolongara más su estancia, que no se marchara tan pronto; pero sonriendo, para ocultar un suspiro de pena, ella había rehusado. Había que pensar en Rodney, en su pobre y querido Rodney, anclado en Crayminster, lleno de trabajo y abandonado al cuidado de las criadas.

«¿Y de qué servían con lo poco que valía el servicio hoy día?», se decía Joan.

Recordaba que Bárbara le había dicho: «Mamá, ¡tú sí que sabes elegir bien las chicas de servicio! ¡Todas las de nuestra casa han sido verdaderas perlas!».

Joan se había reído un poco, le había gustado aquello, siempre resulta agradable ver que le hacen a una justicia. Muchas veces se había preguntado si su familia no tenía excesiva tendencia a considerar como cosa excesivamente natural el buen aspecto de la casa y los trabajos que ella se tomaba para que todo estuviera siempre a punto.

Aunque a decir verdad nada tenía que reprocharles a los miembros de su familia. Tony, Averil y Bárbara habían sido unos niños estupendos. Tanto ella como Rodney tenían todas las razones para sentirse orgullosos del resultado de la educación que les habían dado y de su éxito en la vida.

Tony dirigía una plantación de naranjos en Rodesia; Averil, después de haberles dado un poco de trabajo, había sentado cabeza casándose con un rico y simpático agente de cambio, y el marido de Bárbara tenía un buen empleo en el departamento de Trabajos Públicos del Irak.

Todos tenían buena presencia, gozaban de buena salud y eran de buen carácter. Joan tenía que reconocer que ella y Rodney habían tenido suerte y, en su fuero interno, hasta se decía que gran parte de aquel éxito se lo debían sus hijos a ellos, a sus padres. Desde

luego, los habían educado con todo cuidado; aunque hubieran tenido que hacer grandes sacrificios, siempre habían escogido minuciosamente *nurses*, institutrices y los mejores colegios, y siempre habían puesto por encima de todo la buena salud y la felicidad de los niños.

La alegría se reflejaba en los ojos de Mrs. Scudamore cuando se apartó del espejo. «¡Sí! Resultaba agradable comprobar el buen éxito de sus esfuerzos. Nunca me ha interesado trabajar fuera de la casa ni me han atraído las distracciones —pensó—. Me he sentido muy feliz representando mi papel de esposa y madre. He estado siempre enamorada de mi marido, que hizo una brillante carrera por cierto… tal vez incluso me deba parte de sus éxitos. ¡La influencia de la mujer es tan grande!… ¡Mi querido Rodney!…».

Su corazón se llenó de alegría al pensar que pronto, muy pronto —dentro de cinco días exactamente—, volvería a verle. Esperaba que no se hubiera sentido excesivamente solo durante este tiempo. Nunca había estado tanto tiempo ausente. ¡Qué vida tan feliz y tranquila habían llevado juntos!

Bueno, la palabra tranquila tal vez no fuera del todo apropiada. La vida hogareña nunca es completamente tranquila, con las vacaciones, las enfermedades contagiosas, y las averías que se producen, siempre en invierno, en la calefacción. La vida, a fin de cuentas, es una serie de pequeños dramas. Y Rodney siempre había trabajado duro, excesivamente duro para conservar la salud. Durante siete años había trabajado demasiado. Joan se dijo gravemente que su marido no tenía tanta resistencia en la vejez como ella. Andaba un poco encorvado, tenía muchas canas y profundas ojeras.

¡Pero esto era normal! Y de ahora en adelante todo iría mejor: se les habían casado los hijos, y el trabajo de Rodney cada vez era más productivo, y más contando con el apoyo de su nuevo socio. Sí, su marido podría tomarse algunas vacaciones. Ambos iban a poder divertirse un poco, recibir más en casa y pasar una o dos semanas en Londres de vez en cuando. Rodney podría jugar otra vez al golf. ¡Eso! ¿Por qué no lo habría animado antes a que lo hiciera? ¡Era una distracción tan saludable! Sobre todo para un hombre que se pasaba la vida metido en un despacho.

Dando aquel tema por terminado, Mrs. Scudamore se quedó

mirando otra vez a aquella mujer, sentada al otro lado del comedor, y estaba segura de que era una antigua amiga del colegio.

¡Blanca Haggard! Simpatizaba extraordinariamente con Blanca cuando ambas eran alumnas del colegio Santa Ana. Blanca Haggard gustaba a todo el mundo. ¡Era tan inteligente… tan alegre… y tan bella! Resultaba chocante pensar tal cosa ante aquella mujer huesuda, vieja y mal vestida. ¡Qué hecatombe! Sí, desde luego, parecía una anciana… ¡nadie le habría echado menos de sesenta años!

«Me enteré de que le habían ocurrido muchas desgracias…».

Joan hizo un movimiento de impaciencia. Blanca había estropeado su vida con su ligereza. A los veintiún años, tenía el mundo a sus pies, siendo una linda chica de buena familia, se había ido a encaprichar de un hombre inmundo. Un vejestorio, sí, un completo vejestorio. ¡Y casado, por si fuera poco! Lo que aún contribuía a empeorar las cosas. Sus padres se habían opuesto a aquellos amores con firmeza llevándosela en un crucero de placer a las Antípodas. Pero a Blanca no se le había ocurrido mejor cosa que desembarcar en ruta, no recordaba exactamente si en Nápoles o en Argel, para ir al encuentro de su viejecito. Para empezar, el viejo perdió el empleo y se dio a la bebida, y la mujer legítima no quiso divorciarse. El seudomatrimonio un buen día se había marchado de Crayminster y, durante años, Joan no había oído hablar más de Blanca, hasta aquel día en que se habían encontrado codo a codo, en Londres, en Harrods, en el departamento del calzado. Habían sostenido una corta y discreta conversación (discreta por parte de Joan; Blanca nunca se había distinguido por su delicadeza); se enteró de que Blanca se había casado con un tal Holliday, un empleado de seguros, pero, según le dijo Blanca, iba a dejar el empleo porque quería escribir un libro sobre Warren Hastings y quería dedicarse de lleno a ello, en lugar de hacerlo poco a poco fuera de las horas de oficina. Al insinuarle Joan que para hacer tal cosa se necesitaba contar con bienes personales, Blanca le había contestado jovialmente que su marido no tenía ni cinco. En tal caso dejar el empleo no sería nada razonable, a no ser que estuviera muy seguro del éxito de su libro, había objetado Joan. ¿Se lo había encargado alguien? ¡No!, le había contestado Blanca riéndose más todavía. A decir verdad no era de esperar que el libro tuviera

mucho éxito, Tom era un tipo muy decidido pero no tenía demasiado talento. Al oír aquello, Joan le había dicho precipitadamente a Blanca que su deber, en tal caso, era disuadir inmediatamente a su marido de semejante proyecto. A lo que Blanca había contestado mirándola fijamente: «¡Pero tiene tantas ganas de hacerlo, pobrecillo! ¡En él es una verdadera obsesión!».

Algunas veces, le había dicho ella, en el matrimonio había que pensar por los dos. Blanca se había reído todavía más y le había contestado que ella no había conseguido pensar nunca ni para uno.

Al acordarse de aquello Joan se dijo que Blanca desgraciadamente no había dicho más que la verdad. Al año siguiente había encontrado otra vez a su amiga en un restaurante en compañía de una mujer muy vistosa y de dos melenudos. Después no había vuelto a dar señales de vida hasta que le escribió aquella carta en la que le pedía que le prestara cincuenta libras. Tenía que operar a su pequeño, decía. Joan le había mandado veinticinco y le había contestado amablemente en seguida, pidiéndole más detalles. La respuesta había llegado en forma de tarjeta postal; al dorso Blanca había escrito: «Eres muy buena, Joan; sabía que me sacarías del atolladero». Palabras muy amables, desde luego, pero tal vez excesivamente escuetas. Después de aquello, silencio. Hasta aquella noche en un hotel del ferrocarril del Próximo Oriente, bajo el humo de las grasientas lámparas de petróleo que despedían un horrible olor a sebo rancio y a parafina en que volvía a encontrar a su amiga de la infancia, increíblemente cambiada, convertida en una mujer vieja y vulgar.

Blanca fue la primera en terminar de cenar, vio a Joan y se quedó parada mirándola fijamente.

—¡Santo Dios! ¡Pero si es Joan!

Inmediatamente arrastró su silla hasta la mesa que ella ocupaba y empezaron a charlar. Blanca habló primero:

—¡Caramba, te defiendes de los años de un modo extraordinario! ¡Nadie te echaría más de treinta! ¿Dónde has estado metida durante todo este tiempo que no nos hemos visto? ¿Dentro de una nevera?

—Nada de eso, Bárbara. No me he movido de Crayminster.

—Nacida, educada, casada y enterrada en Crayminster…

—¿Y eso es malo? —dijo Joan, riéndose un poco.

Blanca movió la cabeza negativamente.

—No —dijo con gravedad—. Incluso me atrevería a decir que es una envidiable suerte. ¿Cómo están tus hijos? Tienes más de uno, ¿verdad?

—Sí. Tengo tres. Un chico y dos chicas. El muchacho está en Rodesia, Las dos hijas están casadas. Una vive en Londres; ahora vengo de ver a la otra, la que tengo en Bagdad. Su nombre de casada es Bárbara Wray.

Blanca le guiñó un ojo.

—Ya me han hablado de ella. Sé que tiene un bebé precioso. Se casó joven, ¿no? Tal vez demasiado incluso.

—No soy de tu opinión —dijo perentoriamente Joan—. William nos gustó desde su primer momento. Forman un matrimonio perfecto.

—Sí, al parecer todo se arregló después. El bebé debió ayudar a restablecer el equilibrio. El nacimiento de un hijo suele calmar a las jóvenes. Naturalmente, no hablo por mí —dijo pensativamente Blanca—. Quería mucho a mis dos hijos, Len y Mary, pero eso no me impidió, tan pronto como se cruzó en mi camino Johnnie Pelham, huir con él y dejarles plantados sin más.

Joan la miró furiosamente.

—¡Blanca, desde luego no comprendo cómo pudiste hacer una cosa así!

—No está bien, es cierto —dijo Blanca—, pero a decir verdad yo me daba perfecta cuenta de que al lado de Tom estarían estupendamente. Se ocupaba de todo muy bien, les lavaba él mismo los baberos y hasta les preparaba los biberones. Y en cuanto yo me marché cogió una *nurse* formidable que le fue mil veces mejor que yo: se ocupaba de los niños y de la casa como nadie. ¡Mi pobre y estúpido Tom! ¡Qué gran muchacho! Todos los años me mandaba una tarjeta de felicitación por Navidad. Un buen detalle por su parte, ¿no te parece?

Joan no pudo ni contestarle. Pensamientos excesivamente contradictorios asaltaban su mente. A pesar de todo lo que oía, lo que más seguía sorprendiéndole era que aquella anciana fuera Blanca Haggard. ¡Cómo podía haberse convertido aquella chiquilla estilizada, inteligente y honesta, que había sido la alumna más brillante de Santa Ana, en aquel pingajo que no sentía la menor

vergüenza en revelar hasta los más nimios detalles de su escandalosa vida! ¡Y con qué vocabulario además!

¿Cómo era posible oír tales palabras de boca de Blanca Haggard, la ganadora del primer premio de lengua inglesa en el colegio de Santa Ana? Blanca volvió a reanudar la conversación en el punto en que la habían dejado.

—A decir verdad, no me extraña demasiado que Bárbara Wray sea tu hija, Joan. Sirve para probar solamente que en todas partes se encuentra una con gente conocida. Oí decir, no sé dónde, que era muy desgraciada con vosotros y que por eso se había casado con el primero que la pretendió.

—¡Esto es algo totalmente ridículo! ¿Quién puede propagar semejantes infundios?

—Lo ignoro. Te aseguro, Joan, que pondría mi mano en el fuego para jurar que eres una madre ejemplar. No soy capaz de imaginarte caprichosa o versátil…

—Gracias por la buena opinión que tienes de mí, Blanca. En efecto, creo poder asegurar que nuestro hogar fue siempre agradable para nuestros hijos y que hicimos cuanto estuvo a nuestro alcance para que fueran felices. Me enorgullece poderme considerar una amiga de mis hijos.

—Desde luego. Lo difícil es conseguir serlo de verdad.

—¡Oh! Es muy fácil. Basta con acordarse de la propia juventud y con ponerse a su altura. —Joan inclinó la cara, graciosamente seria, hacia su amiga—. Rodney y yo siempre hemos seguido este sistema.

—¿Rodney? Ah sí, te casaste con un abogado, ¿verdad? Lo recuerdo porque fui a darle bastante la lata cuando Harry quería obtener el divorcio de la pelmaza de su mujer. Creo recordar que era tu marido el abogado a quien consultarnos varias veces… Rodney Scudamore. Sí, un hombre extraordinariamente bueno y amable. ¡Se mostró muy comprensivo con nosotros! Joan, ¿tú siempre estuviste enamorada de él? ¿Nunca tuviste ningún otro capricho?

Joan se irguió y contestó secamente:

—Ni él ni yo hemos tenido nunca caprichos. Rodney y yo somos un matrimonio feliz.

—Tú debes de haberlo sido, Joan; desde luego, siempre has sido fría como un pez. Pero yo juraría que tu marido… con aquellos ojos

tan picarones que tiene…

—¡Blanca! —La indignación hizo enrojecer a Joan—. ¡Rodney los ojos picarones!

De repente, una idea insólita atravesó su espíritu, una idea fugitiva como la imagen de una serpiente que había visto la víspera deslizarse sobre la carretera polvorienta y gris delante del coche. Apenas había tenido tiempo de verla, había desaparecido inmediatamente. Esta vez la fugitiva aparición eran tres palabras, que habían surgido de no sabía dónde y que pronto habían sido olvidadas: «La hija de Randolph…».

Tres palabras que desaparecían sin apenas haber tenido conciencia de ellas. Blanca se deshacía en excusas.

—Perdona, Joan. Si te parece, vamos al salón a tomar un café. Nunca he tenido modales refinados, ya lo sabes.

—¡Oh no!

Aquellas palabras habían acudido a sus labios de un modo espontáneo, lo había dicho casi escandalizada.

Blanca se quedó muy satisfecha al oírla.

—¡Oh sí! ¿No te acuerdas?

Pero Joan sólo tenía buenos recuerdos de su amiga. Recordaba a Blanca en el terreno de hockey con sus cabellos rubios flotando sobre los hombros; Blanca en cabeza de la clase sonriendo con aire triunfante; Blanca haciendo guiños detrás del profesor de francés, o parodiando el enfático acento de *Miss* Lorrimer, la profesora de Matemáticas.

—¿No te acuerdas de aquel día que salté la pared para ir a flirtear con el hijo del panadero?

Joan se sobresaltó. Había olvidado aquel incidente que tanto revuelo había causado entonces. Un desagradable y grosero episodio por cierto.

Blanca se hundió todo lo que pudo en su sillón de paja y pidió un café riéndose todavía de sí misma.

—Ya era una buena pieza yo entonces. ¡Eso es lo que me ha perdido! ¡Siempre me han gustado demasiado los hombres! ¡Y sobre todo los indeseables! Primero Harry, que no valía demasiado, desde luego, pero era extraordinariamente guapo; después Tom, que tampoco valía mucho, lo que no me impidió enamorarme locamente de él; y Johnnie Pelham… lo poco que aquello duró fue delicioso.

Luego Gerald, alguien no demasiado recomendable tampoco…

En aquel momento la aparición del café interrumpió aquella letanía que Joan no podía por menos de considerar de pésimo gusto. Blanca se dio cuenta.

—Perdona, Joan. Veo que te escandalizo. Tú siempre tan mojigata.

—Bueno —dijo Joan—, yo creo que tengo ideas bastante amplias precisamente, Blanca. —Luego añadió torpemente—: Perdona… no sé cómo decirte que deploro…

—¿Que haya llevado este tipo de vida? —Aquella idea pareció divertir a Blanca—. Eres muy buena, querida. Pero no vale la pena que te preocupes por mí; te aseguro que me he divertido mucho a lo largo de mi vida.

Joan, casi involuntariamente, echó una ojeada a su antigua compañera de colegio. ¿Se había dado cuenta Blanca del desagradable aspecto que presentaba? Con sus cabellos mal teñidos, su sucio y llamativo vestido de poco precio, su mirada cansada y su cara llena de arrugas… ¡Sí, se había convertido en una vieja, en una mujer de edad que había llevado mala vida, en una desvergonzada, en una ruina!

Volviéndose a poner seria, Blanca dijo gravemente:

—Tienes razón, Joan. Has sabido vivir bien. Yo lo he destrozado todo. ¡He convertido mi existencia en una perpetua desgracia! Yo he bajado y tú has subido… No, mejor dicho, te has quedado en el mismo peldaño donde estabas: una buena alumna de Santa Ana que hizo una honorable boda. ¡Buena publicidad para la escuela, sí, señor!

Deseosa de desviar la conversación hacia el único punto que tenían en común, Joan exclamó:

—Eran los buenos tiempos, ¿verdad?

—Qué quieres que te diga, Joan. La verdad es que la mayor parte del tiempo me aburría mucho. Aquel ambiente estúpidamente alegre y escrupulosamente sano me hacía entrar ganas de huir y ver mundo. Bueno, y el caso es que acabé viendo mundo y realizando mis deseos. ¡Pero las pasé moradas!

Joan sintió curiosidad de pronto por saber el motivo de la presencia de Blanca en el albergue.

—¿Vuelves a Inglaterra? ¿Coges el autocar mañana?

Aquella eventualidad hizo latir su corazón algo más apresuradamente. No sentía ningunas ganas de tener a Blanca como compañera de viaje. Un encuentro accidental era perfecto, pero Joan tenía serias dudas sobre si podría seguir manteniendo aquel tono amistoso a través de toda Europa. Los recuerdos del pasado pronto se terminarían.

Blanca esbozó una sonrisa.

—No; parto en la otra dirección. Voy a Bagdad a reunirme con mi marido.

—¿Con tu marido?

Joan se quedó estupefacta de que Blanca pudiera tener algo tan respetable como un marido.

—Sí; es ingeniero, ingeniero del ferrocarril. Donovan. Se llama Donovan.

—¿Donovan? —Joan meneó la cabeza—. No recuerdo haber oído nunca este nombre.

Blanca se echó a reír ruidosamente.

—¡No es fácil que lo hayas podido encontrar en ninguno de los lugares que tú frecuentas! No es de tu medio, es un irlandés, de clase media, que bebe como un cosaco, dicho sea de paso. Pero tiene un corazón de oro. Quizá te extrañará, pero estoy completamente enamorada de él.

—Era de esperar —dijo Joan como buena amiga y mujer de buen tono.

—¡Mi vieja Joan! Siempre serás la misma, ¿verdad? Tranquilízate, no voy a ir contigo, perderías tu angélica paciencia si pasaras algunos días en mi compañía. ¡No te creas obligada a protestar! Sé en lo que me he convertido. En una mujer vulgar de cuerpo y alma, eso es lo que estás pensando, lo sé. Es cierto, pero hay cosas peores.

En su fuero interno, Joan dudaba sinceramente de que pudiera existir algo peor. El declive de su amiga de colegio le parecía una verdadera tragedia.

Blanca no podía callar.

—Espero que tengas buen viaje —dijo—. Pero no me atrevería a asegurarlo. Me parece que van a empezar pronto las lluvias. En tal caso, es fácil que ocurra alguna avería y que te tengas que quedar varios días en pleno desierto.

—¡Dios no lo quiera! Esto trastornaría todos mis planes; tengo reserva en todos los trenes ya…

—Bueno, atravesar el desierto es cosa que pocas veces está de acuerdo con la previsión. Por lo menos hasta que se han dejado atrás los arenales. Después ya todo marcha. Claro que los chóferes ya llevan gran cantidad de víveres y agua potable. Pero eso no impide que resulte bastante molesto quedarse en medio, con avería y sin tener otra cosa que hacer más que reflexionar.

Joan sonrió.

—Puede resultar casi una diversión. En realidad, la vida normal no deja ni tiempo para descansar. Te aseguro que a menudo he deseado pasar una semana sin tener absolutamente nada que hacer.

—Yo creía que podías darte este lujo en cualquier momento.

—Te equivocas, Blanca. Yo soy una mujer muy ocupada, dentro de mi pequeña esfera. Soy secretaria del Comité agrícola y miembro del Consejo de la Cruz Roja local; me intereso también por la obras de caridad y por la política. Y además tengo que llevar la casa. Rodney y yo salimos, pero también recibimos mucho en casa. Siempre me ha parecido oportuno que un hombre de leyes cultive sus relaciones. Otra cosa que me apasiona es el cuidado de las flores, me gusta ocuparme personalmente de mi jardín. ¿Me creerás, Blanca, si te digo que no me queda ni un minuto libre? Apenas si dispongo de un cuarto de hora antes de la cena para sentarme tranquilamente y descansar. Y te aseguro que mantenerse al corriente de los libros que están en boga es algo agotador.

—Pues tú pareces soportarlo todo muy bien —murmuró Blanca mirando aquella cara sin una arruga.

—Bueno, he de confesar que siempre he tenido una salud perfecta. Es una verdadera suerte. Precisamente porque llevo una vida tan activa te aseguro que me parecería maravilloso tener un día o incluso dos completamente míos, sin nada que hacer más que pensar.

—Me estoy preguntando, Joan, ¿en qué podrías reflexionar tú?

Joan se echó a reír con una risa clara.

—Los temas de reflexión no faltan a nadie, supongo.

Blanca esbozó una sonrisa.

—Sí, siempre se puede meditar sobre los pecados que uno ha cometido.

—Es cierto —dijo Joan por educación, pero sin gustarle demasiado aquella sugerencia.

Blanca se la quedó mirando fijamente.

—A ti no te llevaría demasiado tiempo.

Frunció las cejas y continuó diciendo:

—Pronto empezarías a recordar sólo tus buenas acciones. Y todas las circunstancias felices de que ha estado rodeada tu vida. ¡Aunque… a decir verdad, me parece que todo esto a la larga tiene que resultar insoportable! Me estoy preguntando… —titubeó—, me estoy preguntando, si uno no tuviera otra cosa que hacer más que pensar en sí mismo durante varios días seguidos, ¿qué descubriría…?

Joan la escuchaba con cierto escepticismo. Se rebelaba ante aquella idea.

—¿Podría llegar a descubrir acaso algo que aún no supiera sobre sí mismo?

Blanca se quedó meditando en aquellas palabras.

—Creo que sería perfectamente posible. —Se estremeció ligeramente—. Sin embargo, preferiría no intentar la prueba.

—Evidentemente —prosiguió diciendo Joan—, ciertas personas sienten inclinación por la vida contemplativa. Yo estoy muy lejos de eso. El misticismo es algo que no me va. No creo poseer este tipo de religión. La encuentro una actitud terriblemente exagerada.

—Ciertamente, resulta mucho más simple —dijo Blanca— recurrir a las breves y usuales oraciones. —Como contestando a la interrogadora mirada de Joan, se apresuró a decir—: «¡Dios tenga misericordia de esa gran pecadora que soy yo!». A eso, poco más o menos, se resume todo.

Joan se sentía francamente incómoda.

—Sí, desde luego.

Blanca se echó a reír otra vez.

—Lo malo para ti, Joan, es que tú no eres ninguna pecadora, cosa que te impide utilizar muchas oraciones. En cambio yo puedo echar mano de todas. A veces creo que me he pasado la vida haciendo lo contrario de lo que tenía que hacer.

Joan permaneció callada, no sabía qué decir.

Blanca prosiguió en tono ligero:

—Saber vivir es difícil. Una se va cuando se tendría que quedar

y se altera cuando debería permanecer tranquila. Hay momentos en que la vida es tan bella que cuesta trabajo creer que pueda ser realidad, y después, ¡pam!, de repente cae sobre una un infierno de catástrofes y sufrimientos. Cuando las cosas van bien, una cree que aquello durará siempre, y es imposible. Y cuando se está abrumado por la pena y los sufrimientos, se tiene la impresión de que nunca se podrá superar todo aquello, de que jamás se logrará salir de aquellas tinieblas para volver a ver la luz del sol. La vida es así. ¡Qué le vamos a hacer!

Aquella concepción de la existencia difería tanto de la que Joan conocía, que fue incapaz de contestar nada.

Blanca se levantó de repente con un movimiento brusco.

—Te estás cayendo de sueño, y yo también. Y mañana tenemos que levantarnos pronto. ¡Encantada de haberte podido saludar otra vez, Joan!

Las dos mujeres se estrecharon la mano efusivamente. Un poco titubeante y con cierta entonación de ternura un poco ruda en la voz, Blanca dijo precipitadamente:

—No te inquietes por Bárbara. Todo irá bien, estoy segura. Billy Wray es un gran muchacho. Y además el niño contribuirá a arreglarlo todo. Lo que pasa es que ella es muy joven, y ese tipo de vida que se lleva por ahí hace perder la cabeza a muchas mujeres.

Joan no comprendía nada de cuanto le estaba diciendo Blanca. Demostró su total sorpresa y dijo con toda buena fe.

—No entiendo una palabra de lo que me estás diciendo.

Blanca se contentó con mirarla admirativamente.

—¡Siempre a flote la buena educación de Santa Ana! ¡No admitir nunca que pase nada! No has cambiado ni un ápice, Joan. A propósito, te debo veinticinco libras, es la primera vez que pienso en ello.

—¡Oh, no te preocupes por eso!

—¡No hay peligro! —contestó Blanca, riendo—. Yo tendría que tener la intención de devolvértelas, pero en el fondo, cuando uno presta dinero, ya sabe que no lo volverá a ver, Por eso en realidad no me ha atormentado demasiado esta deuda. ¡Fuiste muy buena, Joan! Ese dinero me llegó como un milagro.

—Creo recordar que tenías que hacer operar a uno de tus hijos.

—Eso era lo que yo me temía, pero al final el chiquillo se curó

solo. Entonces, con tu dinero, decidimos pasar un agradable fin de semana y además compramos una mesa de despacho espléndida que hizo las delicias de Tom.

Un recuerdo lejano acudió a la mente de Joan en aquel momento.

—¿Escribió aquel libro sobre Warren Hastings?

Blanca sonrió:

—¡Bravo por tu memoria, Joan! Sí, lo escribió ¡en ciento veinte mil palabras!

—¿Y se lo editaron?

—¡Claro que no! Inmediatamente empezó la biografía de Benjamín Franklin. No tuvo ningún éxito. Vaya unos gustos, ¿verdad? ¡Tenerle afición a semejantes vejestorios! Yo, si escribiera alguna biografía, sería sobre Cleopatra, por ejemplo, o sobre Casanova, bueno, quiero decir que me interesaría más la vida de un personaje un poco más movido. Claro que cada uno tiene sus ideas. Tom volvió a emplearse; su empleo no era tan bueno como el de antes, pero me gustó que por lo menos durante este tiempo se hubiera divertido. Es algo muy importante, ¿no crees?, que los hombres se muevan como les plazca.

—Bueno, eso depende —contestó Joan—. Hay que considerar tantas cosas…

—¿No has vivido a tu gusto, Joan?

—¿Yo? —contestó Joan, cogida por sorpresa.

—Sí. Tú. Tú, Joan. Te querías casar con Rodney Scudamore, ¿no? ¡Y querías tener niños y un hogar confortable! —Volvió a reír y añadió—: «Y vivir feliz y dar gloria a Dios. Amén».

Joan también se echó a reír, tranquilizada por el tono más banal que acababa de adquirir la conversación.

—¡No te burles de mí! He tenido mucha suerte, lo reconozco.

Luego, asustada de su falta de tacto ante la miseria y las desgracias de Blanca, se apresuró a añadir:

—Tengo que acostarme. ¡Buenas noches! He tenido una gran alegría de volverte a ver, Blanca.

Volvió a estrechar calurosamente la mano de su amiga. (¿Esperaba Blanca que la abrazara? Seguramente no).

Empezó a subir ligeramente la escalera: «¡Pobre Blanca! —pensó Joan mientras empezaba a desnudarse y a doblar cuidadosamente la

ropa tras haber sacado de la maleta un par de medias limpias para el día siguiente—. ¡Pobre Blanca! ¡Es un caso verdaderamente lamentable!». Se puso el pijama y empezó a cepillarse el cabello.

«¡Pobre Blanca! ¡Se ha vuelto tan horrible y tan vulgar!».

Antes de acostarse vaciló un poco. A decir verdad, pocas personas se acuerdan de rezar sus plegarias cada noche. Joan hacía mucho tiempo que no había rezado. Durante aquellos últimos tiempos había ido muy poco a la iglesia. Pero no por eso habían variado lo más mínimo sus convicciones.

De pronto sintió la necesidad insólita de arrodillarse al borde de aquella cama de aspecto tan poco confortable (las sábanas de algodón eran de lo más ordinario; menos mal que ella ya se había preocupado de traerse su mullida almohada) y de recitar sus oraciones conscientemente como una niña. Estaba nerviosa. Se metió en la cama de un salto y se tapó con las mantas. Después cogió el libro que había dejado sobre la mesita de noche: *Memorias de Lady Catherine Dysart*, novela sentimental de la época victoriana, escrita con ágil pluma.

Leyó algunas líneas, pero pronto se dio cuenta de que no lograba concentrarse: «Estoy demasiado cansada», pensó.

Colocó de nuevo el libro en su sitio y apagó la luz. Volvió a experimentar el deseo de arrodillarse y rezar. ¿Qué era aquello tan chocante que había dicho Blanca? «Eso te impide utilizar muchas oraciones». ¿Qué había querido decir con aquello?

Joan formuló mentalmente una rápida plegaría, una oración compuesta de palabras aisladas, sin conexión.

«¡Dios!… Te doy gracias… ¡Pobre Blanca!… Te doy gracias porque no soy como ella. ¡Dios sea loado!… Por haberme dado tanta suerte… Sobre todo por no ser como esa desgraciada Blanca… ¡Pobre Blanca!… Es horrible… Tuvo ella la culpa, desde luego… Es una desvergonzada de la peor especie… A Dios gracias yo soy completamente distinta… ¡Pobre Blanca!…».

Después se durmió.

2

Al día siguiente, cuando Joan Scudamore salió del albergue, llovía. Aquella lluvia fina parecía algo insólito en aquella parte del mundo.

Joan se dio cuenta de que ella era la única que iba en dirección oeste, circunstancia poco corriente (según le dijeron), aunque el número de viajeros fuera muy reducido en aquella estación del año. El viernes precedente, por ejemplo, habría viajado en numerosa compañía.

Joan vio ante la puerta un viejo autocar de turismo, con un chófer europeo y un asistente indígena. El dueño del albergue, cuya silueta se perfilaba contra el gris del alba, la esperaba para ayudarla a subir al autocar. Les gritaba a los árabes para que instalaran las maletas del mejor modo y entretanto no cesaba de desear a la señorita, así llamaba a todas sus clientes, un buen viaje lleno de comodidades. Después se inclinó ceremoniosamente ante ella y le dio la carta para que eligiera la comida. El chófer gritó alegremente:

—¡*Adi adí*, Satán! Hasta esta noche o la semana próxima; por cierto que mucho me temo que será la semana próxima.

El autocar arrancó y recorrió las calles de aquella ciudad oriental entre construcciones de arquitectura europea, grotesca paradoja. Sorprendidos por el claxon, que continuamente hacía sonar el chófer, los pequeños asnos que ocupaban la calzada se apartaban sobresaltados seguidos de una chiquillería bulliciosa. El autocar salió de la ciudad y empezó a recorrer una carretera mal pavimentada, pero de una amplitud suficiente como para hacer creer que llegaba hasta el fin del mundo. Cosa que no dejaba de ser una simple impresión, porque terminaba bruscamente dos kilómetros más arriba, dando paso a algo mucho peor.

Joan se enteró de que si acompañaba el tiempo tardaría unas siete horas en llegar a Tell Abu Hamid, final del ferrocarril turco. El tren procedente de Estambul llegaría por la mañana y saldría por la

noche a las 21 horas 30. Los viajeros pasaban aquellas horas de espera en un albergue, sencillo naturalmente, pero que por lo menos les permitía descansar un poco. Joan pensó que quizá en el camino se cruzarían con la caravana de autocares que acababa de salir de allí.

El autocar donde viajaba Joan avanzaba dando grandes saltos. Saltaba de tal forma que Joan iba dando bandazos de un lado a otro del asiento.

El conductor le gritó por encima del hombro que esperaba soportaría bien aquel traqueteo. Estaban en una parte de la carretera con muchos baches, pero quería correr lo más posible ahora, por si se encontraba luego con dificultades en el paso de los tres vados.

De vez en cuando echaba una ansiosa mirada hacia el cielo.

La lluvia ahora caía más fuerte, el autocar empezó a dar una serie de bandazos que produjeron a Joan una ligera sensación de mareo.

Llegaron al primer vado hacia las once. Corría un poco de agua, pero consiguieron cruzarlo sin dificultades y tras una subida un poco peligrosa por la orilla opuesta pudieron cantar victoria. Pero dos kilómetros más allá el autocar se atascó y dejó de avanzar.

Joan se puso el impermeable y salió del vehículo. Abrió su bolso de viaje y decidió aprovechar aquella parada para comer, entretanto andaba de un lado a otro mirando interesada en el trabajo de los dos hombres que trataban de desatascar las ruedas del coche con la pala y el gato que se pasaban de uno a otro al tiempo que iban colocando tablas que ya habían tenido la precaución de llevar consigo. Joan dudaba del éxito de la empresa, pero el chófer le aseguró que en peores trances se había visto. Por fin, con una velocidad de rotación ridículamente excesiva, las ruedas se deslizaron sobre el suelo, rechinaron y el autocar avanzó un poco hasta encontrar un terreno más duro.

Un poco más lejos, vieron dos autocares que venían en sentido contrario. Los tres coches se pararon y los chóferes hablaron un poco entre ellos intercambiando consejos y recomendaciones.

Entre los viajeros de los otros autocares, Joan vio a una mujer con un bebé, a un joven oficial francés, a un viejo armenio y a dos hombres de negocios británicos. El autocar en que viajaba Joan

volvió a emprender la marcha. Hicieron todavía dos paradas obligatorias y cada vez se renovaron los largos y laboriosos esfuerzos de arranque. El segundo vado fue más difícil de cruzar. Llegaron allí cuando anochecía. Un verdadero torrente circulaba ya entre las dos orillas.

Joan preguntó, inquieta:

—¿El tren esperará?

—Habitualmente suelen esperar una hora, si el horario lo permite. Pero nunca esperan más de las veintiún horas treinta. No se preocupe, la carretera es mejor a partir de aquí. El suelo es distinto. Dentro de poco estaremos en pleno desierto.

El siguiente y último vado resultó verdaderamente difícil de cruzar, sobre todo al final, debido a lo empinado del terreno, lleno de barro además. Anochecía ya cuando el autocar estuvo en tierra firme. A partir de aquel momento el viaje fue fácil, pero no llegaron a Tell Abu Hamid hasta las 22 horas 15. El tren para Estambul ya había salido,

Joan estaba tan fatigada que apenas si se dio cuenta de lo que le decían. Entró casi tambaleándose en el comedor, se dejó caer en una silla, delante de una de las mesas de madera blanca, pero no pudo tragar bocado; pidió sólo una taza de té y se retiró inmediatamente a su habitación; un cuarto con tres camas de hierro, mal iluminado y siniestro. Tras haber sacado de la maleta lo estrictamente necesario, se metió en la cama y se durmió con un sueño pesado.

Al día siguiente se despertó tranquila y serena como de costumbre. Se sentó en la cama y consultó su reloj: eran las nueve y media. Se levantó, se lavó, se arregló y se dirigió al comedor. Un hindú tocado con un vistoso turbante hizo su aparición. Joan pidió el desayuno. Después se dirigió lentamente hacia la puerta y echó una mirada al exterior. Con cierta impaciencia se dijo que estaba varada en un país perdido en el mapa.

El viaje de ida lo había hecho en avión desde El Cairo a Bagdad. El viaje por tierra era un auténtico descubrimiento para ella. Necesitaba siete días para ir de Bagdad a Londres: el tren la llevaba primero hasta Kirkuk, después un día de auto y una noche en el albergue; el resto se hacía en autocar hasta Tell Abu Hamid; desde allí el Taurus Express llevaba a los viajeros hasta Estambul y allí se

cogía el Simplon Orient. Éste era el itinerario normal, pero todas aquellas previsiones se habían venido abajo y ahora estaba detenida allí, sin saber qué hacer.

No había amenaza de lluvia aquella mañana. El cielo era azul, sin una nube y por todas partes sólo veía arena fina de un color amarillo dorado. Junto al albergue, en un recinto rodeado de alambre, había un montón de basura junto a un cercado de escuálidas gallinas. Nubes de moscas acudían al montón de basura; de pronto Joan vio que se movía algo que de momento tomó por un montón de ropa sucia: era un chiquillo árabe.

Un poco más lejos, tras otros alambres, vio un edificio bajo que debía de ser la estación del tren, flanqueada por algo que Joan creyó en principio que sería un pozo artesiano o una cisterna. A lo lejos, hacia el Norte, el horizonte quedaba recortado por un perfil impreciso de montañas. Aparte de esto, nada. Ni cercas, ni casas, ni vegetación, ni ser humano a la vista. Una estación, la vía del tren, algunas gallinas, una cantidad desproporcionada de alambre espinoso y nada más.

«¡Vaya! —pensó Joan—. ¡Es de lo más divertido verse detenido en un lugar tan agradable para la vista!». El hindú apareció en el umbral de la puerta y anunció que el desayuno de la *Memsahib* estaba servido.

Joan dio media vuelta y entró; de nuevo se encontró sumida en el ambiente típico del albergue: la oscuridad, el olor a grasa de cordero y a aceite de parafina. Todo aquello pareció darle la bienvenida, como una especie de rito desagradable.

Le habían servido café con leche condensada, un plato repleto de huevos fritos, con algunas rodajas de pan tostado, duro como el hierro, y un poco de confitura de ciruelas de aspecto sospechoso.

A pesar del poco apetitoso aspecto de los alimentos, comió con buen apetito. Después volvió a aparecer el hindú para preguntar a qué hora pensaba comer la *Memsahib*.

Joan dijo que quería comer un poco tarde. Quedaron de acuerdo en que la una y media era la mejor hora.

Los trenes salían tres veces por semana: lunes, miércoles y viernes, ¿verdad? Aquel día era jueves y, por lo tanto, no podría emprender el viaje hasta el día siguiente por la noche, ¿no?, le preguntó Joan al hombre del turbante.

—Exacto, *Memsahib*, es así. Mala suerte perder tren ayer por la noche. Carretera impracticable, llovió fuerte por la noche. Imposible ir y volver de Mosul hasta dentro de unos días.

—Pero los trenes siguen funcionando ¿no?

A Joan no le interesaba ni poco ni mucho la carretera de Mosul.

—¡Oh sí! Tren llegar mañana por la mañana. Salir mañana por la noche.

Joan hizo un señal de aprobación con la mano y se interesó por la suerte del autocar que le había traído.

—Ha salido esta mañana muy temprano. Conductor esperar pasar, no seguro. Creer tener que esperar uno o dos días en carretera.

Sin preguntar más, Joan se dijo para sí, que efectivamente aquello sería lo más probable. El hombre siguió dándole detalles sobre el lugar:

—Aquello de allí: la estación, *Memsahib*.

Joan contestó que ya lo había imaginado.

—Estación turca. Estación de Turquía. Vía del tren turco después de las alambradas. Vea: alambradas frontera.

Joan se quedó mirando aquella frontera respetuosamente; le hizo gracia el aspecto curioso que presentaba,

El hindú, con gran seriedad, dijo entonces: «La comida exactamente a la una treinta», y desapareció. Momentos después, Joan le oyó gritar con voz furiosa y gutural desde el fondo de la casa. Otras dos voces le hacían eco. Todo aquello olía a Arabia que apestaba.

Joan se preguntó por qué serían siempre los hindúes los que regentaban aquel tipo de paradores. Quizá porque eran de costumbres más europeas, se dijo. El tema no le interesaba demasiado y dejó de pensar en él. ¿Qué iba a hacer aquella mañana? Podía proseguir la atractiva lectura de las *Memorias de Lady Catherine Dysart*. O escribir algunas cartas; las podría mandar desde la estación de Alepo, Tenía un bloc de papel y algunos sobres en la maleta. Pero titubeó un poco cuando estuvo en la puerta del parador. ¡El interior olía tan mal! Tal vez sería mejor dar un paseo.

Entró a buscar su sombrero de fieltro. El sol no era muy peligroso en esta estación, pero era mejor ser precavida. Se puso las gafas negras, luego cogió su bloc y la estilográfica y lo puso todo

dentro del bolso.

Después salió, pasó por delante del montón de basura dando la espalda a la estación y se quedó pensando qué complicaciones internacionales podrían surgir si ella tratara de cruzar la frontera.

Pensó: «¡Qué raro es andar sin rumbo fijo!».

Era una impresión nueva y digna de ser vivida. Cuando se viaja entre dunas, por las landas o junto a una playa por carretera, se tiene siempre un objetivo determinado: se quiere llegar al otro lado de la montaña, a un bosquecillo, a una granja o se pretende seguir la carretera nacional hacia la próxima ciudad.

En cambio, aquí se podía partir de un lugar determinado, pero no había punto de destino ni final de trayecto. Alejarse del parador era lo único que se podía hacer. A la derecha, a la izquierda, delante y detrás sólo se veía un horizonte gris y pelado.

Joan andaba sin apresurarse. El aire era suave. Hacía calor, pero moderado. El termómetro debía de marcar unos 21 grados. Soplaba una débil brisa. Joan anduvo unos diez minutos sin volverse, luego dio la vuelta y miró hacia atrás. El parador y sus sórdidos anexos ganaban vistos en perspectiva. La distancia les daba un aspecto pintoresco. Desde lejos la estación parecía un cubo de piedra o una pieza de un rompecabezas infantil.

Joan sonrió y continuó su paseo. A decir verdad, el aire era de lo más agradable. ¡De una pureza extraordinaria! ¡Y de un frescor! ¡Todo era tan natural! En aquel lugar no había ni exceso de humanidad ni exceso de civilización. El sol, el cielo, la arena y nada más.

¿Obsesionante? Joan estaba contenta, era toda una aventura. Un detalle caprichoso en medio de la rutina de la existencia. Casi se sentía satisfecha de haber perdido el tren. Veinticuatro horas de descanso completo, de paz

Total, le vendrían bien. Y podía sentirse tranquila además porque su regreso no era urgente. Le pondría un telegrama a Rodney cuando llegara a Estambul explicándole la causa de su retraso.

¡Querido Rodney! Empezó a preguntarse qué debería de estar haciendo en aquellos momentos. No resultaba difícil de adivinar, Joan lo sabía perfectamente. Estaría sentado en su despacho de la compañía Alderman, Scudamore y Witney, en una habitación

agradable del primer piso, con vistas a la plaza del Mercado. Se había instalado allí, a la muerte del viejo Mr. Witney, porque le gustaba aquella estancia. Joan recordaba el día en que fue a verlo de improviso: lo había encontrado de pie, junto a la ventana, mirando (era día de feria) interesado el ganado que había allí para vender. «¡Bonita manada de *shetlands*!», había dicho. (¿Había sido aquélla exactamente la palabra? Joan no estaba muy versada en cuestiones de ganadería, pero Rodney, desde luego, había dicho aquello o algo muy parecido).

«Venía a hablarte de la caldera de la calefacción, Rodney. El presupuesto de Galbraith me parece excesivo. ¿Quieres que vaya a ver a Chamberlain?».

Le parecía volver a estar viendo la indolencia con que Rodney se había vuelto a mirarla, se había sacado las gafas y se había frotado los ojos antes de quedársela mirando con aire ausente y lejano, como si no viera nada de cuanto tenía enfrente. Recordaba perfectamente el tono en que había dicho: «¿La caldera de la calefacción?», como si se tratara de un extraño y complicado objeto del que jamás hubiera oído hablar. Por fin había dicho con cara de tonto: «Creo, que Hoddesdon ha vendido el toro. Debe de andar mal de dinero el pobre».

A Joan le había parecido todo un detalle el que Rodney se interesara tanto por el viejo Hoddesdon, de la granja del Prado. ¡Pobre hombre! Todo el mundo sabía que estaba apurado.

Joan seguía esperando que Rodney se decidiera a contestarle pronto sobre lo que le había preguntado. Un abogado tenía que tener facilidad y rapidez de palabra, ¡caramba! Y si Rodney acostumbraba a recibir a sus clientes con aquel aspecto de hombre ausente, corría el riesgo de producir una mala impresión.

Con voz afectuosa, pero intencionadamente autoritaria, Joan le había dicho entonces:

«Deja ya de ocuparte de corderos y toros, Rodney; te estoy hablando de la caldera de la calefacción».

Su marido le había dicho entonces que no estaba mal la idea de pedirle presupuesto a otro, pero que de todos modos, como los precios habían subido, por eso el presupuesto de Galbraith había sido alto. Después, viendo que estaba mirando fijamente el montón de papeles que tenía encima de la mesa, Joan había dicho que no

quería estorbarle más; al parecer, tenía mucho trabajo.

Rodney había sonreído y dicho que, en efecto, tenía mucho y que ya se había distraído un poco mirando la feria de ganado.

«Por eso me gusta tanto este despacho —había dicho—; durante toda la semana espero que llegue el viernes. ¡Escucha eso!».

Había levantado la mano. Joan había prestado oído atento a un concierto de balidos y mugidos, una verdadera cacofonía de ruidos horribles, que Rodney parecía tener extraordinario interés en escuchar. Mantenía la cabeza un poco inclinada y sonreía…

Desde luego, los días que no había feria, Rodney trabajaba en su despacho sin distraerse. No había peligro de que recibiera a los clientes con aire distraído. Era el abogado más apreciado de la Compañía. Todo el mundo hablaba bien de él, cosa muy importante para un abogado de una pequeña ciudad.

«¡Y pensar que si no hubiera sido por mí —se dijo para sí Joan —, habría dejado de ejercer esa carrera!».

Sus pensamientos se centraron en aquel día en que Rodney le había anunciado la proposición de su tío.

Se trataba de una sociedad familiar, de un cargo muy prometedor que garantizaba su porvenir. Siempre se había creído que Rodney entraría a formar parte de la misma tan pronto como hubiera terminado sus estudios de Derecho. Pero el tío Henry de repente le ofreció ser su socio en unas condiciones tan ventajosas que resultaba una verdadera ganga.

Joan había felicitado efusivamente a Rodney, pero pronto se había dado cuenta de que éste no parecía participar de su alegría. Había contestado algo tan increíble como: «Si acepto ese puesto…».

Joan había exclamado, horrorizada: «Rodney ¿cómo puedes decir…?».

Recordaba perfectamente la cara pálida y cansada de Rodney al decir nerviosamente, mientras arrancaba briznas de hierba y la miraba con ojos suplicantes:

«Odio la vida de despacho. Me da asco».

Joan rápidamente había contestado entonces:

«Ya lo sé, cariño. Es una vida asfixiante, una vida de mucho trabajo y muy dura, pero siendo socio de la Compañía cambia mucho. En ese caso ya hay más aliciente, se puede tornar uno más interés por las cosas».

«¿Interés por los contratos, los testamentos, los atestados, etcétera…?».

Toda aquella absurda jerga de palabras jurídicas Rodney las había ido desgranando con la sonrisa en los labios, pero con ojos tristes y aspecto de súplica. Con aquel aire que parecía que no podía negársele nada

«Pero, Rodney, siempre habías dicho que cuando terminaras la carrera entrarías en la sociedad…».

«Sí, ya lo sé. Pero no podía imaginar que con el tiempo esto me llegara a molestar tanto».

«Bueno… ¿Y qué otra cosa te gustaría hacer pues, cariño?».

Entonces Rodney, rápidamente, había dicho casi de un tirón:

«Me gustaría dedicarme a la agricultura. El Prado está en venta. Está en muy mal estado, pero precisamente por eso lo venden barato… y la tierra es excelente, ¿sabes?…».

Había seguido hablando de sus planes con términos tan técnicos que ella se había quedado estupefacta. Joan ignoraba completamente la diferencia que pudiera haber entre el trigo y la cebada, no tenía ni idea de las épocas de la recolección e ignoraba totalmente hasta la más mínima cuestión de la cría de ganado o de las distintas razas de vacas lecheras.

Sólo había conseguido contestar con voz casi imperceptible:

«¡El Prado!… ¡Pero si está mucho más allá de Asheldown, en un lugar totalmente aislado!».

«Sí, pero es una tierra magnífica Joan, te lo aseguro…».

De nuevo se había lanzado a alabar las excelencias del campo. Joan nunca hubiera creído que fuera capaz de hablar con tanta vehemencia de algo.

Ella le había preguntado entonces con cierta incredulidad:

«Pero, cariño, ¿crees que podrías ganarte bien la vida haciendo una cosa así?».

«Claro que sí, bueno, modestamente quizá».

«Eso es lo que yo estaba pensando precisamente. Siempre he oído decir que era imposible ganar dinero dedicándose a la agricultura».

«Sí, eso es cierto, a no ser que se tenga una suerte extraordinaria o que se cuente además con unas buenas rentas».

«¡Lo ves! Lo que yo digo, eso no se puede tomar en serio,

Rodney».

«Claro que sí, Joan, que se podría hacer. Dispongo de un pequeño capital, recuérdalo; mis rentas, unidas a lo que pudiera darme el cultivo de la tierra y la explotación de la granja, harían un buen sueldo. Fíjate qué vida tan maravillosa sería la nuestra. ¡Vivir todo el año en el campo!».

«Pero si no entiendes nada de esos trabajos…».

«Claro que sí. ¿Has olvidado que mi abuelo materno era un acomodado campesino del Devonshire? Yo pasaba mis vacaciones siempre allí. Y te aseguro que en ninguna parte me he sentido más feliz».

«¡Es verdad que los hombres son como niños grandes!», pensó Joan.

Inmediatamente había contestado ella con dulzura:

«No lo pongo en duda, Rodney. ¡Pero la vida no son unas vacaciones sólo! Hay que pensar en el porvenir. Tenemos que educar a Tony».

Tony acababa de cumplir diez meses.

Joan había añadido:

«Y tal vez Tony no sea hijo único».

Rodney la había mirado interrogativamente y Joan había asentido sonriente. Sí, esperaba otro bebé.

«¿Pero no comprendes, Joan, que ésta sería una razón de más? ¿Qué puede haber mejor para los niños que vivir en el campo? ¡No hay vida más sana! Comerían huevos frescos y leche recién ordeñada, respirarían aire puro todo el día y en seguida aprenderían a cuidar de los animales».

«¡Sí, Rodney, pero hay que tener en cuenta otras cosas también! Recuerda que a los niños no sólo hay que educarlos, también hay que instruirlos. Y para hacerlo es preciso contar con buenos colegios, y ya sabes que son muy caros. Luego hay que pensar en el vestido, en el calzado, en el dentista y en el médico… Y deben relacionarse con otros niños para tener amigos, no lo olvides. No, Rodney, no tienes el derecho de hacer sólo lo que a ti te guste. Hay que pensar en los hijos, ya que los hemos traído al mundo. Tenemos deberes que cumplir con ellos».

Rodney seguía obstinadamente fijo en su idea, pero en su voz había un ligero acento de duda cuando dijo:

«Serían tan felices…».

«¡Tú idea es absurda, Rodney! No puedes decir eso en serio, piensa un poco con la cabeza. Si entras en la sociedad de tu tío, puedes llegar a tener un sueldo de dos mil libras al año».

«Naturalmente; el tío Henry gana mucha más, supongo».

«¿Lo ves? No puedes rechazar semejante proposición, Rodney, ¡sería una locura!».

Joan se había mostrado decidida, positiva. Había que defender sus argumentos. Tenía que pensar por los dos. Si Rodney no acababa de darse cuenta de lo interesante que resultaba aquella proposición, ella era quien tenía el deber de hacérselo ver. ¡Aquello de querer dedicarse a cultivar la tierra resultaba de lo más cómico!… ¡Y tan tozudo como se mostraba hablando de su descabellada idea! Rodney le daba la impresión de haberse transformado en un chiquillo. Ella se sentía más fuerte, más segura de sí misma; en aquel momento le hablaba como habría podido hacerlo una madre.

«No creas que no soy capaz de comprenderte, Rodney —le había dicho—. Te comprendo perfectamente. Pero tu deseo resulta incompatible con la vida normal».

Rodney la había interrumpido para decirle que estaba equivocada, que en el único sitio donde se llevaba una vida normal era en el campo precisamente.

«Sí, pero no es para nosotros y más habiendo recibido esta proposición tan magnífica y generosa por parte de tu tío…».

«Sí, es verdad, ese ofrecimiento sobrepasa todo cuanto yo hubiera podido desear».

«¡Es cierto, Rodney, no puedes rechazar ese ofrecimiento! Lo lamentarías el resto de tu vida. Los remordimientos te perseguirían día y noche».

Rodney murmuró entre dientes:

«¡Maldito trabajo!».

«Rodney, no seas exagerado. No es posible que te resulte tan penoso como dices».

«¡Sí! ¡Lo odio! ¡Hace cinco años que estoy metido en esto y cada vez lo detesto más!».

«Acabarás por habituarte, ya lo verás. Ahora será distinto; siendo socio quiero decir. Acabarás por interesarte en tu trabajo y

en los clientes que vendrán a consultarte. Estoy segura de que hasta terminará gustándote».

¡Qué mirada le había lanzado entonces Rodney! Ahora le parecía estar viendo de nuevo aquella mirada cansada y triste. Joan había leído en ella amor, pena y algo más todavía, tal vez una débil llama de esperanza.

«¿Cómo sabes que llegará a gustarme?», le había preguntado.

Joan había contestado alegremente:

«¡Estoy segura, completamente segura; ya lo verás!».

Y había acompañado sus palabras con un gesto de cabeza afirmativo y convincente.

Rodney había suspirado un poco y a regañadientes había dicho:

«Que quede claro que ése ha sido tu deseo, no el mío».

«Sí —pensó Joan—, poco había faltado para que todo se hubiera venido abajo». ¡Qué satisfecha se sentía ahora de que Rodney le hubiera hecho caso y no hubiera rechazado su carrera por un pasajero capricho! Los hombres arruinarían su existencia la mayoría de las veces si no fuera por los acertados consejos que les dan las mujeres, las mujeres tienen un sentido más firme del equilibrio entre las cosas y la realidad…

Joan echó una ojeada a su reloj de pulsera. Las diez treinta. No valía la pena seguir andando y más no habiendo nada que ver.

Miró tras de sí. ¡Era extraordinario! El parador había desaparecido casi en el horizonte, se había confundido con la arena del desierto de tal modo que apenas si podía distinguirse. «Tengo que tener cuidado de no alejarme demasiado —pensó Joan—. Correría el riesgo de perderme».

¡Ridícula idea! No; tal vez no tan ridícula en el fondo. Las montañas que tapaban el horizonte se veían ahora desdibujadas y se las habría podido tomar por simples nubes. La estación no se veía ni poco ni mucho.

Joan miró a su alrededor con satisfacción. ¡Nada! ¡Nadie!

Se sentó suavemente sobre la arena, abrió el bolso y sacó el bloc de papel y la estilográfica. Escribiría algunas cartas. Resultaría divertido dejar consignadas sus sensaciones.

¿A quién escribiría? ¿A Lionel West? ¿A Janet Annesmore? ¿A Dorotea? Mejor sería primero a Janet.

Sacó el tapón de la estilográfica y con su escritura suelta y

rápida empezó a escribir:

Mi querida Janet: ¡No acertarías nunca a adivinar desde dónde te estoy escribiendo esta carta! ¡Estoy en pleno desierto! He tenido que quedarme aquí porque perdí un tren y sólo salen tres por semana. He encontrado en ese lugar un parador regentado por un hindú, algunas gallinas y árabes de aspecto patibulario: eso es todo. No tengo a nadie con quien hablar. Ni nada que hacer. ¡No puedes llegar a imaginarte cómo me agrada eso!

El aire del desierto es maravilloso, de una frescura incomparable. ¡Y esta calma es algo indescriptible! Es preciso haber estado aquí para darse cuenta de lo que es eso. Tengo la impresión, por primera vez en mi vida, de estar a solas conmigo misma. ¡La vida normal es un torbellino tan absorbente! ¡Se pasa una la vida yendo de un lado para otro! Así debe ser, desde luego, pero ahora tengo la impresión de que deberíamos concedernos de vez en cuando también algunos momentos de meditación y reposo. Hace sólo unas horas que estoy aquí, pero me encuentro como sea. Hasta ahora no me había dado cuenta de que pudiera existir en mí el deseo de soledad. Es un calmante maravilloso para los nervios saber que, alrededor de uno, en muchos centenares de kilómetros no hay nada más que sol y arena…

La pluma de Joan siguió, largo rato, deslizándose ligera sobre el papel.

3

Joan se paró a mirar su reloj.

Eran las doce y cuarto.

Había escrito tres cartas. Su estilográfica estaba vacía. Se dio cuenta también que casi había terminado el papel del bloc. Era una contrariedad; si hubiera tenido más papel habría podido escribir a otras amigas.

De repente se quedó pensando que escribir cartas a la larga resultaba aburrido. El sol, la arena, el saber que tenía tanto tiempo para descansar y meditar, resultaban temas adecuados para escribir, pero tenía que hacer un esfuerzo para no repetir siempre lo mismo en una y otra carta.

Bostezó. El sol la había atontado un poco. Después del desayuno se tendería en la cama y haría una pequeña siesta. Se levantó y regresó al parador pausadamente. Empezó a preguntarse qué estaría haciendo Blanca a aquella hora. Ya debía haber llegado a Bagdad y se habría reunido con su marido. Debía de ser un tipo de un nivel social muy bajo. ¡Pobre Blanca! ¡Qué horror haber descendido tanto en la escala social! ¿Por qué se habría encaprichado por aquel Harry Masston, un hombre atractivo pero ya casado? ¿Por qué no se habría casado con un hombre honrado y normal como Rodney? Incluso Blanca había tenido que reconocer que Rodney era un tipo estupendo.

Sí, cierto, y hablando de Rodney, Blanca había dicho algo más… ¿Qué? Ah sí. ¿Por qué había dicho que tenía los ojos picarones? ¡Qué expresión tan vulgar! ¡Y falsa además! ¡Totalmente injustificada! Rodney nunca, nunca…

El mismo pensamiento que la víspera, pero esta vez menos fugitivo que el paso de una serpiente, acudió a su mente.

La hija de Randolph…

«Verdaderamente —pensó Joan con indignación, acelerando

súbitamente el paso como para apartarse de una visión desagradable—, no comprendo por qué sigo pensando aún en la chica de Randolph. Rodney nunca… En realidad, no tengo ninguna prueba ni ninguna razón de pensar que…».

Lo que explicaba aquella obsesión era que Myrna Randolph era una de aquellas chicas de las que se podía esperar cualquier cosa. Era alta, morena, con un tipo muy provocativo, una chica que si se encaprichaba por un hombre parecía totalmente incapaz de atender a razones.

Para hablar claro había que decir que le había hecho asiduamente la corte a Rodney, no había dejado de cumplimentarle ni un momento, continuamente había procurado tenerlo como pareja en el tenis, y hasta en público lo devoraba con la mirada.

Naturalmente, Rodney se había sentido halagado. A cualquier hombre le habría pasado lo mismo. Incluso habría resultado ridículo que no se hubiera sentido halagado por las atenciones de una belleza como aquélla. La muchacha estaba considerada como una de las chicas más guapas de la región; además, era mucho más joven que él, claro. Joan se dijo entre sí: «En aquella ocasión, si no hubiera sabido manejarme a tiempo y con tacto…».

Empezó a pasar revista al procedimiento que había utilizado para resolver aquel caso y experimentó la reconfortante alegría de encontrar que lo había hecho todo a la perfección. Había sabido zanjar aquella cuestión estupendamente. No podía haber actuado más acertadamente.

«Querido, tu enamorada te espera. No la hagas esperar… Me refiero a Myrna Randolph, claro… Evidentemente, es una chica que no le teme lo más mínimo al ridículo…».

Un buen día, Rodney había dicho de mal humor: «¡No quiero tenerla más de pareja en el tenis! ¡Ponla en el otro campo!». Joan no había dudado en contestar:

«Rodney, muéstrate un poco más amable, podría molestarse».

Había seguido la línea de conducta más adecuada: había simulado tomarse las cosas a la ligera, fingiendo creer que todo era una simple broma, había demostrado claramente que estaba al corriente de aquel *flirt*, pero que lo consideraba completamente inocente.

El interés que demostraba la chica indudablemente había

halagado la vanidad de Rodney, aunque no hubiera cesado de lanzar invectivas contra ella y de decir que le importunaba continuamente. Myrna Randolph era ese tipo de chica que todos los hombres encuentran seductora. Era caprichosa, coqueta, fingía despreciar a sus admiradores, los trataba casi con rudeza y de repente los colmaba de atenciones y sonrisas.

«Desde luego —pensó Joan (con una fogosidad desconocida en ella)—, ¡es una verdadera zorra! ¡Hizo cuanto pudo para acabar con nuestra dicha conyugal!».

No le echaba nada en cara a Rodney. (Era la chica la culpable, sólo ella). ¡Los hombres se dejan seducir tan fácilmente! Y en aquella época… llevaban ya diez u once años de casados. Diez años de matrimonio es lo que los novelistas denominan la curva peligrosa. Es el momento crítico en que uno de los cónyuges puede verse tentado a abandonar el buen camino. Prueba difícil de atravesar y que una vez superada consigue llevar el perfecto equilibrio.

No, no era Rodney el culpable. No le reprochaba siquiera aquel beso furtivo que había sorprendido entre él y Myrna.

La chica había dicho tranquilamente y muy sonriente cuando ella había entrado en el salón:

«Ha sido por culpa del muérdago, Mrs. Scudamore, lo estábamos bautizando; espero que eso no la va a escandalizar».

«Afortunadamente —pensó Joan—, conseguí conservar la serenidad y decir tranquilamente: ¡Suelta a mi marido, Myrna! Mejor será que emprendas la persecución de un hombre más joven con el que puedas casarte».

Y alegremente había empujado a Myrna por el hombro como si estuviera bromeando. Entonces Rodney le había dicho: «Te ruego que me disculpes, Joan, pero la mañana es espléndida ¡y estamos en Navidad!».

Rodney había seguido sonriendo y se había lanzado a dar un mar de excusas, pero no se le notaba ni preocupado ni nervioso, cosa que probaba que el daño no era grave.

Y no se había agravado. ¡Ya se había preocupado ella de que así fuera! Había procurado mantener a Rodney alejado de las garras de Myrna Randolph. Y para Pascua, Myrna se había prometido ya con el hijo de Arlington.

O sea que a fin de cuentas aquel incidente no había tenido ninguna importancia. Rodney se había distraído un poco con aquel pequeño *flirt*. Y quizá hasta se había divertido. ¡Pobre Rodney, trabajaba tanto que un poco de distracción hasta le habría venido bien!

Diez años de matrimonio eran una curva peligrosa, sí. También ella recordaba haber sentido soplar a su alrededor un viento de locura…

Aquel joven tan impetuoso, aquel artista… ¿Cómo se llamaba? No podía acordarse siquiera de su nombre. ¿Se habría dejado llevar también ella en algún momento por la exaltación?

Se confesó secretamente, casi con una sonrisa, que se había conducido algo torpemente con él. La asediaba tanto, la seguía continuamente con la mirada. Un buen día le había pedido que le sirviera de modelo para hacerle un retrato.

Era un simple pretexto, desde luego. Había hecho un par de croquis a toda prisa y luego los había roto. No conseguía dar con su expresión, le había dicho. Aquel retrato no le gustaba, ella era algo muy distinto.

Joan recordaba que se había sentido halagada por sus palabras. ¡Pobre muchacho!, se había dicho. Me asusta que esté tan locamente enamorado de mí.

Le había hecho pasar un mes muy agradable…

Y sin embargo, el final de aquel *flirt* había sido totalmente imprevisible y desconcertante. Aquel final le había demostrado que Michael Callaway, ése era su nombre, ahoya lo recordaba, era uno de esos seres insaciables que no saben dominar sus propias pasiones.

Aquel desagradable incidente había ocurrido un día cuando salieron a pasear juntos por el bosque de Haling. Iban bordeando el camino que rodeaba la granja y que descendía desde el alto de Asheldown… ¡Con qué tímida y enronquecida voz le había suplicado el muchacho que le permitiera acompañarla en aquel paseo!…

Joan había pensado incluso de antemano en lo que le iba a decir. Casi seguro que le diría que la amaba. Entonces, ella iba a mostrarse dulce y comprensiva, le hablaría serenamente, y a Michael, transcurridos los años, le gustaría recordar sus palabras.

Pero no era aquello lo que había sucedido precisamente.

Al contrario, nada de frases. Sin ninguna clase de preámbulo, Michael Callaway la había abrazado tan violentamente que Joan, durante unos instantes, había temido morir ahogada. Después, apartándose de ella, había dicho con voz triunfante: «¡Diablos! ¡Esto marcha!». Luego había llenado una pipa con gran naturalidad, sin hacer ningún caso de las furiosas miradas de desaprobación que ella le dirigía.

Se había contentado con volver a decir, mientras se desperezaba y bostezaba:

«Eso está bien; ahora va mejor».

Era lo mismo que habría dicho un hombre que se estuviera muriendo de sed tras haber soplado la espuma de un vaso de cerveza.

Habían vuelto del paseo en completo silencio, por lo menos en lo referente a ella. Michael Callaway cantaba por el solo placer de hacer un poco de ruido. Y cuando estuvieron en el lindero del bosque, en el cruce de la carretera nacional de Crayminster con Market Wopling, se había parado, la había mirado fríamente y le dijo convencido:

«Usted es una de esas mujeres a las que habría que violar; sería una buena lección».

Y al ver que ella se había quedado parada, muda de cólera y estupor, añadió alegremente:

«Y le aseguro que de buena gana me encargaría personalmente de darle esa lección. ¡A ver si le aprovechaba!».

Después había empezado a andar por la carretera y en lugar de cantar se puso a silbar con entusiasmo.

Como era de suponer, ella no le había vuelto a dirigir la palabra; algunos días más tarde, Callaway se fue de Crayminster.

Extraño y desagradable episodio aquél. Joan hubiera preferido no volverlo a recordar.

Aquella historia había sido algo horrible. Algo muy desagradable.

Convenía apartar inmediatamente aquel desagradable recuerdo de su memoria. No tenía que evocar escenas penosas durante aquella cura de reposo: aquella cura de desierto y de sol. Había muchos otros pensamientos que resultarían mucho más agradables;

procuraría fijar su atención en ellos.

Ya debía de ser hora de la comida. Echó una mirada al reloj: sólo era la una menos cuarto.

Aun así prosiguió su camino hacia el parador; entró en la casa, fue a su habitación y sacó las cosas de la maleta para ver si tenía más papel. Le quedaba muy poco. Bueno, ¡qué más daba!, no tenía ninguna necesidad de escribir. Estaba cansada de escribir cartas, ya había contado todo lo que le había ocurrido. No podía decir continuamente lo mismo. ¿Qué libros se había traído? *Lady Catherine*, naturalmente. Y una novela policíaca que William le había comprado en el momento de partir. La intención era de agradecer, pero a Joan no le gustaban demasiado los relatos policíacos. Se había llevado también el *The Power House*, de Buchan, un libro muy viejo que había leído hacía años.

Decididamente tenía que comprar algo más en la estación de Alepo.

* * *

La comida consistió en una chuleta (excesivamente cocida), huevos al *curry*, salmón (en conserva), judías salteadas y melocotón en almíbar. Luego Joan subió a su habitación y se tendió en la cama. Durmió tres cuartos de hora; después despertó y leyó *Lady Catherine Dysart* hasta las cinco.

Con el té le sirvieron leche (en polvo) y bizcochos, luego volvió a su habitación y prosiguió su lectura de *Lady Catherine Dysart*. Para cenar le sirvieron otra chuleta al *curry* con guarnición de arroz, un plato de huevos, judías y una compota de albaricoque. Después de la cena cogió la novela policíaca y la leyó de arriba a abajo. Cuando la terminó ya era la hora de acostarse. El hindú le había dicho con ancha sonrisa: «¡Buenas noches, *Memsahib*! Mañana, el tren llega a las 8 horas 30, pero sale a las 20,30 de la noche».

Joan asintió con un movimiento de cabeza. Aquello quería decir que todavía le quedaba un día entero de estar allí. Afortunadamente, aún tenía *The Power House* para leer. ¡Lástima que aquel volumen fuera tan cortito!

Una idea acudió a su mente:

«El tren traería viajeros, pero seguramente continuarían su viaje

hacia Mosul».

El hombre del turbante hizo un signo negativo cuando ella le dijo lo que estaba pensando.

—Mañana no creo. Hoy no llegar autocares. Creo carretera de Mosul en mal estado. Carretera cortada varios días.

Joan se alegró. Mañana el parador estaría lleno de viajeros. ¡Sería agradable! Estaba segura de que habría algunos con los que se podría hablar.

Se fue a acostar satisfecha, mucho más de lo que estaba diez minutos antes. «El ambiente de este lugar verdaderamente es… Bueno, debe ser a causa de este horrible olor a grasa rancia. Todo eso deprime».

Al día siguiente eran las ocho treinta cuando despertó. Se levantó en seguida, se vistió y después se fue al comedor. ¡Sólo había una mesa dispuesta! Joan llamó. El hombre del turbante apareció. Estaba fuera de sí:

—¡El tren no ha llegado, *Memsahib*!

—¡Que no ha llegado! ¿Por qué? ¿Viene con retraso?

—¡No! ¡No vendrá! Llover mucho en Nissibin. Y la línea estar cortada. El tren no venir en tres, cuatro, cinco, seis días tal vez.

Joan le echó una mirada desesperada.

—¿Y qué voy a hacer yo?

—Usted quedarse aquí, *Memsahib*. Aquí tener alimentos, cerveza y té en abundancia. Vida resuelta. Usted esperar, el tren llegar un día u otro.

«Santo Dios —pensó Joan—. ¡Esos orientales! El tiempo no cuenta para ellos».

Preguntó:

—¿Y no podría alquilar ningún coche?

El hindú se quedó asombradísimo.

—¿Un auto? ¿Dónde? Carretera de Mosul en mal estado. Todo cortado antes de los vados.

—¿Y no podría usted telefonear?

—¿Telefonear? Por la línea turca. Pero turcos gente difícil. No hacen nada. Sólo se preocupan del ferrocarril.

Joan se quedó reflexionando en las grandes ilusiones que se había hecho momentos antes.

Aquello verdaderamente era estar al margen de la civilización.

¡Ni teléfono, ni telégrafo, ni coches!

El hindú la consoló.

—Buen tiempo. Mucha comida. Todo confortable aquí.

«Sí —pensó Joan—, evidentemente el tiempo es bueno, es una suerte; qué horror si me hubiera tenido que quedar encerrada aquí de la mañana a la noche».

Como si el hombre del turbante hubiera adivinado sus pensamientos, le dijo:

—Buen clima aquí. Lluvia poca. Lluvia caer más cerca de Mosul, en la línea del tren frecuentemente.

Joan se sentó delante de su mesa y esperó a que le trajeran el desayuno. El peor momento ya había pasado. No había que desesperarse por un simple contratiempo, su buen sentido se lo impedía; al fin y al cabo no era una tragedia, lo único que ocurría era que todo aquello le hacía perder una cantidad de tiempo considerable, nada más. Sonrió un poco pensando: «Parece como si el destino me hubiera oído. Expresé un simple deseo al hablar con Blanca, y lo he visto cumplido. Le dije que me gustaría disponer de un momento de tranquilidad para distender mis nervios y… lo he logrado. Se me ha concedido lo que deseaba. Tengo que quedarme aquí y no tengo absolutamente nada que hacer. Ni siquiera me queda un libro para leer. Tengo que aprovechar bien estos días. En el desierto, verdaderamente, la cura de reposo es total».

Pero el recuerdo de Blanca venía asociado a otro que le produjo un ligero malestar y prefirió no ahondar en aquello. Además, ¿por qué pensar en Blanca?

Después de haber desayunado salió en seguida fuera. Una vez más anduvo hasta alejarse una distancia razonable del parador y se sentó en el suelo. Permaneció unos momentos inmóvil con los ojos semicerrados. Resultaba maravilloso percibir aquella calma. Notaba un agradable bienestar. El aire era como un sedante, el sol calentaba con un agradable calorcito y una paz integral parecía envolverla.

Estuvo unos momentos bajo los efectos de aquella deliciosa impresión, después consultó su reloj: eran las diez y diez.

«La mañana pasa pronto», se dijo.

¿Le escribiría una carta a Bárbara? Resultaba extraño que hasta aquel momento no se le hubiera ocurrido escribirle. Lo habría

podido hacer la víspera en lugar de haber escrito aquellas insípidas cartas a sus amigas de Inglaterra. Sacó su bloc de papel, casi agotado de la maleta, luego cogió la estilográfica.

Querida Bárbara —escribió—. *No puedo decir que tenga mucha suerte en mi viaje. Perdí el tren el lunes por la noche y ahora estoy aquí detenida momentáneamente; quizá tendré que esperar varios días a poder coger otro. El lugar es muy tranquilo, hace un tiempo espléndido, me siento satisfecha*.

Se detuvo. ¿Qué más iba a decirle? ¿Podía preguntar por el bebé y por William? ¿Por qué le había dicho Blanca aquello de «No te preocupes por Bárbara»? ¿Por eso quizá no le gustaba pensar en Blanca? Le había hablado de Bárbara de un modo tan extraño…

¿Acaso ella, su madre, no iba a saber todo lo que pudiera ocurrirle a su hija? «¡Estoy segura de que todo irá bien ahora!», le había dicho Blanca. ¿Qué había querido dar a entender con aquello? ¿Que las cosas no siempre habían andado bien? ¿Y a qué podía haberse referido? Blanca había insinuado que Bárbara se había casado excesivamente joven…

Joan notó un estremecimiento de inquietud. En el momento de la boda, Rodney se había expresado en términos muy parecidos. De repente y de un modo muy perentorio había dicho:

«No me gusta este matrimonio, Joan».

«¡Rodney! ¿Por qué? William es muy simpático y parece que se lleva muy bien con Bárbara».

«Es un gran muchacho, estoy de acuerdo, pero a Bárbara no le gusta».

Joan se había quedado aterrorizada.

«Pero Rodney, cariño, claro que está enamorada de él. Si no, ¿por qué iba a querer casarse?».

Rodney había contestado de una manera muy ambigua.

«Eso es lo que me inquieta».

«Rodney, ¿estás bromeando?».

Pero su marido, muy preocupado, había continuado diciendo:

«Si no lo quiere, debe dejarlo. Es demasiado joven para cometer esta tontería. Tiene demasiado carácter».

«Bueno, bueno, Rodney, ¿qué entiendes tú por demasiado

carácter?».

Aquella conversación le interesaba.

Pero Rodney, sin ni siquiera sonreír, había dicho a media voz:

«Las chicas a veces se casan sólo para alejarse de su casa».

En aquel momento ella se había echado a reír estrepitosamente: «¡Te aseguro que éste no es el caso de Bárbara! ¡No hay muchacha que haya podido crecer en un ambiente familiar más feliz!».

—«¿Estás segura, Joan?».

«¡Completamente segura! Los niños han tenido cuanto han querido en casa».

«Pues no parece que hayan querido traer a sus amigos aquí precisamente…».

«¿Que no? ¡Recibo a menudo, ya lo sabes, y a los jóvenes también! ¡Le gusta mucho! Fue la misma Bárbara quien dijo que a ella no le gustaban demasiado las reuniones mundanas y que por eso no invitaba a sus amigas».

Rodney había movido la cabeza dubitativamente.

Un día por la noche, al entrar en el despacho, había sorprendido a Bárbara diciendo con impaciencia:

«Es inútil, papá. Tengo que marcharme. ¡No puedo más! Y no me aconsejes que coja algún empleo fuera, no me gusta».

«¿Qué pasa?», había preguntado Joan.

Tras un silencio, un largo silencio por cierto, Bárbara había dicho con aire un poco compungido y las mejillas terriblemente coloradas:

«Nada, mamá, que papá siempre cree saberlo todo y quiere que yo tenga un noviazgo largo. Y yo le estoy diciendo que no resisto eso, que quiero casarme con William e irme con él a Bagdad. ¡La vida debe de ser muy divertida allá!».

«Claro, querida —había contestado Joan—. ¡Lástima que esté tan lejos! ¡Me habría gustado poderte tener más tiempo bajo mis alas aún!».

«¡Oh mamá, yo ya no soy un bebé en pañales!».

«Ya lo sé, querida. Pero es que tú no te das cuenta de tu juventud y de tu inexperiencia. Yo te habría podido ayudar mucho si te hubieras quedado más cerca de mí».

Bárbara había dicho entonces, sonriendo también:

«¡Bueno, esperemos que sabré desenvolverme perfectamente sin

el beneficio de tu experiencia personal, mamá!».

Entonces, viendo que Rodney salía lentamente de la habitación, Bárbara se había precipitado tras él; súbitamente le había echado los brazos al cuello diciendo: «¡Mi querido papá! Papá, te quiero, te quiero, te quiero…».

«Esta pequeña —había pensado Joan—, tiene un carácter muy exaltado». En realidad, aquello probaba más que nada cuan equivocada era la opinión de Rodney. Bárbara deseaba marchar hacia Oriente lo más pronto posible con William. ¡Resultaba encantador ver a dos jóvenes enamorados encaminarse hacia el porvenir con tal confianza!

¡Qué idea tan descabellada! ¿Por qué el hecho de haberse ido Bárbara a Bagdad tenía que pensar la gente que se había casado porque era desgraciada en casa de sus padres? En Bagdad, el comadreo estaba, desde luego, tan a la orden del día, que no se atrevía uno ni a citar ciertos nombres: tal ocurría con el del mayor Reíd por ejemplo.

Joan no conocía al mayor Reíd, pero Bárbara a menudo había hecho alusión a él en sus cartas: «el mayor Reíd ha venido a cenar… hemos ido de caza con el mayor Reíd…». Bárbara había ido a pasar el verano a las montañas de Arkandus en compañía de otra joven también casada, ambas habían alquilado un *bungalow* y el mayor Reíd había ido a verlas… habían jugado mucho al tenis… Bárbara y él habían ganado el campeonato de doble-mixto, en el Club…

Nada más natural que al llegar a Bagdad Joan hubiera preguntado con interés por el mayor Reíd. Había oído hablar tanto de él, que estaba deseando conocerlo. El apuro que tal pregunta había causado en todos había resultado verdaderamente ridículo: Bárbara había palidecido, William se había puesto terriblemente colorado y al cabo de unos momentos ambos habían dicho con voz verdaderamente extraña:

«No queremos verle más».

La respuesta había sido tan tajante, que ella no había sentido el menor deseo de insistir. Pero después, cuando Bárbara había ido a acostarse, había vuelto a insistir sobre el tema con William, diciéndole, con amable sonrisa, que le había parecido que al decir aquello había metido la pata. Ella había creído entender que el mayor Reíd era un amigo íntimo del matrimonio.

William se había levantado al oír aquello y había golpeado ligeramente la pipa contra la chimenea. Luego había dicho algo nerviosamente: «¡Oh no, por Dios! Habíamos ido de caza alguna vez juntos, pero hace ya tiempo que no nos vemos».

Joan había sonreído para sus adentros. ¡Qué ingenuidad la de los dos jóvenes! Aquella reticencia puritana de William la había divertido. Estaba claro que la debía considerar como una mujer llena de escrúpulos, pudibunda e inflexible, ¡en fin, como una suegra de las de antes!

«Ya sé, hizo un poco de escándalo, ¿no?».

«¿En qué está usted pensando?», había contestado William, furioso.

«¡Hijo! —Joan había sonreído—. Qué mal ocultáis el juego. Lo adivino todo aunque habléis con medias palabras: habéis descubierto en él algo que no os ha gustado y habéis dejado de frecuentar su compañía. ¡Oh! No os pido ninguna explicación. Esto resulta siempre muy penoso, ya lo sé».

William había repetido lentamente sus palabras entonces: «Sí, tiene usted razón: resulta muy penoso».

«Juzga uno a sus amigos por sí mismo —había dicho Joan—. Y cuando nos damos cuenta de que algo falla en ellos, se siente una dolorosa impresión».

«Ha dejado el país. Era lo mejor que podía hacer. Se ha marchado a África oriental».

De repente, Joan recordó algunas frases sueltas que había oído, cierto día, en el Club de Alwyah. Hablaban de la partida de Nobby Reíd a Uganda.

Una señora había dicho: «¡Pobre Nobby! ¡Qué culpa tiene el chico de que todas esas cursis vayan tras él!».

Y otro de un poco más de edad había lanzado una risita irónica al decir: «¡Se ha visto metido en cada lío por culpa de esas cosas! Las almas cándidas y puras de las flores inundadas de rocío y sin complicaciones siempre le atraen. ¡Y he de confesar que posee una técnica maravillosa! ¡Es un seductor irresistible! La pequeña infeliz de turno cree que está totalmente enamorado de ella. Y es precisamente en ese momento cuando suele estar preparando planes ya para sustituirla por la siguiente».

«Cosa que no impide que todas las mujeres de la ciudad

lamenten su marcha. ¡Era un tipo tan divertido!».

La otra se había echado a reír.

«Pues yo conozco ciertos maridos que se quedarán muy tranquilos sabiéndole lejos. Hay que reconocer que entre los hombres no gozaba de excesivas simpatías».

«Claro, ha encendido tantas pasiones en la ciudad que su posición aquí había acabado por resultar insostenible».

Entonces había dicho la otra: «¡Chis!», y habían bajado la voz para que ella no oyera el resto. Al principio, Joan no había dado ninguna importancia a tales comentarios, pero ahora volvían insistentemente a su memoria y la intrigaban.

«Si William había eludido la cuestión, tal vez Bárbara se atrevería a contárselo todo con más detalle», había pensado en aquel momento.

Pero, al contrario, Bárbara había dicho claramente y en un tono francamente desagradable: «No hablemos más de eso, mamá».

«Bárbara —pensó Joan— siempre había sido reservada, se había mostrado increíblemente evasiva y susceptible a propósito de su enfermedad y de la causa de la misma. Había sido una intoxicación, y, naturalmente, Joan había echado la culpa a la alimentación. En los climas cálidos los alimentos a menudo se estropean y provocan ese tipo de dolencias. Sin embargo, resultaba curioso que tanto William como Bárbara se hubieran mostrado tan extraordinariamente reservados a la hora de dar explicaciones; incluso el mismo médico, a quien ella, dejando aparte todo escrúpulo como madre de Bárbara que era, había pedido detalles, se había atrincherado en un cerrado mutismo. Sólo había insistido en que era muy importante evitar a la joven Mrs. Wray toda alusión a aquella enfermedad. Había que evitar hacerle preguntas y todos debían procurar que olvidara aquel incidente».

«Necesita cuidados y descanso. Cualquier pregunta sobre ese tema más bien podría perjudicarle. Es un consejo que me parece oportuno darle, Mrs. Scudamore», había añadido.

Después de aquellas palabras la opinión que le había merecido aquel médico no fue precisamente buena. ¡Qué corazón tan duro! Tendría que haberle conmovido el hecho de ver que una madre había abandonado precipitadamente su casa para correr en ayuda de su hija.

¡Menos mal que Bárbara se lo había agradecido tanto! Por lo menos eso era lo que ella suponía… Le había dado las gracias efusivamente. Y William también había comprendido el esfuerzo que había hecho.

Cuando Joan les había dicho cuánto le gustaría prolongar su estancia allí con ellos, William había asegurado que les daría una gran alegría. Había sido ella quien les había rogado que no insistieran porque la tentación era demasiado fuerte. De buena gana habría pasado todo el invierno en Bagdad, pero tenía que pensar en el padre de Bárbara. Prolongar tanto su ausencia habría sido demostrar poca consideración hacia él.

Bárbara, cuando ella había dicho eso, había murmurado con voz emocionada «¡Querido papá!». Y después, tras un pequeño silencio, había añadido: «Bueno, mamá, ¿por qué no te quedas más con nosotros? Al fin y al cabo puedes hacerlo».

«¡Piensa un poco en tu padre, cariño!».

Bárbara había contestado secamente entonces que en él estaba pensando precisamente. Pero Joan no se había dejado convencer por sus hijos; no, no podía dejar a su marido Rodney al cuidado del servicio.

Sin embargo, pocos días antes de su marcha estuvo a punto de pensarlo mejor y quedarse más días. Podía quedarse un mes perfectamente, Rodney gozaba de perfecta salud. Pero William, cuando le oyó cambiar de propósito, hizo una exposición tan apasionada de los peligros que entrañaba cruzar el desierto fuera de época, que le había hecho coger miedo y de nuevo había decidido partir inmediatamente. A partir de aquel momento William y Bárbara se habían mostrado tan afectuosos que más de una vez sintió deseos de quedarse con ellos más tiempo, pero al final decidió no hacerlo.

Y sin embargo, por muy tardíamente que hubiera emprendido el viaje, no le habría podido ir peor de lo que le iba.

Volvió a mirar su reloj. Las once menos cinco. ¿Cómo había podido recordar todo aquello en tan poco tiempo? Lamentó no haberse llevado *The Power House*. Pero no; mejor era así, era el único libro que le quedaba para leer y era preferible reservarlo.

Todavía tenía que esperar dos horas antes de que le sirvieran la comida, había pedido que se la tuvieran preparada a la una. ¿Daría

otra vuelta? Le parecía estúpido andar sólo por andar, sin rumbo fijo, y sin nada que hacer. Y el sol era muy fuerte, además. Y sin embargo, ella había querido unos días antes disponer de algún tiempo para reflexionar. ¡Y aquélla era la ocasión: o entonces o nunca!

Joan volvió a pasar revista a sus pensamientos; estaba segura de que no encontraría en ellos nada extraordinario: recordar dónde había colocado ciertos objetos en su casa, decidir la nueva disposición de la biblioteca, hablar con las criadas de cuándo tenían que tomarse las vacaciones, etcétera.

Pero todo aquello tenía un interés mínimo. En noviembre era demasiado pronto para fijar los días de vacaciones del servicio y además le habría sido necesario tener un calendario a la vista del año próximo para ver exactamente en qué días caía la Pascua. Lo que sí podía hacer era empezar a pensar cómo pintaría la biblioteca. ¿Iría bien el ocre? ¿Y para las cortinas un tono dorado de trigo maduro con algunos almohadones haciendo juego? Si, quedaría bien, desde luego.

Eran las once y diez. El pensar en la decoración de aquella estancia le había llevado muy poco tiempo.

Joan pensó de un modo vago: «Si hubiera podido prever esto, me habría traído un libro serio de esos que hablan de la ciencia moderna y de los actuales descubrimientos; algo que pudiera instruirme, por ejemplo, sobre la teoría de la desintegración del átomo». Entonces trató de averiguar por qué rara asociación de ideas estaba pensando en la teoría de la desintegración del átomo y de pronto se dijo: «¡Claro que sí… la tapicería y… Mrs. Sherston!».

Recordaba perfectamente el día en que se había planteado aquella espinosa cuestión: ¿batista o terciopelo para el salón? Estaba con Mrs. Sherston, la mujer del banquero. En plena conversación, Mrs. Sherston de repente había dicho casi gritando: «Quisiera ser lo suficientemente inteligente para comprender la teoría de la desintegración del átomo. Resulta fantástico de verdad pensar que la energía puede dividirse en infinitas moléculas».

Joan se la había quedado mirando asustada, incapaz de establecer una conexión entre las teorías científicas y las batistas; tal cara debió poner, que Mrs. Sherston, enrojeciendo un poco, había balbuceado:

«Soy una estúpida. No sabe una cómo vienen las ideas a la cabeza así de pronto, cosa que resulta apasionante, ¿verdad?».

A Joan aquella idea no le parecía especialmente apasionante, por lo que había preferido desviar la conversación… Lo que sí recordaba perfectamente, en cambio, era la tela que había escogido Mrs. Sherston: una tela tejida a mano de hilo puro, con un dibujo de hojas en diferentes tonos de marrón, gris y rojo. Joan había dicho: «Es una tela muy original, desde luego, pero debe de ser cara». Mrs. Sherston había contestado afirmativamente: «Sí, muy cara». Y había añadido que le gustaba mucho aquel tejido porque le recordaba los bosques y los árboles, el sueño de su vida, había dicho, era llegar a conocer lugares como Birmania o Malasia, países donde las plantas crecían rápidamente, muy rápidamente, había añadido con voz atormentada haciendo un gesto violento con la mano que revelaba claramente su temperamento impetuoso.

Aquella tela, Joan estaba calculando ahora que debía de costar al menos unos dieciocho chelines y seis peniques la yarda (una libra el metro), ¡un precio escandaloso para aquellos tiempos! Calculando lo que tal dispendio representaba y el tren de vida que había que llevar para estar acorde con aquello, resultaba que Sherston tenía que darle a su mujer para mantener el rumbo de la casa unas cantidades tan astronómicas que no era de extrañar que las cosas anduvieran mal en aquella casa, como se venía diciendo insistentemente desde hacía algún tiempo. Personalmente, Joan nunca había experimentado simpatía por Sherston. Le pareció estar viéndose de nuevo ella misma en el banco estudiando las posibles inversiones frente a aquel hombre sentado tras su despacho. Era un tipo alto y apuesto pero un poco inconsecuente, exageradamente bien educado, que caía en el amaneramiento. Parecía estar diciendo continuamente con la mirada: «Yo soy un hombre de mundo, mi querida señora. Por mi gusto me pasaría la vida jugando al tenis, al golf, al *bridge* o bailando. El verdadero Sherston es el que ve usted en las reuniones mundanas, no el hombre de negocios que dice: no más créditos».

«Era un tipo desagradable y falso —pensó Joan con indignación —. Un estafador». En aquella época ya debía haber empezado a falsificar los libros de cuentas. Se comprobó que, en efecto, fue él el autor de aquella estafa. Y sin embargo, era un tipo que solía gustar

mucho a la gente. Todo el mundo hablaba bien de él, cosa rara tratándose de un banquero.

Y sin embargo, los banqueros de quienes se habla mal habitualmente no se gastan los fondos que se les han confiado.

El caso era que Leslie Sherston había conseguido comprarse aquellas cortinas tejidas a mano. Y nadie se había dicho que las malversaciones de Sherston tuvieran por motivo cubrir los gustos dispendiosos de su mujer. A primera vista, la verdad era que Leslie Sherston no parecía ser el tipo de mujer dilapidadora. Llevaba siempre los mismos trajes chaquetas en «*tweed*» de color verdoso, le gustaba cuidar personalmente de su jardín y parecía feliz dando largos paseos por el campo. Y los gastos del vestido y calzado de sus hijos no la arrastraban tampoco a hacer grandes gastos. Precisamente Joan recordaba perfectamente una tarde en que Leslie la había invitado a merendar. Ella misma había traído la bandeja al salón con un poco de pan tostado, mantequilla en un recipiente de cristal sencillo, confitura hecha en casa, el té en una tetera de cocina corriente y unas tazas también de lo más tosco. Era una mujer que no se daba ninguna importancia, siempre despreocupada, jovial, con la sonrisa en los labios, una sonrisa que le hacía torcer la boca incluso… Y sin embargo, aquella torpe sonrisa tenía cierta gracia, no cabía duda de que resultaba una mujer simpática.

¡Pobre Mrs. Sherston! Había tenido una vida triste, muy triste, sí.

Joan se estremeció nerviosamente. ¿Por qué se le había ocurrido pensar en que Leslie había tenido una vida triste? Aquellas palabras le recordaban a Blanca Haggard (¡aunque la vida triste de ésta hubiera sido algo muy distinto!). Al pensar en Blanca, por asociación de ideas pensó también en Bárbara y en su misteriosa enfermedad. Pero ¿qué le ocurría? ¿Es que no se podía pensar en nada en aquel lugar sin que adquiriera inmediatamente un matiz profundamente doloroso?

Miró de nuevo su reloj. El caso era que las desgracias de Mrs. Sherston y sus cortinas tejidas a mano le habían hecho pasar media hora. ¿Hacia dónde podría orientar sus pensamientos ahora? Procuraría pensar en alguien que no pudiera causarle la más leve pena.

Rodney sería la persona más adecuada para pensar en él. Ningún

dolor enturbiaría aquel recuerdo. ¡Rodney querido! Joan empezó a pensar alegremente en su marido y evocó su silueta tal y como la había visto por última vez en el andén de la estación Victoria en el momento en que le deseaba buen viaje, momentos antes de la salida del tren.

¡Querido Rodney! De nuevo lo estaba viendo inmóvil, mirándola fijamente. La fuerte luz del día hacía resaltar casi cruelmente las arrugas que le cercaban los ojos. ¡Qué ojos tan cansados! Sí, verdaderamente cansados y llenos de una profunda tristeza. «Rodney —pensó Joan— no es que esté triste, es que el aspecto de su cara es así. Los animales a veces también tienen los ojos tristes y, sin embargo, eso no significa nada». Y además, él acostumbraba a llevar gafas y tras de ellas ya no se veía la tristeza de sus ojos. Pero no cabía duda de que tenía aspecto de hombre terriblemente cansado: nada de extraño tratándose de un hombre agobiado por el exceso de trabajo. En realidad, nunca se tomaba un día de vacaciones. («Eso voy a cambiarlo yo tan pronto llegue —pensó Joan—. Es preciso que se distraiga más y que descanse más: habría tenido que pensar en esto antes ya»).

Sí, Joan había encontrado que, visto a plena luz, daba la impresión de tener la edad que en realidad tenía o quizá incluso más. Joan no apartaba la mirada de él ni él de ella; de esta manera habían intercambiado las últimas frases rituales antes de partir, unas frases llenas de fórmulas estúpidas.

«No creo que tengas que pasar por la aduana en Calais».

«No; creo que se va directamente al Simplon-Express».

«Pon mucha atención al coger el coche para Brindisi. Espero que el Mediterráneo esté en calma».

«De buena gana me habría detenido uno o dos días El Cairo».

«¿Y por qué no lo haces?».

«Cariño, es preciso que llegue lo antes posible junto a Bárbara. Sólo sale un avión a la semana».

«Es verdad. Lo había olvidado».

El tren arrancó bruscamente. Joan, debido a la fuerza del impulso, se vio obligada a retroceder unos pasos. Rodney le hizo una señal de despedida con la mano y le volvió la espalda. Instintivamente, ella se inclinó para verlo de nuevo. Rodney había empezado a andar ya por el andén.

De repente Joan sintió un extraño sobresalto al ver aquella espalda que tan familiar le era. ¡Rodney de pronto parecía un hombre rejuvenecido! Andaba sin encorvar la espalda y con la cabeza muy alta… Aquella visión la hizo estremecerse… Aquel hombre que andaba entre la multitud, de repente se había convertido en un hombre joven y satisfecho… Habríase dicho que volvía a ser aquel muchacho que ella había conocido un día, ya muy lejano, en que se lo habían presentado para que formaran pareja en el tenis. La partida había empezado en seguida.

Él le había preguntado:

«¿Quiere que yo me ponga cerca de la red?».

Había sido entonces cuando ella lo había visto por detrás. Y había quedado impresionada al ver su espalda, extraordinariamente bien formada. No había podido olvidar ya nunca más el porte de aquel chico ni el aspecto de su cabeza y de su cuello.

Sin saber por qué, ella se había puesto nerviosa. Continuamente había cometido faltas en el servicio, el calor era terrible, estaba nerviosa. Entonces Rodney había vuelto la cabeza y, con una sonrisa, le había dado ánimos con una de aquellas sonrisas de hombre bueno y honrado que constituían su mayor atractivo. Joan se había dejado cautivar inmediatamente por aquellas sonrisas; Rodney le había parecido un muchacho verdaderamente irresistible. Casi inmediatamente se había dado cuenta de que se había enamorado de él.

Viéndole alejarse desde el tren, le pareció estar viendo de nuevo a aquel jugador de tenis de aquel día de verano ya tan lejano. Rodney daba la impresión en aquel momento de tener muchos años menos, parecía un hombre joven, alegre y feliz de vivir.

Joan se estremeció, cosa inexplicable, bajo el sol ardiente del desierto.

«¡No, no! —pensó—. No quiero entristecerme otra vez… ¡Hay que pensar en algo distinto!».

Rodney andando rápidamente por el andén con la cabeza muy erguida, sin aquella sensación de fatiga que le hacía encorvar la espalda, daba la impresión de un hombre que acababa de aligerarse de una pesada carga…

«Pero ¿qué me está ocurriendo?», se dijo Joan. Estaba figurándose cosas erróneas, se dejaba llevar por un exceso de

imaginación melodramática. En el momento de su marcha de Londres sus ojos no se habían apartado ni un momento de ella. Pero ¿por qué no había esperado a marcharse a que el tren hubiera salido de la estación?

¿Y por qué tendría que haber esperado? Tenía prisa, debía resolver una serie de casos en Londres. Y además, hay muchas personas a las que no les gusta ver salir un tren en el que se marcha una persona querida.

Verdaderamente, ¡qué idiotez! ¿Por qué evocaba con tanta insistencia el aspecto de la espalda de Rodney en el andén de una estación?

Se había convertido en víctima de su propia imaginación.

Tal descubrimiento no le sirvió de mucho. Cuando la imaginación hace fijar continuamente en la memoria la misma idea, es porque esa idea se ha convertido en una obsesión.

Pero tal cosa no podía ser verdad. La deducción que acababa de hacer era insostenible.

Se estaba diciendo (¿era exactamente aquello?) que Rodney se sentía feliz viéndola marchar…

Y aquello no era verdad. ¡*No podía ser verdad*!

4

Joan llegó al parador sudando. Inconscientemente había apresurado el paso, como para huir de aquella idea tan insoportablemente odiosa.

El hindú se la quedó mirando muy sorprendido y le dijo:

—*Memsahib* andar demasiado aprisa. ¿Por qué andar tan rápido? ¡Ninguna necesidad de apresurarse! ¡Aquí nada que hacer!

«¡Eso no es necesario que me lo recuerdes!», pensó Joan. Sí, efectivamente. ¡Nada que hacer!

El hindú, el parador, las gallinas escuálidas, las alambradas y aquel montón de basura, decididamente la ponían nerviosa.

Se refugió en su habitación y cogió *The Power House*. «Al menos aquí estoy más resguardada de ese calor y de esa luz».

Se acomodó bien y empezó a leer *The Power House*.

A la hora de la comida ya había llegado a mitad del libro.

Le sirvieron una chuleta con judías, salmón con arroz y albaricoques en conserva, pero apenas si los probó.

Cuando terminó de comer se levantó y se fue de nuevo a su habitación; quería tenderse un poco sobre la cama.

Si había cogido una insolación por haber andado demasiado aprisa a la hora del calor, le vendría bien echar una siesta.

Estaba excesivamente despejada y se sentía demasiado inclinada a reflexionar.

Entonces se levantó, se tomó una aspirina, y se volvió a acostar. Pero no podía cerrar los ojos sin ver la silueta de Rodney alejarse de ella, por el andén de la estación Victoria. ¡Resultaba insoportable aquello! Levantó la persiana para dejar que se filtrara un poco la luz, y volvió a leer *The Power House*. Cuando le faltaban algunas páginas para llegar al final se durmió.

Soñó que estaba jugando una partida de tenis con Rodney. Tenían cierta dificultad para encontrar las pelotas, pero por fin las

encontraban y se dirigían hacia el terreno de juego. Empezó a servir y se dio cuenta entonces de que estaba jugando contra Rodney y la chica Randolph. Su servicio provocó una serie de faltas dobles. «Rodney —pensó Joan—, va a acudir en mi ayuda». Pero lo buscó en vano con la mirada: había desaparecido. Los otros también se habían marchado, y caía la noche. «Estoy sola —pensó Joan—. Sola y abandonada».

—¡Abandonada! —dijo en voz alta, despertándose con gran sobresalto.

Bajo el influjo de aquella pesadilla, todavía no conseguía deshacerse de aquella impresión desagradable. Las palabras que acababa de proferir le daban miedo.

Pero aún a su pesar repitió en voz alta:

—¡Abandonada!

El hindú acudió corriendo y, asomando la cabeza por la puerta, le preguntó muy amable:

—¿*Memsahib* me llama?

—Sí, tráigame un poco de té, por favor.

—¿*Memsahib* quiere tomar té antes de las tres?

—Qué más da. Tráigame el té que le he pedido.

Le oyó alejarse murmurando: «¡Chai! ¡Chai!».

Joan se levantó de un salto y se quedó parada delante del espejo copiosamente manchado por las moscas. La vista de su cara tranquila y normal la tranquilizó. «Me estoy preguntando —dijo como dirigiéndose a su imagen— si no estaré a punto de caer enferma. Me ocurren cosas muy raras».

Tal vez había cogido una insolación sin darse cuenta.

Cuando le trajeron el té, Joan ya había logrado tranquilizarse. ¡Verdaderamente, aquella aventura era extraordinaria! ¡Ella, Joan Scudamore, dejándose llevar de los nervios! Pero, claro, no eran sus nervios los culpables de lo que le ocurría, sino el sol: el astro del día le había jugado una mala pasada. De ahora en adelante tendría cuidado de no salir hasta que empezara a anochecer.

Mordisqueó un par de tostadas y se bebió dos tazas de té. Después acabó de leer *The Power House*. Cuando cerró el libro, había recobrado definitivamente la calma.

«Ahora ya no me queda nada para leer», pensó.

¡Nada para leer, nada para escribir, ni una hoja de papel de

cartas ni siquiera una simple labor manual que la ayudara a entretener su ocio! ¡Nada que hacer! Sólo esperar la problemática llegada de un tren que podía hacerse esperar varios días…

Cuando el hindú entró para llevarse la bandeja, Joan le preguntó:

—¿Cómo emplea usted su tiempo aquí?

El hombre pareció sorprenderle mucho aquella pregunta.

—Yo servir a los viajeros, *Memsahib*.

—Ya lo sé. —Procuró dominar su impaciencia—. Pero esto no debe ocuparle todo el tiempo, ¿verdad?

—Yo servir desayuno, comida, té…

—Bueno, no quiero decir eso. ¿Le ayuda alguien?

—Un pequeño árabe medio idiota, perezoso y sucio. Tener que vigilar todo yo personalmente; ese pequeño árabe no valer nada. Traer agua limpia, llevarse el agua sucia y ayudar a la cocina. Eso hacer, nada más.

—O sea que son ustedes tres aquí: usted, el cocinero y el pequeño árabe. Cuando hay poca gente les debe quedar mucho tiempo libre. ¿Leen algo?

—¿Qué? ¿Leer?

—Sí, libros.

—No. Nunca.

—¿Qué hace usted, pues, cuando ha terminado su trabajo?

—Esperar que sea la hora de hacer otro.

«No hay nada que hacer —pensó Joan—. No hay manera de mantener una conversación con esa gente. No comprenden nada. Este hombre pasa su vida como un vegetal viendo transcurrir los días uno tras otro sin más. De vez en cuando, supongo que se debe tomar unas pequeñas vacaciones, se debe ir a la ciudad entonces, posiblemente se emborrachará y hablará con sus semejantes. Pero durante semanas y semanas no se mueve de aquí. Claro que están aquí el cocinero y ese chiquillo árabe también. Pero ése seguro que cuando ha terminado su trabajo se acuesta al sol y se duerme. La vida no tiene otra finalidad para él. Con esa gente no puedo contar para nada. ¡Lo único que ese hombre puede decir es lo que come, lo que bebe o el tiempo que hace!».

El hindú cogió la bandeja y se marchó. Joan empezó a andar nerviosamente por la habitación.

«Es preciso que me sobreponga, que me trace un programa, que logre encontrar la manera de pensar adecuadamente, tengo que evitar dejarme vencer por mis pensamientos».

Lo que ocurría es que ella siempre había llevado una vida llena de ocupaciones. Una vida de mujer civilizada, y naturalmente una persona dedicada a tantas actividades en su cotidiana existencia es normal que se encuentre desamparada si se ve bruscamente trasplantada a una vida ociosa e inútil. Y cuando más activa y culta es esa persona, más difícil le resulta soportar un tipo de vida tan estéril.

Ciertamente que hay personas que incluso estando en su casa son capaces de permanecer horas y horas sin hacer nada. «Personas de esta clase —pensó Joan—, se adaptarían fácilmente a ese tipo de vida, tan sin objetivo, que ahora ella se veía obligada a llevar».

Mrs. Sherston, por ejemplo —aunque por norma general fuera una mujer muy activa y enérgica—, era perfectamente capaz de dejar pasar el tiempo sin hacer nada y sin pensar en nada. Sus paseos daban buena prueba de ello: andaba con paso decidido; después, de repente, se sentaba en un tronco o simplemente en el suelo y permanecía allí horas y horas con la mirada perdida en el espacio.

Tal como ocurrió aquel día en que ella creyó primero que era la hija de Randolph.

Se puso ligeramente colorada al recordar de qué modo se había comportado en aquella ocasión. Había actuado como si fuera una espía, exactamente de la forma que ella más odiaba que se comportaran las personas. Había procedido de un modo totalmente opuesto a su carácter.

Pero, claro, ¡como al principio había creído que era Myrna Randolph!… Una chica que parecía no tener ni la más ligera idea de la moral…

¿Qué era lo que había ocurrido exactamente? Joan trató de poner en orden sus pensamientos.

Había ido a llevarle unas flores a la vieja Mrs. Garnett y salía de su casa de campo cuando había oído la voz de Rodney, por encima del seto; la voz de su marido y la de una mujer.

Rápidamente se había despedido de Mrs. Garnett y se había encaminado hacia la carretera. Al llegar allí había visto a Rodney y

creyó que a Myrna Randolph andando por un sendero que iba en dirección a Asheldown.

Decididamente no se sentía orgullosa de lo que entonces se le había ocurrido hacer. Pero en aquel momento se había dicho que tenía que aprovechar la ocasión para saber exactamente cómo estaban las cosas. Rodney era muy bueno, pero todo el mundo sabía cómo era Myrna Randolph.

Joan cruzó por el atajo que cruzaba Haling Wood y llevaba hasta el pequeño promontorio de Asheldown; al llegar allí vio las siluetas de dos personas sentadas tranquilamente mirando absortas el paisaje soleado que se extendía a sus pies.

¡Qué tranquilidad experimentó al comprobar que la chica no era Myrna, sino Mrs. Sherston! Y ni siquiera estaban sentados uno junto a otro; por lo menos les separaba cuatro pasos, distancia totalmente ridícula que no daba pie ni a creer siquiera en una buena amistad; además, Mrs. Sherston, la pobre, no tenía nada de provocativa, desde luego, no se la podía considerar ni mucho menos como a una sirena, ¡aquella idea resultaba totalmente ridícula! Lo que había ocurrido era simplemente que Leslie volvía de uno de sus habituales paseos y Rodney la había encontrado por casualidad y movido de su natural amabilidad la había acompañado un rato en su paseo. Habían llegado a la cumbre de Asheldown, y se habían sentado a descansar y a admirar el paisaje un rato antes de regresar de nuevo a sus respectivos hogares. Sin embargo, resultaba algo extraña aquella manera de estar sentados de un modo casi estático, sin hacer un gesto ni decir una palabra. «Casi resultaba de mala educación», pensó Joan. Lo más probable es que cada uno siguiera el curso de sus pensamientos, y había bastante confianza entre ellos como para que no tuvieran que distraerse de sus propias reflexiones hablando de cuatro trivialidades.

Tanto más por cuanto en aquella época, ellos, los Scudamore, conocían perfectamente todo lo referente a Leslie Sherston. El golpe de teatro provocado por las malversaciones de Sherston había producido un gran escándalo en Crayminster; el banquero estaba cumpliendo su condena en la cárcel. Rodney había sido su abogado defensor ante los tribunales y también era él quien se había ocupado de los intereses de Leslie. Le daba verdadera lástima aquella mujer que se había quedado sola, sin recursos y con dos

pequeños. Toda la ciudad se sentía bien dispuesta hacia Leslie Sherston, desde luego, y si no se la había protegido más era porque Leslie era muy especial. Su temperamento tan jovial había escandalizado a más en una de la ciudad.

«Debe ser de esas personas —le había dicho Joan a Rodney un día— más bien insensibles».

Rodney había replicado entonces bruscamente que Leslie tenía un valor que muy poca gente poseía.

«Sí, eso es cierto. Pero el valor no lo es todo», había contestado Joan.

«¿No?», había replicado Rodney de un modo bastante raro, mientras salía a toda prisa del despacho.

El valor verdaderamente no había nadie que pudiera negárselo a Leslie Sherston. Viéndose en la obligación de ganarse la vida, sola con dos niños y sin estar preparada para ello, había sabido arreglárselas muy bien.

Teniendo por toda renta un poco de dinero que le mandaba una tía, tuvo que reducir lo más posible su tren de vida y luego además se empleó ella misma como ayudante en casa de un horticultor. Cuando Sherston salió de la cárcel, la encontró formando parte de otra clase social: se dedicaba al cultivo de frutos y legumbres para la venta. Él entonces se había puesto a conducir un camión para hacer las entregas a domicilio ayudado por los niños y tan bien les había ido que habían conseguido volver a encontrarse en posición desahogada. No cabía duda de que Mrs. Sherston se había portado como una espartana. Cosa mucho más meritoria teniendo en cuenta que en esta época ya debía de sufrir de la enfermedad que la llevaría a la tumba.

«Estaba muy enamorada de su marido», pensó Joan. Sherston estaba considerado como un hombre verdaderamente seductor, era uno de esos tipos que gusta a todas las mujeres. ¡Pero al salir de la cárcel había cambiado tanto! Joan se había quedado impresionada al verle tan delgado y con una cara demacrada; sin embargo, él continuaba considerándose el mismo de antes y seguía presumiendo del modo más ridículo a pesar de que ya era una completa ruina. Leslie le continuaba queriendo como antes y lo había rodeado de toda clase de atenciones. Aunque sólo hubiera sido por eso, Joan la habría considerado una mujer digna de todo respeto.

En cambio, en lo referente a los chiquillos, Joan ya no la admiraba tanto. La tía vieja y rica que la había ayudado en el momento de la detención de Sherston le había hecho una proposición en cuanto éste había salido de la cárcel.

Le había propuesto adoptar al benjamín y pagar los gastos de colegio del mayor; luego, durante las vacaciones, se los llevaría a su casa. El tío y la tía dejarían así asegurado el porvenir de los dos. El tío, incluso por acta notarial, se comprometía, si querían, a darles su nombre. Pero Leslie Sherston había dicho categóricamente que no y Joan no podía por menos reprocharle su egoísmo. Era rechazar para sus hijos una vida muy superior a la que ella podía ofrecerles. Habrían podido vivir sin ninguna dificultad.

Por muy fuerte que fuera el *amor* maternal, Joan pensaba —y Rodney le había dado la razón— que se tenía que anteponer a todo el bienestar de los hijos.

Pero Leslie se había mostrado inflexible y hasta Rodney había desistido de hacerla entrar en razón. Había dicho con voz cansada que Leslie Sherston sabía mejor que nadie lo que tenía que hacer.

«No cabe duda —pensó Joan— que era una mujer muy testaruda».

Nerviosamente, Joan continuó andando de un lado a otro de la pequeña habitación del parador y evocó de nuevo a Leslie Sherston sentada al lado de Rodney en la cumbre de Asheldown Ridge.

Inclinada hacia delante, con los codos en las rodillas y la barbilla entre las manos, permanecía inmóvil, extrañamente inmóvil, con la mirada perdida en el paisaje de la campiña hacia la parte de la granja del Prado, mirando más allá de la vertiente de Little Havering Wood, mientras las montañas y las nubes adquirían un suave color amarillo dorado. Leslie y Rodney, en reposo, serenos, sin hacer ni un movimiento, miraban fijamente frente a ellos… ¿Por qué no había ido a su encuentro? No habría podido decirlo. Tal vez se había sentido avergonzada de haber tenido la debilidad de haber sospechado que Rodney estaba con Myrna Randolph, y notaba cierto desasosiego.

Fuera como fuese, el caso es que había procurado apartarse de ellos. Había emprendido el camino de vuelta lo más rápidamente posible. Aquel incidente, nunca más lo había recordado; se había guardado mucho de decirle nada a Rodney; habría podido figurarse

que ella tenía alguna sospecha de él y Myrna Randolph.

La imagen de Rodney alejándose por el andén de la estación Victoria acudió de nuevo a su memoria…

¡Tenía que apartar de la cabeza aquella tontería! ¿De dónde podía surgir en su mente aquella idea tan estúpida? ¿Por qué iba a sospechar que Rodney (que siempre le había sido tiernamente fiel) se había alegrado de verla marchar?

¿Qué sospechas podía despertar la silueta de un hombre vista de espaldas? Tenía que borrar de su cerebro tan fantasmagórica idea.

De ahora en adelante trataría de no pensar en Rodney, si es que su recuerdo le iba a provocar reacciones tan poco placenteras.

Hasta entonces nunca se había sentido presa de una imaginación febril.

Cada vez estaba más convencida de que la culpa de cuanto de estaba ocurriendo la tenía aquel terrible sol del desierto.

5

La tarde y el anochecer transcurrieron con desesperante lentitud. Joan creyó preferible no salir hasta que el sol estuviera bajo en el horizonte; permanecería en el interior del parador; pero al cabo de una media hora aquella situación le pareció intolerable: no podía permanecer sentada en una silla sin hacer nada. Entonces, volvió a entrar en su habitación con el propósito de vaciar sus maletas y hacerlas de otra manera. «No había doblado los vestidos con suficiente cuidado», se dijo. Poner orden en todo aquello le llevaría bastante rato.

Lo arregló todo metódicamente. Cuando terminó eran las cinco. A esa hora ya quizá se podría salir sin peligro de coger una insolación. Permanecer encerrada entre aquellas cuatro paredes resultaba terriblemente depresivo. ¡Lástima que no tuviera a mano ningún libro para leer!

Salió, no sin contemplar con disgusto aquel montón de basura lleno de latas vacías de conserva, las gallinas escuálidas y las alambradas. ¡Aquel lugar era horrible! ¡Absolutamente horrible!

Para variar un poco, decidió dar el paseo a lo largo de la vía del tren, junto a la frontera turca. Aquel cambio le proporcionó una agradable sensación de novedad; pero al cabo de un cuarto de hora el paisaje volvió a parecerle igual de monótono. La vía férrea que serpenteaba a unos doscientos metros de donde ella estaba no le proporcionaba la más mínima compañía. Estaba sola ante el silencio y aquella inmensa capa de sol.

Joan pensó de pronto que tal vez resultaría divertido recitar algunos versos. En clase tenía fama de hacerlo muy bien. Sería interesante comprobar lo que era capaz de recordar después de tanto tiempo. Cuando era más joven había llegado a saberse gran cantidad de poesías de memoria:

La clemencia no depende del esfuerzo,
cae suavemente del Cielo, como la lluvia.

¿Cómo seguía? Resultaba estúpido, no conseguía recordar el final.

No temas ya más el calor del sol.

¡Resultaba animador por lo menos! Pero ¿cómo seguía?

Ni las tempestades furiosas del invierno.
Tú que has cumplido con tu deber en este mundo,
perderás tu hogar, te arrebatarán el salario.
Muchachos alegres y lindas muchachas acabarán, todos,
como los deshollinadores de las chimeneas, en ceniza.

No, recitado en su totalidad no resultaba nada animador. ¿Podría llegar a recordar los sonetos de Shakespeare? Los sabía de memoria, *The marriage of true minds* (El matrimonio de las almas hermanas) entre otros. Rodney, un día, le había rogado que se lo recitara.

Curioso el tono en que había dicho una noche, de repente:

«*And thy eternal summer shall not fade*. (Y tu eterno verano no se marchitará). Es de Shakespeare, ¿verdad?».

«Sí, de un soneto».

Le había pedido más detalles.

«*Let me not unto the marriage of true mind admit impediment*. ¿Es de ése?».

«No. De aquel que empieza diciendo: *¿Shall I compare thee to a day*
summer's
? (¿Te compararé a un día de verano?)».

Entonces ella le había recitado el soneto del principio al fin, de una manera realmente impecable, con la expresión adecuada y con el sentimiento que tales versos requerían. Al final, en lugar de felicitarla, Rodney había dicho con aire pensativo:

«*Rough winds do shake the darling buds of May*. (Sobre los capullos de mayo soplan los duros vendavales)».

«Sí, es así, pero estamos en octubre, ¿no?».

Aquella frase era tan extraña que Joan se había quedado mirando a Rodney parpadeando. Luego su marido había añadido:

«¿Conoces aquel que trata de la unión de las almas gemelas?».

«Sí».

Joan había reflexionado unos momentos, después había empezado a decir:

«Para las almas gemelas deseo el matrimonio.
No es amor el que cambia al percibir una mudanza.
Tan pronto como ha visto que huían delante de él,
o que bruscamente se distancia con un cambio.

¡No! El amor es un faro al abrigo de las tempestades,
que da a quien le implora seguro apoyo,
es la estrella que vigila, como ella a él,
el miserable barquito errante amenazado por el naufragio.

El Tiempo, que sabe marchitar los labios rojos,
contra el Amor nada igual puede intentar.
El Amor está por encima de las horas efímeras.
Siempre conservará su eterno encanto.

Si estoy en un error, y pueden probarlo,
jamás yo he escrito nada ni nadie ha amado jamás».

Joan había terminado dando a los últimos versos una profunda emoción, un fervor dramático.

«¿Te parece que recito bien a Shakespeare? —le había preguntado entonces—. En el colegio tenía fama de hacerlo muy bien. Decían que yo recitaba con gran sensibilidad».

Pero Rodney se había limitado a contestar con aire distraído:

«La sensibilidad del recitador no es necesaria en estos versos: basta con la del texto».

Joan había suspirado, después había dicho a media voz: «Shakespeare es un poeta maravilloso, ¿verdad?».

Rodney había replicado:

«Lo que resulta maravilloso es pensar que era un pobre sujeto como todos los demás».

«¡Qué idea tan tonta, Rodney!».

Entonces Rodney había sonreído como si acabara de despertar en aquel momento y había dicho simplemente:

«¿Sí?».

Después se había levantado y había empezado a andar por la habitación recitando a media voz:

Sobre los capullos de mayo soplan los duros vendavales
y el verano es excesivamente corto.

¿Por qué demonios habría añadido: «Pero ahora estamos en octubre»?

¿Qué habría tras aquellas palabras?

Recordaba perfectamente aquel mes de octubre, había sido extraordinariamente bueno.

Y ahora al recordarlo reparó en una curiosa coincidencia. Cuando Rodney le había hablado de los sonetos de Shakespeare, había sido en la noche de aquella misma tarde en que lo había visto en compañía de Mrs. Sherston en la colina de Asheldown. Tal vez Leslie habría hablado de Shakespeare, pero era poco probable… Joan se quedó reflexionando; Leslie Sherston no era una mujer cultivada.

Aquel mes de octubre había sido magnífico, desde luego.

Recordaba perfectamente que Rodney, unos días más tarde, le había mostrado con la mano un rododendro plantado entre otras flores y que le había dicho con voz alterada:

«¿No es normal que florezca en esta época, verdad?».

El rododendro pertenece a una especie más bien tardía y florece normalmente en marzo, o en febrero. Pero se veía cubierto de flores y capullos rojos como sangre.

«En efecto —le había contestado ella—. Florece en primavera, pero algunas veces lo hace también en otoño, si la estación es lo suficientemente cálida y suave».

Rodney había deshojado delicadamente uno de los capullos con la punta de los dedos; después había dicho a media voz:

«Sobre los capullos de mayo…».

«De marzo —había rectificado ella—. No de mayo».

«Parecen gotas de sangre… gotas de un corazón que sangra».

Joan se había quedado verdaderamente extrañada de ver que Rodney se tomaba tanto interés por las flores.

Aquel rododendro le gustaba extraordinariamente. Pocos años antes hasta había llevado una flor en el ojal. Pero aquella flor era demasiado pesada y había acabado cayéndosele de la chaqueta, tal como Joan había previsto. Por extraño que hubiera podido parecer, aquella escena había tenido lugar en el cementerio. Al pasar por detrás de la iglesia, Joan había visto a Rodney y había ido a su encuentro diciendo:

«¡Qué lugar tan raro has elegido para dar un paseo, Rodney!».

Él se había reído un poco antes de contestar:

«Estoy meditando sobre mi último fin y ya he escogido mi tumba. No quiero que me pongan losas suntuarias ni un ángel de la guarda de mármol, sería demasiado».

Habían ido a parar junto a una tumba recientemente abierta, una sepultura aún nueva en cuya losa se veía escrito el nombre de Leslie Sherston.

Viendo que Joan se había quedado mirando la inscripción, Rodney había murmurado lentamente:

> Leslie Adeline Sherston, esposa tiernamente amada de Carlos Edward Sherston, descansó en la paz del Señor el 11 de mayo de 1930. Y Dios secará sus lágrimas.

Al cabo de unos momentos de profundo silencio había añadido:

«Una fría losa de mármol sobre Leslie Sherston. ¡Qué monstruosa idiotez! Sherston tiene que ser el mayor de los imbéciles para haber escogido este versículo de la Escritura. No creo que Leslie haya llorado ni un solo día en su vida».

Aunque también ella estaba turbada decidió decir algo blasfemo, una broma tonta: «¿Y qué escogerías tú?».

«¿Para ella? No lo sé. Pero habría tratado de encontrar en los salmos un versículo más apropiado. *En Tu presencia está la plenitud de la alegría*, por ejemplo».

«No; quería decir para ti».

«¡Ah! ¿Para mí? —Se había quedado reflexionando unos instantes, luego había sonreído ligeramente—. *El Señor es mi pastor. Él me conduce a las verdes praderas*, es algo que me iría perfectamente».

«Pues a mí siempre me ha parecido que este versículo daba una idea bien prosaica del Paraíso».

«¿Cómo imaginas tú el Paraíso, Joan?».

«Bueno, sin duda falto de todas esas puertas de oro de las que tanto se habla, claro. Me lo imagino como un estado del alma que permitirá a cada uno desplegar sus facultades en condiciones maravillosas para hacer que este bajo mundo sea más bello quizá o tal vez más feliz. Socorrer a los vivientes, tal es el papel que creo que deberemos desempeñar en el Paraíso».

«¡Qué terrible presuntuosa eres, Joan! —había dicho Rodney riendo para que la frase no resultara tan dura. Después había añadido—: A mí me bastaría con un verde prado. Imagino al rebaño de carneros siguiendo al pastor para volver al redil, en el fresco atardecer… —Se detuvo unos momentos y prosiguió diciendo—: Es algo absurdo tal vez, Joan, pero te aseguro que al volver del despacho, cuando subo por la Gran Avenida, a menudo me da la impresión de que voy por la calle que lleva a Bell Walk y que en lugar de estar en esta avenida, estoy en un valle hermoso, lleno de hierba, de suave verdor. Me digo entonces que este valle ha estado allí en el centro de Crayminster desde toda la Eternidad. Y te aseguro que al dejar el tumulto de la Gran Avenida es delicioso empezar a pasear por allí. Un poco desorientado de repente, noto que empiezo a gritar: ¿Dónde estoy? Y entonces amablemente oigo que me dicen: estás muerto».

«¡Rodney! —había gritado Joan, verdaderamente consternada y horrorizada—. ¿Estás enfermo? ¡No estás normal; no eres el mismo de siempre!».

Aquél había sido el primer indicio de aquel desequilibrio nervioso que poco después le había obligado a recluirse en un sanatorio de Cornualles, donde había parecido dichoso de pasar dos meses tendido en una hamaca, sin hablar con nadie, ocupado únicamente en observar el vuelo de las gaviotas y en contemplar las dunas pálidas que le separaban del mar.

Había sido precisa aquella escena del cementerio para que ella

se diera cuenta del exceso de trabajo que lo agobiaba. Al emprender el camino de regreso, tras haberlo cogido ella por el brazo para guiarlo, había visto cómo la flor de rododendro, demasiado pesada, caía sobre la tumba de Leslie.

«¡Oh! —había gritado ella entonces—. Tu rododendro».

Y se había agachado para recoger la flor roja. Pero él había dicho entre dientes:

«¡Déjala! Déjasela a Leslie Sherston. Es lo menos que podemos hacer por ella, era nuestra amiga».

Joan había aprobado inmediatamente aquella buena idea y había añadido que mañana mismo le llevaría ella un espléndido ramo de crisantemos amarillos. Recordaba perfectamente la súbita inquietud que había experimentado al ver la extraña sonrisa que se había dibujado en la boca de Rodney al oír sus palabras.

A partir de aquel momento había sido cuando ella se había dado perfecta cuenta de que Rodney presentaba síntomas verdaderamente alarmantes de depresión nerviosa. No podía adivinar lo cerca que estaba de producirse la crisis, pero aquella expresión extraña jamás se la había visto ella antes a su marido. Ansiosamente había procurado durante todo el camino irle preguntando hábilmente sobre las causas de su preocupación, pero él no había salido de su mutismo más que para murmurar: «Estoy cansado, Joan… Muy cansado…». Y de repente había dicho aquella enigmática frase: «No todo el mundo tiene tanto valor».

Ocho días después, una mañana había dicho con voz apagada: «Hoy no puedo levantarme».

Y se había quedado en la cama, sin hablar, sin mirar a nadie, inmóvil, con una extraña sonrisa en los labios.

Entonces había empezado el desfile de médicos y enfermos. Los médicos al final se habían puesto de acuerdo para prescribirle una larga cura de reposo en Trevelyan, sin cartas, sin telegramas y sin visitas. ¡Ni siquiera a ella le habían permitido ir a verlo! ¡A ella, su mujer!

¡Qué época tan terrible había sido aquélla! Y más teniendo en cuenta que los niños le habían creado toda serie de dificultades. En lugar de apoyarla, los chiquillos habían reaccionado como si ella fuera la culpable de la enfermedad que sufría su padre.

«¡Es vergonzoso que le hayas dejado llevar esta vida de esclavo,

que le hayas permitido que se encerrara continuamente en su despacho sin reposo, mamá! Sabías perfectamente que papá hacía ya años que estaba agotado de tanto trabajo».

«Claro, chiquillos, pero ¿qué podía hacer yo?».

«Tendrías que haberlo arrancado a la fuerza de su despacho hace ya tiempo. ¿No sabías acaso que odiaba este tipo de vida? ¿Es que no has sabido comprenderlo jamás?».

«Será mejor que no hagas preguntas tontas, Tony. Comprendo perfectamente a papá».

«¡No lo creo! A veces me pregunto si has sido capaz jamás de comprender a alguien».

«¡Tony! ¡Ya basta!».

«¡Cálmate, Tony! —había dicho Averil—; estás perdiendo el tiempo».

Aquella réplica era algo del estilo de Averil, de aquella muchacha de corazón duro e insensible, que se complacía en mostrar un cinismo y un despego hacia todos impropio de su edad. Averil, pensaba algunas veces Joan desesperadamente, no tenía ni un átomo de corazón. Evitaba la ternura y parecía totalmente inaccesible a los argumentos sentimentales.

«Querido papá… —había dicho sollozando Bárbara, la pequeñina, más impulsiva en sus manifestaciones—. Tú tienes la culpa, mamá. Fuiste cruel con papá… cruel… siempre lo has sido…».

«¡Bárbara! —Joan había acabado por perder la paciencia—. ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Tu padre ha sido siempre el dueño y señor de esta casa. ¿Cómo crees que habríais podido ser instruidos, vestidos y alimentados si vuestro padre no hubiera trabajado para vosotros? Se sacrificó por vosotros. Es el deber de todos los padres y lo hacen sabiendo que ningún provecho personal van a sacar con ello…».

«¡Aprovecho la ocasión para darte las gracias, mamá —dijo Averil—, por todos los sacrificios que has hecho por nosotros!».

Joan se había quedado mirando a su hija con aire incrédulo. Dudaba de que fuera sincera Averil al decir aquello. Pero su propia hija no podía ser impertinente hasta el punto de…

Tony había cambiado un poco el rumbo de la conversación preguntando con gravedad:

«¿Es verdad que papá por su gusto hubiera querido dedicarse a la agricultura?».

«¿A la agricultura? No, ¡claro que no! Bueno, es decir… creo que de joven… pero eran tonterías de juventud, nada más. En su casa todos han sido abogados. Recibió en herencia un acreditado despacho de abogados. Puedes sentirte orgulloso de ello, Tony, y alégrate de pensar que después tú también podrás ocupar este lugar».

«¡Yo no quiero ir a trabajar al despacho, mamá! ¡Quiero irme a África Oriental a cultivar la tierra!».

«¡Qué tontería, Tony! No pienses más en esta estúpida idea. Tú heredarás el despacho. Eres el único hijo varón de la familia».

«¡No seré abogado, mamá! Papá ya lo sabe y aprueba mi idea».

Joan, aterrorizada por aquellas palabras, se había quedado mirando a Tony incrédula y estupefacta.

Después se había sentado en un sillón y se había echado a llorar. Era horrible que todos se pusieran contra ella de aquella manera.

«Me pregunto qué os ocurre para que todos estéis contra mí en ausencia de papá. ¡Sois muy crueles conmigo!».

Tony había murmurado algo entre dientes y había salido de la habitación sigilosamente.

Con voz sin inflexiones ni matices, Averil había tomado la palabra y dicho:

«Tony está decidido, mamá. Quiere ingresar en una escuela agrícola. A mí me parece una estupidez, desde luego. Si yo fuera un chico, de buena gana me metería en el despacho. Hay muchos casos legales que me apasionan…».

«¡Nunca hubiera creído —seguía diciendo Joan sollozando— que mis hijos pudieran ser tan ingratos!».

Averil se había limitado a suspirar, pero Bárbara, que también lloraba en un rincón, había dicho:

«¡Estoy segura de que papá se morirá! ¡Estoy segura! ¡Y entonces nos quedaremos solos y será horrible! ¡Sí, será algo espantoso!».

Averil había vuelto a suspirar. Su despreciativa mirada se había posado tan pronto en su hermana, que lloraba desesperadamente, como en su madre, que trataba inútilmente de disimular las lágrimas.

«Ya que nada puedo hacer…», había dicho entonces.

Y con gran calma se había encaminado hacia la puerta y se había marchado, cosa muy propia de ella.

En resumen, terrible y penosa escena de la que Joan había procurado no acordarse nunca más.

Y sin embargo, todo aquello resultaba comprensible. La enfermedad de Rodney había sido un duro golpe para todos que explicaba sobradamente el extraño modo de comportarse de los niños. Los chiquillos siempre procuran echarle la culpa de sus contrariedades a alguien. Y en su caso los suyos habían culpado a la madre porque era la que se encontraba más cerca. Después Tony y Bárbara le habían pedido perdón. Averil no creía nunca que tuviera que excusarse por nada, y tal vez en el interior de su alma, en conciencia, creía incluso tener razón. Ella no tenía la culpa de ser tan dura de corazón. ¡Pobre pequeña!

Desde luego, el tiempo que Rodney estuvo ausente fue un período triste, incluso penoso. Los niños se habían portado muy mal, se habían encerrado en sí mismos, la habían mantenido a distancia y ella se había sentido terriblemente sola. Posiblemente también, dado su estado de inquietud, había exagerado las faltas de los niños, pues no cabía duda de que los tres la querían tiernamente. Otra cosa que podía decirse igualmente en descargo de los niños era que se encontraban en edades difíciles: Bárbara todavía estaba en edad escolar y Averil estaba en plena adolescencia; en aquella época tenía un carácter brusco y desconfiado… Tony se pasaba casi todo el tiempo en una granja vecina. Resultaba verdaderamente desagradable que se le hubiera metido en la cabeza aquella estúpida idea de dedicarse a la agricultura y Rodney había cometido una gran equivocación animándole en tal sentido. «¡Es horrible —había pensado Joan— que siempre sea a mí a quien toque resolver todas las cosas desagradables!». Como aquella riña que había tenido con Bárbara, por ejemplo: El Colegio de *Miss* Harley estaba lleno de alumnas estupendas y en cambio la niña siempre se hacía amiga de las peores chicas, cosa que le había producido más de un quebradero de cabeza.

«Tendré que hacerle entender de una vez para siempre —se había dicho Joan—, que sólo quiero que traiga a casa muchachas finas y bien educadas. Es muy posible que esta nueva

recomendación mía provoque otra crisis de lágrimas y discusiones, eso de momento es todo lo que puede esperarse de Bárbara. Vive completamente aparte del resto de los habitantes de esta casa y no me gusta nada ese tono despreciativo que usa al hablar. ¡Lamentaría profundamente que empezara a crearse fama de antipática! ¡Sería deplorable!».

«Sí —pensó Joan—, ¡la educación de los hijos es una difícil e ingrata tarea! ¡Nadie parece darse cuenta del extraordinario tacto que hay que desplegar! ¡Y qué habilidad es preciso tener para hacer uso tan pronto de la autoridad como para soltar las riendas a tiempo! ¡Nadie, nadie —pensó Joan— puede llegar a imaginar la serie de dificultades que yo me vi obligada a superar durante la enfermedad de Rodney!».

Aquel pensamiento le produjo una ligera sensación de malestar, acababa de venirle a la memoria unas palabras dichas en tono poco cáustico por el doctor Mac Queen: había dicho que siempre que se encontraban reunidas varias personas tarde o temprano acababa diciendo alguna de ellas:

«¡Nadie puede llegar a saber lo que tuve que soportar yo entonces!».

Todos los asistentes se habían echado a reír ruidosamente y habían reconocido que efectivamente era cierto.

«Y sin embargo, es una gran verdad —se dijo Joan moviendo los dedos de los pies dentro de sus zapatos que tenía llenos de arena—. Nadie puede llegar a imaginar cuánto sufrí en este tiempo, ni siquiera Rodney».

Tan pronto como había vuelto Rodney, en medio de la general alegría, todo había quedado arreglado: los niños habían vuelto a ser cariñosos y amables como de costumbre. Inmediatamente había vuelto a reinar la armonía.

«Lo que probaba —pensó Joan— que aquellas anomalías se debían simplemente a la inquietud». La inquietud le había hecho perder a ella su serenidad habitual. La inquietud había sido la causa de que los niños se hubieran mostrado agresivos y nerviosos. Sin embargo, a fin de cuentas, aquel difícil período había sido muy corto, gracias a Dios. Joan se estaba preguntando por qué permitía que aquellos pasajeros enojos ensombrecieran su memoria, en el momento en que más habría deseado precisamente recordar cosas

agradables para evitar la tristeza.

«Y todo aquello ¿a qué venía?… Ah sí: Todo había empezado con los poemas. Verdaderamente, ¿qué podía haber de más ridículo —pensó Joan— que andar paseándose por un desierto recitando versos? Menos mal que no podía ni verla ni oírla nadie… Nadie… ¡Nadie!».

«¡No! —dijo entre sí imperiosamente Joan—. No debo dejarme arrastrar por el pánico. No debo permitir que me fallen los nervios…».

Bruscamente dio media vuelta y decidió volver al parador, pero se dio cuenta de que tenía que hacer un gran esfuerzo para no echar a correr…

No había nada aterrorizador en el hecho de estar sola. Acaso sería ella una de esas personas que padecen… ¿Cómo se llamaba aquello técnicamente? Era lo contrario de la claustrofobia, que quería decir miedo a los espacios cerrados. La palabra empezaba con una A. Y era tener miedo a los grandes espacios abiertos.

Su malestar podía explicarse psicológicamente.

Pero aunque así fuera, aquello, en aquel momento, no mejoraba su situación ni le servía de ningún consuelo.

Es fácil decir que el desespero en que se encuentra uno es algo perfectamente lógico y racional, pero es más difícil impedir que las ideas incoherentes y desagradables que surgen no se sabe dónde como lagartos, salgan de su escondrijo.

La imagen de Myrna Randolph había surgido ante ella como una serpiente y las demás como lagartos.

Debía ser por efecto del contraste: se encontraba de repente en un desierto sin límites, en pleno aire, ella que se había pasado toda la vida dentro de un vaso, por así decirlo, o mejor aún, en una caja. Eso, en una caja, con unos niños de juguete, unas criadas de juguete, un marido de juguete…

Joan, ¿qué estás diciendo? ¿Cómo puedes ser tan estúpida? ¡Tus niños son unos seres completamente reales!

¡Si! ¡Y Rodney y las chicas del servicio también!

«Entonces —pensó Joan—, tal vez soy yo la que no soy un ser real. Tal vez yo soy sólo una mujer-fantoche ¡una madre-fantoche!».

¡Oh! ¡Dios mío! Era terrible… ¡Se le iba la cabeza! Tendría que empezar a recitar poemas otra vez. Debía procurar recordar

algunos.

Entonces, en voz alta, con excesivo entusiasmo, empezó a recitar: *¡From you have I been absent in the Spring!* (¡No he sabido vivir esta primavera cerca de ti!). No logró recordar lo que seguía, y tampoco lo intentó. Aquel verso resultaba ya lo suficientemente explícito. Lo explicaba.

«¡Rodney! —pensó— Rodney… ¡No he sabido vivir esta primavera cerca de ti! Con la diferencia —precisó Joan—, que en lugar de primavera, estamos ya en noviembre».

Y con gran estupor pensó: «¡Pero si estoy repitiendo lo que dijo él aquella noche en que…!».

Había en aquello una analogía, un indicio, el indicio de un descubrimiento lleno de silencio que había estado esperando que se produjera, un descubrimiento sobre el que ella empezaba a comprender que había estado cerrando los ojos…

Pero ¿cómo podía seguir cerrando los ojos cuando las serpientes y los lagartos la asaltaban por todas partes?

¡Había tantas cosas sobre las que se podía reflexionar y que ella no quería hacerlo! Bárbara, Bagdad, Blanca… Todas sus preocupaciones empezaban por B. ¡Curiosa coincidencia! Bueno, todas no, también había mucho que pensar sobre Rodney andando por el andén de la estación Victoria. Y sobre el poco cariño de que habían dado pruebas los niños hacia ella.

Joan se exasperó contra sí misma: ¿porqué, pero por qué no trataba de recordar cosas agradables? Podía recordar cosas estupendas. ¡Oh sí, verdaderamente deliciosas!

Su vestido de boda de precioso satén blanco… Averil en la cuna adornada toda con muselina y cintas de color rosa. ¡Era tan mona Averil! Verdaderamente, fue una chiquilla preciosa, tan bonita y tan simpática: «¡Su pequeña es formidable, Mrs. Scudamore!». Sí, era cierto; Averil era una niña preciosa y simpática, en público por lo menos. En familia era bastante desagradable, se le quedaba mirando a uno con sus grandes ojos abiertos de un modo verdaderamente desconcertante como si tratara de pedirle cuentas del sentido de las palabras que estaba diciendo. Un modo de comportarse nada corriente entre una niña y su madre. Además, no era niña nada cariñosa en casa. Con Tony ocurría lo mismo, poco más o menos; en sus relaciones resultaba un niño extraordinariamente brillante, en

casa se mostraba distraído y evasivo en muchas ocasiones. Con Bárbara de pequeña había tenido dificultades. También aquellas crisis de lágrimas eran horribles.

Pero en conjunto los tres habían sido unos niños preciosos, afectuosos, bien educados… ¡Qué pena que los niños crezcan tan pronto y empiecen a crearle a uno dificultades!

Pero no quería pensar en aquello. Debía tratar de pensar en las alegrías que le habían proporcionado sus hijos en su infancia. Averil en la escuela de baile, con su lindo vestido de seda rosa. Bárbara vestidita con su gracioso jersey de casa Liberty y Tony con su modelito de pantalón bombacho, que Nunú sabía hacer siempre tan bien ajustado… ¡Bueno! ¿Pero no iba a poder encontrar otros temas de reflexión más interesantes que los vestiditos de sus hijos? Podía tratar de recordar las palabras dulces y afectuosas que le habían dicho entonces, o bien en algunos momentos de agradable intimidad familiar…

Cuando se piensa en los sacrificios que hace uno por los niños y en la manera como hay que preocuparse por ellos…

Otra vez uno de aquellos lagartos venía a torturar su mente: Averil preguntando con su habitual calma y tono glacial, con aquel cinismo que Joan tanto temía:

«¿Qué haces tú por nosotros, mamá? No nos bañas tú, ¿verdad?».

«No».

«Ni nos das la comida ni nos peinas, ¿verdad? Es Nunú quien lo hace todo. Es ella quien nos acuesta y quien nos levanta. Y nuestros vestidos tampoco nos los haces tú, ¿verdad, mamá? Y es Nunú quien nos lleva de paseo…».

«Sí, pequeña, es cierto. Tengo empleada a Nunú para que cuide de vosotros, por eso la pago».

«Pero es papá quien le da el sueldo, ¿no? Y también es él siempre el que trae el dinero a esta casa, ¿no?».

«Claro, pequeña, pero eso es igual, todo es de todos en casa».

«Pero no eres tú la que va al despacho cada mañana. Sólo trabaja papá. ¿Por qué no vas a trabajar con él tú también?».

«Porque yo tengo que llevar la casa».

«Pero y Kate y la cocinera entonces…».

«¡Ya basta, Averil!».

En justicia había que reconocer que Averil se callaba a la primera advertencia, sin rebelarse y sin ponerse tonta.

Un día Rodney se había reído y había dicho que para Averil, el veredicto era siempre: «Inocente por falta de pruebas».

«Creo que no haces bien en reírte, Rodney. En mi opinión, una niña de la edad de Averil no debe tener un sentido crítico tan agudizado».

«¿Crees que es demasiado joven para distinguir entre la verdad y el error?».

«¡Oh! No te pongas en plan jurídico, Rodney».

Su marido entonces había contestado con maliciosa sonrisa:

«¿Y quién hizo de mí un hombre de leyes, Joan?».

«Mira, es en serio, esa pequeña encuentro que se vuelve demasiado irrespetuosa».

«Pues a mí, Averil me parece muy bien educada para su edad. Nunca insulta cuando la riñen, cosa que no ocurre con Babs, por ejemplo».

Era cierto, Joan tuvo que aceptarlo. Cuando Bárbara se enfadaba se ponía imposible. Empezaba a gritar: «¡Eres mala! ¡Eres horrible! ¡Te detesto! ¡Me gustaría morirme aunque sólo fuera por molestaros!».

Pero Joan le había contestado:

«Bárbara es una caprichosa. Dice eso, pero inmediatamente viene luego a pedir perdón».

«Sí, pobre pequeña, no se da ni cuenta de lo que dice. En cambio, Averil tiene un olfato magnífico para descubrir las mentiras que se le quieren hacer tragar».

Joan casi se había enfurecido:

«¿Las mentiras? No comprendo qué quieres decir con eso».

«¡Vamos, Joan! Quiero decir todas esas cosas que pretendemos meterle en la cabeza: nuestros aires de saberlo todo, la obligación constante de parecer ejemplares en todo momento, nuestros pretendidos dones de discernimiento infalible… y todo cuanto pretendemos inculcar a esas criaturas que son sus hermanos y que están a nuestra merced…».

«Alguien que te oyera diría que no se trata de niños bien cuidados sino de esclavos».

«¿Y no son esclavos acaso? Les hacemos comer lo que nosotros

ordenamos, los vestimos como queremos y hasta les hacemos hablar a nuestro gusto con palabras que les enseñamos nosotros. Es a este precio como compran nuestra protección, pero cuanto más crecen más se acercan a la libertad».

«¡La libertad! —dijo Joan con desprecio—. ¿Crees que existe acaso?».

Rodney había contestado con voz grave:

«No, no lo creo. ¡Tienes razón, Joan!».

Tras decir aquello, había salido lentamente, con los hombros inclinados hacia delante. Con súbita emoción Joan había pensado: «Así será Rodney en su vejez…». Rodney en el andén de la estación Victoria… La luz cegadora poniendo sus arrugas al descubierto e iluminando excesivamente sus rasgos cansados… Rodney diciéndole que se cuidara en el viaje…

Después, un minuto después, Rodney visto de espaldas…

Pero ¿por qué continuamente volvía a acordarse de aquel detalle sin importancia? ¡Era estúpido del todo! Rodney le debía echar mucho de menos, estaba segura. ¡La vida le debía parecer triste y aburrida solo en casa con el servicio! Y posiblemente ni siquiera se le había ocurrido invitar a cenar a unos amigos… O si lo había hecho habría invitado a aquel inocentón de Hargrave Taylor, aquel hombre tan aburrido. Nunca había comprendido por qué Rodney gustaba tanto de la compañía de aquel latoso. O tal vez habría invitado a aquel pelmazo del Mayor Mills, que sólo sabía hablar de métodos de cría de ganado.

¡Seguro que Rodney la echaba mucho de menos! Seguro.

6

Tan pronto como entró en el parador, el hindú vino a su encuentro y le preguntó:

—¿La *Memsahib* ha dado un buen paseo?

—¡Oh sí! Un divertido paseo. Gracias.

—Coma en la mesa. Buena comida, *Memsahib*, muy buena.

Joan se alegró de tan buena noticia, pero pronto se dio cuenta de que había sido una mera frase por parte del hindú, la cena fue exactamente igual a las anteriores. La única variante consistía en que los albaricoques habían sido reemplazados por melocotones. El menú podía ser perfecto, pero tenía el inconveniente de ser monótono.

Al levantarse de la mesa, Joan consideró que le era imposible acostarse tan temprano. Una vez más lamentó no haberse traído al menos una labor manual, ya que había cogido tan pocos libros. A falta de otra cosa decidió volver a leer las Memorias de *Lady* Catherine Dysart, pero con ello sólo consiguió aburrirse soberanamente.

¡Qué lástima que no tuviera nada, absolutamente nada que hacer! ¡Si hubiera tenido un juego de cartas al menos habría podido hacer solitarios! Y si hubiera tenido un parchís o un juego de damas, habría podido jugar contra sí misma al menos y el tiempo no se le habría hecho tan largo. Llegó a lamentar hasta el no haberse traído consigo un juego de lotería *Snakes and ladder* (serpientes en escalera)…

Serpientes…, serpientes y lagartos…

Verdaderamente, qué extraña comparación había hecho entre los lagartos sacando su cabeza por el escondrijo y sus pensamientos surgiendo de improviso, aquellos pensamientos terroríficos, angustiosos, que se imponían contra todo y que resultaban insoportables.

Pero, si no conseguía soportarlos, ¿cómo podía ser que se atreviera a concebirlos? Uno es dueño de su pensamiento… ¿O no lo es? ¿Es posible siempre y en cualquier circunstancia dirigir, ordenar los pensamientos… cuando surgen de un rincón misterioso de una misma… como lagartos… cuando os atraviesan el alma como una serpiente?

Salidos de un misterioso rincón de sí misma…

Extraña impresión de miedo, la que ella había sentido…

Debía padecer agorafobia. (Ése, ése era el término exacto: agorafobia, lo que probaba que siempre resulta posible encontrar la palabra justa en la mente si se pone empeño en ello). Sí, eso era. El temor a los grandes espacios. Nunca hubiera creído que pudiera ser víctima de aquel vértigo, pero ahora acababa de comprobar que sí. No se debía haber dado cuenta porque hasta entonces nunca había tenido ocasión de vivir en grandes espacios. Siempre había vivido rodeada de las paredes de una casa o de los árboles de su jardín con muchas personas a su alrededor… Muchas personas, eso era lo importante. ¡Qué horror, aquí no tenía con quien hablar!

Si al menos hubiera estado con ella Blanca…

¡Qué ironía! Y pensar que le había cogido verdadero pánico de pensar que pudiera tener que viajar en su compañía.

Desde luego, si Blanca hubiera estado allí, la situación habría sido distinta por completo. Habría estado hablando continuamente de sus viejos recuerdos de Santa Ana… ¡Qué lejos parecía todo aquello! Pero ¿qué había dicho Blanca? «Tú has hecho tu camino en el mundo, yo he andado a tropezones». E inmediatamente había dicho: «Has seguido siendo lo que eras entonces: una alumna de Santa Ana, que hace quedar bien al Colegio». ¿Tan poco había cambiado durante aquel tiempo? Resultaba agradable pensar que era así. Sí, agradable en cierto sentido, pero desagradable en otro, era como estar estancada… ¿Qué le había dicho *Miss* Gilbey cuando se había marchado del Colegio? Los discursos de adiós de *Miss* Gilbey a sus alumnas eran célebres. Eran una de las cosas que daban categoría al Colegio Santa Ana.

Joan pasó revista a sus años de estudios y con una claridad sorprendente recordó la figura de la directora. Volvió a ver aquella nariz agresiva, los impertinentes, los ojos duros de autoritaria mirada, toda la terrorífica majestad de la persona de *Miss* Gilbey

andando por los pasillos del Colegio volvió a aparecer ante su vista, majestad producida sobre todo por el aspecto de su busto, un busto comprimido, rígido, que sólo simbolizaba la majestad sin evocar nada de femenino.

Figura impresionante la de *Miss* Gilbey, temida y admirada a justo título, que producía un efecto de terror tanto en los padres como en los alumnos. Era innegable que *Miss* Gilbey personificaba al pensionado Santa Ana. Joan volvió a verse a sí misma entrando en el recinto sagrado que era el despacho de la directora, con sus flores, sus grabados de la familia Mediéis, y su cuidado ambiente intelectual, de lugar caro de enseñanza.

Volvió a ver a *Miss* Gilbey levantando majestuosamente la cabeza por encima de la mesa de escribir:

«Pasa, Joan. Siéntate, niña».

Joan se había sentado dócilmente en el sillón tapizado de terciopelo. *Miss* Gilbey se había colocado adecuadamente los impertinentes y con la más imponente e irreal de las sonrisas había proseguido diciendo:

«Nos dejas, Joan. ¡Vas a salir del mundo recogido y quieto de la escuela para entrar en el universo mucho más vasto de la vida! Voy a hacerte perder un poco de tiempo hablando conmigo en la víspera de esta separación, con la esperanza de que mis palabras podrán guiarte en el curso de los años venideros».

«Sí, *Miss* Gilbey, gracias».

«En el Colegio, en este pequeño mundo sin preocupaciones, junto a las compañeras de tu edad, has estado al abrigo de toda duda y de toda dificultad, de esas dificultades que en los años venideros nadie podrá apartar de tu camino».

«Sí, *Miss* Gilbey».

«Sé que has sido feliz aquí».

«Sí, *Miss* Gilbey».

«Y has sido una buena alumna. Me complace reconocer tus méritos. Has sido una de nuestras mejores alumnas».

Joan estaba confusa: «Gracias, *Miss* Gilbey».

«Pero la vida abre hoy ante ti nuevas perspectivas y nuevas responsabilidades…».

El discurso había continuado. En los momentos oportunos, Joan había murmurado: «Sí, *Miss* Gilbey».

Estaba como hipnotizada.

Uno de los mayores recursos de *Miss* Gilbey, en su carrera de educadora, era estar en posesión de una voz que, al decir de Blanca Haggard, tenía todas las posibilidades de una orquesta. Partiendo del tono grave del violoncelo conseguía distribuir las lisonjas con acento de flauta y dar los consejos en un tono de bajo profundo. A las muchachas con buenas dotes intelectuales les animaba con voz de agudas sonoridades metálicas; a las que estaban mejor dotadas para el hogar que para otra cosa, les daba ánimos con voz de amplias modulaciones como las notas armónicas de un violoncelo. Pero *Miss* Gilbey invariablemente reservaba para los discursos sus más cuidadosos *pizzicati*.

«Y ahora, un consejo personal: ¡nada de pensamientos superficiales, mi querida Joan! ¡No te contentes con aceptar los hechos tal y como vengan, tratando de verlos sólo desde el exterior, con la excusa de que esos apresurados juicios son más fáciles y te evitan sufrimientos! La vida está hecha para ser vivida y no para disimularla tras los velos de la ilusión. ¡Y no te sientas excesivamente satisfecha de ti misma nunca!».

«Sí… Digo, Mis Gilbey».

«Porque, hablando entre nosotras, Joan, ése es un poco tu punto débil, ¿no? Piensa un poco en los demás pequeña: no trates de reducir el mundo sólo a ti. Y prepárate para afrontar debidamente tus responsabilidades».

Después, dando a su voz todo el volumen de una orquesta, había añadido:

«La vida, Joan, debe consistir en tratar de alcanzar una continua perfección, la ascensión de nuestro estado a otro más elevado. Llegarán el dolor y las penas. Todo el mundo las sufre, nadie logra librarse completamente de ellas. Ni siquiera Nuestro Señor pudo estar al abrigo del sufrimiento durante su vida mortal. El calvario que tuvo que soportar en Getsemaní tú también tendrás que soportarlo. Y si pretendes ignorar eso, Joan, te equivocas. Acuérdate de mis palabras cuando llegue el momento de los sufrimientos. Y recuerda, hija, que siempre me siento muy dichosa de acoger las confidencias de mis antiguas discípulas y que continuamente estoy dispuesta a ayudarles con mis consejos. ¡Dios te bendiga, hija!».

Después de tales palabras tenía lugar la última bendición de *Miss*

Gilbey en forma de beso de adiós, beso que más que un contacto humano era un símbolo honorífico. Joan se había despedido muy emocionada.

Al llegar al dormitorio había visto a Blanca enarbolando las gafas de Mary Grant y con una almohada colocada bajo su vestido de gimnasia, perorando a pleno pulmón ante las risas generales de la asistencia:

«¡Abandonáis —discurseaba Blanca— el mundo alegre del colegio para entrar en el universo, mucho más vasto y mucho más peligroso de la existencia. La vida se abre ante vosotras, con sus problemas y sus responsabilidades…!».

Joan se había sumado al coro, y cuanto más se animaba Blanca en su discurso, más aumentaba el éxito.

«A ti, Blanca Haggard, sólo he de decirte una palabra: ¡Disciplina! ¡Disciplina tus entusiasmos, refrena tus impulsos! ¡El calor de tus sentimientos puede ser peligroso! Sólo una disciplina rigurosa te permitirá conservar la dignidad. Tienes dones preciosos, querida niña, procura usar de ellos con discernimiento… Y también tienes grandes defectos, Blanca. Pero son consecuencia de una naturaleza generosa y pueden ser encauzados hacia el bien. La vida —Blanca subió de tono y dijo en tono doctrinal—… la vida debe tender hacia una continua perfección. Elevaos sobre los despojos de vuestro ser perpetuamente inclinado hacia el progreso. Conservad el recuerdo del Colegio y tener presente siempre que tía Gilbey os ofrecerá su apoyo y su consejo en toda circunstancia… siempre que añadáis a vuestra carta de petición de ayuda un sobre y un sello».

Blanca acabó su discurso y se quedó estupefacta de no oír ni risas ni bravos al final. Todas las alumnas de repente parecían que se habían convertido en estatuas de mármol, todas las cabezas estaban vueltas hacia la puerta que permanecía abierta; en el umbral de la misma destacaba la imponente figura de *Miss* Gilbey con sus impertinentes en la mano.

Se produjo un terrible silencio, después *Miss* Gilbey dijo:

«Si piensas dedicarte a la profesión teatral, Blanca, puedo asegurarte que existen numerosas y excelentes escuelas de arte dramático, donde puedes aprender dicción y elocución. Pareces tener cierto talento para este tipo de carrera, pero mientras esperas iniciarla, pon otra vez esta almohada en su sitio».

Y tras decir aquello se había retirado con toda tranquilidad.

«*Sapristi* —había murmurado Blanca—. ¡El dictador tiene clase! ¡Así le ponen a una las orejas gachas!».

«Sí, en efecto —pensó Joan—, *Miss* Gilbey poseía una fuerte personalidad. Se había retirado un trimestre antes de que Averil ingresara en Santa Ana y desde luego la nueva directora no tenía un poderoso dinamismo. A partir de aquel momento el nivel de la escuela había bajado».

Blanca había dicho la verdad: *Miss* Gilbey era un dictador, pero había sabido comprenderlas perfectamente a ella y a Blanca. Sí, la disciplina era lo que le habría hecho falta a Blanca para manejarse en la vida. ¿Tenía instintos generosos? Posiblemente sí, pero le habría hecho falta más dominio de sí misma. Aunque a decir verdad había que reconocer que Blanca, en efecto, era de natural generoso. Aquella suma, por ejemplo, que ella le había prestado, Blanca no se la había gastado en nada para ella, le había comprado una mesa de despacho a Tom Holliday ¡Una mesa de despacho era la última cosa que se habría comprado Blanca para ella! ¡Qué buen corazón tenía! Y sin embargo, había abandonado a sus hijos, se había marchado del hogar privando de su cariño a aquellos dos pequeños seres que ella había puesto en el mundo.

Cosa que probaba que podían existir mujeres desprovistas de instinto maternal.

Para Joan los niños habían sido siempre lo primero. Tanto ella como Rodney habían estado de completo acuerdo sobre este particular.

Rodney era verdaderamente un hombre desinteresado, por lo menos siempre que se le planteaban las cosas con buen sentido. Ella le había demostrado, por ejemplo, que aquella bonita habitación llena de sol que le servía de guardarropa tenía que ser puesta a disposición de los niños para sala de juegos, y Rodney, inmediatamente, había sacado todos sus bártulos para que los niños dispusieran de aquella estancia. Efectivamente, ambos estaban de acuerdo en que los niños debían tener el máximo de sol y de luz.

Ella y Rodney, verdaderamente, habían sido unos padres conscientes de su deber y los niños habían sabido agradecérselo, sobre todo en la infancia. ¡Qué críos tan preciosos habían sido los suyos! Mucho mejor educados que los hijos de Mrs. Sherston, por

ejemplo. Mrs. Sherston no parecía preocuparse nunca de los trajes de sus hijos. Eso sí, no le importaba nada echarse al suelo con ellos para jugar a indios y lanzaba los mismos gritos salvajes que los chiquillos; tampoco le importaba imitar los ruidos de los animales cuando jugaba con los pequeños a formar un circo: ruidos, en su honor había que decirlo, que le salían perfectos.

«El hecho era —pensó Joan— que Leslie Sherston nunca había intentado parecer una mujer distinguida».

¡Qué mala suerte había tenido la pobre!

Joan, un verano, había ido a pasar unos días en casa de unos amigos, sin saber que Leslie y su marido se habían ido a vivir allí, y se había encontrado cara a cara con Sherston que en aquel momento salía, como por casualidad, de la taberna del lugar. Joan no lo había visto desde que había salido de la cárcel y su sorpresa había sido grande al comprobar el cambio que se había efectuado en la persona del pimpante y orgulloso exdirector del banco de Crayminster.

¡Qué aire de globo deshinchado adquieren los hombres seguros de sí mismos cuando se ven humillados! Los hombros caídos, la espalda encorvada, las mejillas colgantes, la mirada huidiza bajo los pesados párpados…

¡Y pensar que un hombre así había podido inspirar confianza!

Sherston de momento se había azarado al ver a Joan, pero en seguida se había sobrepuesto y se había dirigido hacia ella de una manera que era sólo una lamentable parodia de su buena educación de otros tiempos.

«¡Mrs. Scudamore! ¡Qué pequeño es el mundo! ¿A qué agradable azar debo el placer de volverla a encontrar en Skipton Haynes?».

Sherston, de pie ante ella, trataba vanamente de enderezar los hombros y de hablar con voz segura y cordial… ¡pero inútil tentativa!

Joan, sin saber cómo, experimentó una terrible piedad.

¡Qué horrible tenía que ser aquello! ¡Habiendo caído tan bajo, encontrarse de repente con una persona amiga de los viejos tiempos que habría podido muy bien haberle rehusado el saludo!

Desde luego, ella se había comportado con gran amabilidad.

Sherston le había dicho:

«Tiene que venir a ver a mi mujer. Tomará el té con nosotros.

¡Oh sí, sí, señora Scudamore, insisto!».

Aquella referencia a los viejos tiempos resultaba tan lastimera, que Joan, a pesar de su escaso interés, se había dejado guiar por Sherston, que no había dejado de hablar aunque no parecía sentirse muy seguro de sí.

Quería mostrarle su pequeña finca, no tan pequeña ya entonces. El trabajo era duro; cultivar tanto terreno no era tarea fácil. Las manzanas y las anémonas eran su especialidad. Mientras hablaba, había abierto una puertecita bastante vieja y despintada y habían empezado a andar por una avenida cubierta de hierba, al final de la cual habían visto a Leslie inclinada sobre una barandilla.

«¡Adivina a quién te traigo!», había gritado Sherston. Y Leslie, tras haberse echado atrás el cabello, había ido a su encuentro diciendo que efectivamente era una sorpresa verdaderamente extraordinaria.

Joan se había quedado impresionada por el súbito envejecimiento de Leslie. Incluso le había parecido que tenía aspecto de enferma. Profundas arrugas, debidas al dolor y a la fatiga posiblemente, surcaban su cara. Pero psíquicamente continuaba siendo la misma de siempre: alegre, descuidada en el arreglo de su persona y dando pruebas continuamente de su extraordinaria energía.

Mientras estaban hablando habían vuelto los niños del colegio. Desde el comienzo de la avenida habían entrado gritando alegremente, después se habían precipitado los dos tumultuosamente sobre su madre. Leslie, tras haber correspondido a sus demostraciones, les había dicho con su autoritaria voz: «¡Calma, muchachos! ¡Tenemos visita hoy!».

Los chicos al momento se habían convertido en dos perfectos caballeros que la habían saludado con toda corrección.

Joan recordó sin saber por qué que ella tenía un primo que hacía sentarse y levantarse a sus perros a voluntad. Los hijos de Leslie parecía que estuvieran educados de la misma manera. Tras haber acompañado a sus padres hasta el interior de la casa, habían ayudado a su madre a preparar el té, después habían traído la bandeja con el pan, la mantequilla y la confitura casera además de las tazas de cocina, de porcelana barata, y todo ello sin dejar de reír y bromear con su madre.

Pero lo más raro había sido el cambio de actitud de Sherston. Su aspecto preocupado, huidizo y abatido había desaparecido. Había vuelto a ser el dueño de la casa, el señor del lugar y un señor que estaba ocupando el sitio que le correspondía además. Estaba satisfecho, contento de sí mismo y orgulloso de su familia. Daba la impresión de que al abrigo de aquellos cuatro muros se sentía inmunizado contra el mundo exterior y la opinión ajena. Sus hijos le habían pedido ayuda para hacer un trabajo de carpintería. Por su parte, Leslie le había recordado que le había prometido arreglarle su escardillo y le había preguntado si prefería binar las anémonas aquella misma tarde, o si lo harían los dos el jueves por la mañana.

Joan se dijo que aquel matrimonio nunca había parecido más unido. Le daba la impresión de que Leslie adoraba a Sherston. En su juventud debía haber sido un hombre muy guapo.

Estaba pensando en todo aquello, cuando oyó algo que la dejó helada. Al principio creyó que no había oído bien.

Peter había dicho a voz en grito: «¡Papá, cuéntanos otra vez la divertida historia del guardia de la cárcel y el plum-pudding!».

Y como su padre tardara algo en contestar, el chiquillo había añadido con voz apremiante:

«Ya sabes, aquello que oíste cuando estuviste en la cárcel… ¡Aquel diálogo entre los dos carceleros!».

Sherston había titubeado, algo molesto. Entonces Leslie había dicho con gran serenidad:

«¡Cuéntalo, hombre! La cosa tiene gracia. Estoy segura de que Mrs. Scudamore se reirá de buena gana».

Entonces se había decidido y había contado lo que le había pedido la familia. Efectivamente, tenía verdadera gracia, pero no tanta como parecían encontrarle los dos chicos que se reían a grandes carcajadas. Joan se había reído por cortesía, pero estaba horrorizada. Después, cuando había estado a solas son Leslie en el primer piso, le había insinuado dulcemente:

«Nunca hubiera creído que tus hijos estuvieran enterados de…».

«Leslie… verdaderamente —había pensado Joan—, Leslie Sherston no debía tener excesiva sensibilidad… A Leslie parecía haberle hecho gracia aquella reflexión».

«Un día u otro se habrían enterado, ¿no? Entonces lo más sencillo era decírselo lo antes posible».

Lo más sencillo, de acuerdo, ¿pero era lo más acertado? El delicado idealismo del alma de un niño… Enturbiar su confianza y su admiración por el padre de familia… Joan estaba sofocada.

Leslie le había contestado que no creía que sus hijos tuvieran tanta delicadeza ni que fueran tan poco fuertes como para no poder resistir aquello. Para ellos, habría sido mucho peor darse cuenta de que existía un misterio en la familia del que sus padres no querían hablarles.

Leslie había levantado los brazos con su habitual energía y había dicho: «Créeme, habría sido peor andar con tapujos y palabras veladas, eso sí que les habría sido perjudicial. Cuando me preguntaron por qué se había marchado su padre, creí que era mi deber decirles la verdad. De modo que les dije claramente que había robado dinero en el banco y que estaba en la cárcel. Era mostrarles con el ejemplo a dónde conducía el robo. Peter tenía la mala tendencia de coger la confitura a escondidas y lo mandábamos a la cama para castigarlo; después de lo ocurrido, comprendió perfectamente que si las personas mayores se comportan mal las meten en la cárcel. La cosa no puede ser más sencilla».

«De todas maneras que un niño desprecie a su padre en lugar de admirarle no me parece bien».

«¡Oh! ¡No lo desprecian! —De nuevo Leslie se había echado a reír divertida ante los escrúpulos de Joan—. Lo quieren mucho y les pena pensar que tuviera que sufrir tanto; a menudo le hacen contar lo que ocurría en la cárcel».

«Pues yo estoy segura de que esto no puede ser bueno para ellos», había dicho sentenciosamente Joan.

«¿Tú crees? —Leslie se había quedado reflexionando—. Tal vez, ¡pero eso es lo que ha salvado a Charles! Cuando salió de la cárcel parecía un perro apaleado. ¡Era horrible! Entonces fue cuando creí que la única solución era explicar sinceramente lo que había ocurrido. Siempre he considerado que en todos los casos lo mejor es atenerse a la verdad».

Aquello era bien de Leslie, se dijo Joan. Era desenvuelta, sin recovecos en su alma, ignoraba por completo las sutilezas del sentimiento y puestos a elegir siempre se decidía por el camino más directo.

Sin embargo, había que hacerle justicia: ¡había sido la más fiel

de las esposas! Joan le había dicho con indulgencia:

«Leslie, te comportaste admirablemente sosteniendo de esta forma la moral de tu marido y poniéndote a trabajar para tus hijos mientras él estaba… allí… Rodney y yo estamos completamente de acuerdo en nuestras opiniones respecto a ti».

¡Qué sonrisa tan original había aparecido en los labios de Leslie! Joan la recordaba ahora con toda claridad, ¿tal vez la habían molestado sus alabanzas? Había sido con voz ligeramente empañada como Leslie había preguntado:

—«¿Qué hace Rodney?».

«Trabaja mucho el pobre. Yo siempre le digo que de vez en cuando tendría que tomarse unas vacaciones».

«No es cosa fácil —había dicho Leslie—. Me da la impresión de que su trabajo, al igual que el mío, reclama una dedicación continua. No es posible dejarlo».

«Sí, es cierto. Además, ¡Rodney es tan concienzudo en su trabajo!».

Una dedicación continua… había repetido Leslie dirigiéndose lentamente hacia la ventana y poniéndose a mirar a través de ella de espaldas a Joan.

Joan, al verla de perfil, se había quedado extrañada. Leslie llevaba siempre unos vestidos usados y feos, pero aun así…

«¡Oh Leslie! —había gritado impulsivamente—. Es posible que estés emba…».

Leslie se había vuelto y, cruzando su mirada con la de Joan, había inclinado lentamente la cabeza.

«¡Sí! —había dicho—, ¡espero el niño para el mes de agosto!».

«Pobre», había dicho Joan con profunda compasión.

Pero con un extraño cambio en su expresión, Leslie había contestado casi furiosamente como un condenado a muerte defendiéndose por sí mismo.

«Este acontecimiento ha cambiado a Charles, ¿comprendes? Lo ha cambiado totalmente. Ha visto en eso como un símbolo, como una prueba de que no era un hombre fuera de la ley y que la vida continuaba. Hasta tal punto que desde que conoce mi estado trata de no beber tanto».

Leslie hablaba con tal calor que Joan de momento no se había dado cuenta de la alusión que contenía aquella última frase y se

había limitado a decir:

«Evidentemente, tú supiste ver mejor que yo cuál era tu deber, pero a mí, en vuestra situación actual, no me habría parecido razonable…».

«¿Piensas en los gastos suplementarios que vamos a tener? —había dicho Leslie casi gritando—. Saldremos del atolladero. Cuando tengamos una boca más que alimentar, ¡trabajaremos más!».

«Pero tu salud no me parece muy buena, Leslie…».

«¿Cómo? Estoy estupendamente. Lo que me tiene que matar no me matará fácilmente, ya lo verás…».

Pero se había estremecido ligeramente al pensar que posiblemente ya anidaba en su cuerpo la enfermedad de la que iba a morir.

Luego habían bajado de nuevo a la planta baja y Sherston había insistido en dar un corto paseo en compañía de Joan, para enseñarle un poco su propiedad. Al volver la cabeza, antes de salir del jardín, había visto a Leslie y a sus hijos jugando alegremente delante de la casa. Leslie corría y saltaba como un animal joven y retozón… Un poco asustada de su propia comparación, Joan, sin embargo, no por eso dejaba de prestar oído atento a la animada charla de Sherston. Hablaba ávidamente. Le estaba diciendo a Joan con ampulosos gestos que jamás había habido ni habría otra mujer como Leslie en el mundo.

«¡No puede usted figurarse, Mrs. Scudamore, lo que ella ha sido para mí! ¡No, no puede usted imaginárselo! Soy indigno de ella, ya lo sé…».

Joan se había inquietado al verle los ojos llenos de lágrimas. Debía ser un hombre fácilmente emotivo, de esos que se exaltaban por cualquier cosa.

«Siempre está de buen humor… Alegre… Y siempre sabe encontrar a todo cuanto puede ocurrimos un aspecto interesante o pintoresco. ¡Y jamás, jamás, una sola palabra de reproche!… Pero yo sabré reconocer convenientemente todo cuanto ha hecho y hace por mí y trataré de ser digno de ella».

Joan había pensado que si Sherston hubiera opinado realmente de tal modo, habría procurado frecuentar menos asiduamente la taberna *Anchor and Bell*. Había tenido que hacer verdaderos

esfuerzos para no decirle lo que pensaba a la cara. Finalmente, Joan se había despedido, diciéndole que ella compartía plenamente su admiración por Leslie y que estaba muy contenta de haberlos vuelto a ver a los dos. Luego se había alejado a través de los campos. En el momento de cruzar una valla se había vuelto y había visto desde lejos a Sherston delante de la puerta del *Anchor and Bell* consultando su reloj para ver si valía la pena esperar a que abrieran.

Todo aquello (le había dicho ella a Rodney tan pronto como había vuelto) resultaba terriblemente triste.

Profundamente interesado, Rodney había contestado:

«¿Pero no me dijiste que se les veía muy felices?».

«Bueno, según y cómo».

Rodney había dicho que, desde luego, Leslie Sherston había sabido arreglar la situación de un modo admirable.

«No cabe duda; por si fuera poco, ahora espera un niño».

Rodney se había levantado de un salto y lentamente había ido a colocarse junto a la ventana. Había permanecido allí un rato vuelto de espaldas, como Leslie, pensó Joan. Después al cabo de unos minutos había preguntado:

«¿Para cuándo?».

«Para agosto. A mí me parece una verdadera locura».

«¿Sí?».

«Claro, ¡piensa un poco! Viven de su trabajo y ese bebé sólo les será una complicación más».

«Leslie es una mujer fuerte…», había dicho Rodney.

«Sí, pero acabará por arruinar su salud. Nadie resiste tanto. Tiene aspecto de enferma».

«Sí, tenía muy mala cara cuando se marchó de aquí ya…».

«Ha envejecido mucho desde entonces. Claro que es una gran cosa poder decir que gracias a esto Sherston ha cambiado por completo…».

«¿Ella te ha dicho eso?».

«Sí. Me ha asegurado que eso ha sido lo que le ha devuelto la confianza».

«Es muy posible —había dicho Rodney, con aire pensativo—. Sherston es de esos hombres que no pueden vivir sin contar con la estima de los demás. Cuando el juez leyó la sentencia quedó aniquilado, parecía un globo al que se le hubiera quitado el aire.

Era terrible y lamentable contemplar aquel espectáculo. Sí, estoy seguro de que la única solución era devolverle por uno u otro sistema el respeto y la seguridad en sí mismo. Pero tal empresa parecía algo sobrehumano…».

«Bueno, bueno, yo sigo creyendo, pues, que una boca más que mantener…».

Rodney la había interrumpido violentamente. Volviéndose cara a ella le había mostrado un rostro tan descompuesto por la cólera que había tenido verdadero miedo.

«Es su mujer, ¿no? Sólo podía escoger entre dos soluciones: romper definitivamente y llevarse a los niños, o volver a emprender la vida en común y volver a ser lo que se llama una auténtica mujer. Y eso fue lo que decidió hacer: ¡Y Leslie nunca hace las cosas a medias!».

Joan había replicado que no había por qué gritar tanto para decir todo aquello. Rodney le había dicho que era verdad, pero había añadido que ya estaba harto de este mundo timorato, que continuamente pesa el pro y el contra antes de lanzarse a hacer una cosa y que evita continuamente correr el menor riesgo.

Joan se quedó pensando que sería de desear que Rodney no usara aquel lenguaje con los clientes y no sólo lo pensó sino que acabó diciéndoselo. Su marido entonces, sonriendo con dureza, le había dicho que se tranquilizara: siempre aconsejaba a sus clientes que trataran de arreglar sus casos sin recurrir a los tribunales.

7

Resultaba completamente natural que a la noche siguiente, Joan soñara con *Miss* Gilbey. La había visto tocada con un casco colonial, andando a su lado por el desierto y diciéndole con su voz dogmática: «Tendrías que prestar un poco más de atención a los lagartos, Joan. Estás floja en Historia Natural». A lo que había contestado Joan automáticamente: «Sí, *Miss* Gilbey». La directora había añadido:

«Joan, no trates de fingir que no entiendes lo que te digo. Sabes perfectamente a lo que me refiero, hay que tener disciplina, pequeña».

Joan se despertó y durante unos segundos creyó encontrarse de nuevo en Santa Ana. Había que reconocer que aquella habitación del parador resultaba bastante igual al dormitorio del colegio. La sencillez y escasez de los muebles, las camas de hierro y el aspecto tan higiénico como antiestético de los muros eran exactamente iguales.

«¡Dios mío! —pensó Joan—, ¡voy a tener que pasar otro día aquí!».

¿Por qué había soñado que *Miss* Gilbey le decía: «Hay que tener disciplina?».

«Bueno —se dijo entonces Joan—, la verdad es que un poco de disciplina no me vendría mal». La víspera había sido muy tonta de abandonarse a aquel estado de exaltación tan inmotivado. Tenía que aprender a disciplinar más sus pensamientos, y tratar de examinar a fondo aquella impresión de miedo que había experimentado, llamada técnicamente agorafobia.

Afortunadamente, ahora se encontraba perfectamente, en el interior del albergue. Quizá lo más razonable sería no poner los pies fuera.

Pero no se sentía capaz de permanecer encerrada allí todo el día.

Aquel lugar casi siniestro lleno de olor a grasa la ponía mala… ¡Y pensar que tenía todo el día por delante sin nada que hacer!…

«¿Qué debían hacer los presos en sus celdas? Bueno, a los presos les debían imponer horas de ejercicio y de trabajo, de lo contrario se volverían locos», pensó Joan.

La reclusión en solitario engendra la locura, no cabe duda.

La reclusión solitaria… día tras día… semana tras semana…

Pero ¿qué estaba pensando? ¿Creía acaso que hacía semanas ya que estaba allí? En realidad, hacia sólo… ¡dos días! ¡Eso!

¡Dos días sólo! Era algo increíble. ¿Cómo decía aquel poema de Ornar Khayyam? Aproximadamente: «Soy yo, con los diez mil años de ayer». ¿Por qué no podía recordar nada textualmente?

Había que prestar atención, aquellos esfuerzos de memoria que había hecho para recordar algunos versos de Shakespeare no habían sido un éxito precisamente. Es cosa sabida que la poesía ejerce un efecto turbador en la psique, la emoción turba el alma… pero no había que divagar. ¿Qué haría? Lo mejor sería pensar sobre temas de moral. Ella siempre había sido una persona muy moral.

«Tú, eres fría como un pez…».

¿Por qué aquella frase de Blanca venía a interrumpir el hilo de sus pensamientos? ¡Era una frase de lo más vulgar, muy propia de una persona como Blanca!

«¡Claro! —se dijo Joan—. Así debía ser como debían verla aquellas personas que, como Blanca Haggard, se dejaban arrastrar continuamente por sus pasiones. Posiblemente, Blanca no tenía la culpa de ser tan desvergonzada. Así era por naturaleza. En sus tiempos de adolescente no podían adivinarse aquellas tendencias: ¡era tan bonita y bien educada!, pero ya debían anidar en el fondo de su ser».

«¡Fría como un pez!»… ¡Qué horror!

Lo lamentable era que Blanca no consiguiera ser un poco más templada de lo que por desgracia era.

Al parecer, había llevado una vida de lo más deplorable.

¡Oh sí, francamente deplorable!

¿Qué había dicho?: «Siempre puede pensar una en sus pecados».

¡Pobre Blanca! Menos mal que había estado de acuerdo en admitir que este tipo de pensamientos no podían existir tratándose de ella, ¡de una persona como Joan Scudamore! Se había dado

perfecta cuenta de la diferencia que existía entre ambas. Daba la impresión de que durante todo el tiempo había estado pensando que ella no acabaría nunca de enumerar la serie de ventajas de que había gozado hasta el momento. (Era cierto, posiblemente, que siempre se tendía a considerar la suerte como algo completamente natural). Y luego, ¿qué había dicho? Algo muy curioso…

¡Ah, sí! Se había preguntado si no teniendo uno nada más que hacer que reflexionar durante días y días, no llegaría a descubrir cosas ignoradas sobre sí mismo.

Era una idea que valía la pena meditarla.

Sí, podía dar lugar a interesantes reflexiones.

Blanca había dicho que ella, por su parte, no intentaría jamás hacer semejante ejercicio…

Al decir aquello había parecido casi asustada.

«Me estoy preguntando —se decía Joan— si en efecto se podría llegar a descubrir uno mismo. Evidentemente, yo no tengo costumbre de dedicarme a la introspección. No soy de ese tipo de mujeres que se repliegan sobre sí mismas. ¿Quién sabe qué opinión tienen de mí los demás?… No me refiero a la gente de la calle, sino a mi propia familia».

Trató de acordarse de juicios expresados por otros sobre ella.

Bárbara una vez le había dicho: «¡Oh, mamá, qué bien sabes mandar a las criadas! ¡Las conviertes en auténticas perlas!».

Era una manera como otra de hacerle justicia, una prueba de que sus hijos sabían apreciar su talento de ama de casa. Y era un cumplido del todo merecido, no cabía duda. Las sirvientas la querían mucho o por lo menos nunca trataban de desobedecer sus órdenes. Claro que si alguna vez estaba enferma, no parecía que les importara demasiado, pero ella tampoco hacía nada para hacerse compadecer en tales casos. Trató de acordarse de lo que le había dicho una cocinera cuando se había despedido. Aquella mujer dijo que no podía continuar a su servicio porque ella jamás le dirigía una palabra amable. ¡Qué estupidez!

«Señora, siempre con sermones cada vez que una se equivoca, y nunca una palabra amable cuando todo va bien; le aseguro que así no hay quien aguante en una casa».

Joan recordaba que le había contestado muy digna:

«Sabe usted perfectamente que estoy muy contenta de usted.

Cuando no digo nada es porque estoy contenta de su trabajo».

«Quizá sí, señora, pero resulta descorazonador, todos tenemos nuestro amor propio. El otro día mismo me di un trabajo horrible para conseguir que el estofado a la española saliera como a usted le gusta, ¡y la señora ni una palabra!».

«Estaba muy bien, es cierto».

«Sí, señora. Así lo consideré porque la fuente volvió vacía a la cocina, pero lo que digo, ¡usted ni palabra!».

«¡Bueno! —dijo Joan con impaciencia—. ¡Es usted de lo más susceptible! La he contratado para que se ocupe de la cocina y creo que la pago bien».

«Sí, señora, no hay nada que objetar del sueldo».

«Entonces ya puede comprender que si no le digo nada es porque todo va bien. Si hay algo en su trabajo que no me gusta, se lo digo y ya está».

«Es cierto, señora».

«No le gusta que le hagan observaciones, a su trabajo, ¿verdad?».

«No, señora, pero no es eso. Mire, creo que es inútil que sigamos discutiendo. A finales de mes me voy».

«El servicio se ponía imposible —pensó Joan—; las chicas cada vez se volvían más susceptibles, exigentes e insaciables. En cambio, Rodney siempre gozaba de todas las simpatías, debía ser porque era un hombre. Siempre le servían a gusto las criadas. Sería porque Rodney se lo dejaba pasar todo».

Un día Joan se había quedado estupefacta al oírle decir:

«¡No riñas a Edna! Su novio ha empezado a salir con otra y la chica está pasando un mal momento».

«¿Y cómo sabes tú eso, Rodney?».

«Me lo ha dicho ella esta mañana».

«¡Qué raro que te haya elegido a ti como confidente!».

«Bueno, he visto que tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar y entonces le he preguntado con tacto qué le pasaba».

«Rodney —pensó Joan— era de una bondad excepcional».

Un día ella le había dicho:

«Rodney, me extraña que con la cantidad de casos desagradables que pasan por tus manos no aborrezcas a la humanidad».

«Sería algo que podría haberme sucedido, desde luego, pero

afortunadamente no ha sido así. Creo que un abogado de una pequeña ciudad acaba por conocer los íntimos repliegues del alma humana mejor que nadie, como un médico; pero eso sólo sirve para que sienta más compasión por la humanidad, tan sujeta siempre al miedo, a la duda, a la envidia y, sin embargo, a veces, cuando menos se espera, tan generosa y tan valiente. El único consuelo que proporciona mi trabajo tal vez es precisamente que obliga a hacer continuos ejercicios de piedad».

Joan había estado a punto de decirle: «¿Consuelo? ¿Qué quieres decir con eso?», pero sin saber por qué se había callado. Era preferible callarse y evitar la cuestión.

Cosa que no había impedido que se hubiera quedado un buen rato pensando en lo extraordinariamente emotivo que era Rodney.

La bondad de Rodney se ponía de manifiesto con la historia aquella del viejo Hoddesdon y su hipoteca. Joan se había enterado no por Rodney, sino por la sobrina de Hoddesdon. Aquel día Joan había vuelto a su casa perpleja. ¿Cómo era posible que Rodney hubiera hecho un préstamo de su dinero particular?

Cuando se lo había dicho, Rodney había parecido molesto. Se había puesto colorado y había dicho de mal humor:

«¿Quién te lo ha dicho?».

«La sobrina de Hoddesdon —había contestado ella. Luego había añadido—: ¿Por qué no podías hacer el préstamo como hacen los demás? En las mismas condiciones legales, quiero decir».

«La garantía de honradez, desgraciadamente, no es suficiente para los negocios. Hoy día es difícil hipotecar la tierra».

«Entonces, ¿por qué le hiciste este préstamo?».

«¡Oh! Sé que me lo devolverá. Hoddesdon es un excelente granjero. Ha sido la falta de capital y estas dos estaciones seguidas tan malas lo que lo han llevado a la ruina».

«Vaya, ya lo veo, está en mala situación en este momento y ha tenido que pedir un préstamo. Francamente, Rodney, no creo que hayas hecho ningún buen negocio».

De repente y sin que ella supiera exactamente por qué, Rodney se había puesto como una fiera.

«¿Sabía acaso ella, ni por asomo, en qué condiciones se encontraban los campesinos de la región? ¿Conocía sus dificultades por casualidad? ¿Estaba enterada de la política tan corta de vista

que el gobierno estaba llevando a cabo con ellos?». Tras aquellas preguntas se habían lanzado a un largo discurso lleno de datos sobre el estado de la agricultura en Inglaterra, para acabar describiendo finalmente, con cálida indignación, las desgracias personales del viejo Hoddesdon.

«Esa clase de dificultades puede sufrirlas cualquiera. Lo mismo me habría ocurrido a mí si hubiera estado en la misma situación. Se debe a la falta de capital y a la mala suerte. Y permíteme que te diga, Joan, que eso no es nada que te ataña. Yo no intervengo en la manera como cuidas de la casa y de los niños. Tú te ocupas de tu trabajo y yo del mío».

Aquellas palabras la habían herido. Rodney había hablado de un modo que no le era habitual. Nunca habían estado tan cerca de una disputa.

¡Y todo por aquel hombrecillo insignificante, por Hoddesdon! Rodney parecía sentir por él una simpatía desbordante. El domingo por la tarde iba a la granja y se quedaba allí hablando horas y horas con él; cuando volvía a casa sólo sabía hablar de cosechas, enfermedades del ganado y otras cosas parecidas desprovistas de todo interés. Llegaba hasta a importunar a los invitados con aquel tipo de conversaciones.

Tanto era así, que en una *garden-party* Joan se había sentido intrigada al ver a Mrs. Sherston y a Rodney sentados juntos en un banco: Rodney hablaba con tal entusiasmo que Joan se había preguntado intrigada qué demonio debía estar contándole para mostrarse tan interesado en la conversación y por qué Mrs. Sherston parecía estar bebiendo sus palabras. Pues bien, aquello tan importante de que estaba hablando Rodney era, nada más y nada menos, que de la necesidad que había de preservar la pureza de la raza de las vacas lecheras de la región.

A Joan le costaba creer que aquello pudiera tener algún atractivo para Leslie Sherston, que escuchaba a Rodney con profunda atención mientras lo miraba atentamente como si le interesaran enormemente aquella serie de cosas que estaba diciendo y de las que no entendía ni una palabra.

Acercándose a ellos, Joan había dicho con suavidad:

«Rodney, no deberías aburrir tanto a Mrs. Sherston contándole todo esto». (Aquella escena había tenido lugar poco después de que

los Sherston hubieran llegado a Crayminster cuando los dos matrimonios no se conocían aún íntimamente). Rodney se había puesto súbitamente serio y se había excusado con Leslie. Pero ésta había replicado con su jovialidad y franqueza habituales:

«Se equivoca usted, Mr. Scudamore me estaba contando cosas verdaderamente interesantes».

Y sus ojos brillaron de tal modo que habían hecho pensar a Joan: «Esta mujer debe tener un temperamento muy fogoso».

En aquel momento Myrna Randolph había acudido un poco acalorada y había llamado a Rodney:

«Rodney, te estoy esperando para que vengas a jugar esta partida conmigo. No me hagas esperar».

Y, con aquel encanto tan suyo, que sólo podía tolerarse en una muchacha como ella, había tendido sus dos manos hacia Rodney y lo había hecho levantar casi a la fuerza sonriéndole en plena cara y se lo había llevado hacia el campo de tenis sin pedirle ni siquiera si estaba de acuerdo.

Andando a su lado había pasado familiarmente su brazo por debajo del de Rodney y había levantado la cabeza para quedárselo mirando a los ojos. Llena de cólera, Joan había pensado:

«No soy celosa, menos mal. Aunque estoy segura de que a los hombres no les gustan estas chicas que les van detrás tan a la descarada».

Después, con el corazón oprimido, se había preguntado si sería verdad lo que acababa de ocurrírsele antes: a fin de cuentas, tal vez sí les gustaban las mujeres de aquel tipo a los hombres.

Cuando había levantado la cara, había visto que Leslie Sherston la estaba mirando; ahora ya no parecía una mujer de temperamento fogoso, todo lo contrario, la estaba mirando con cierta piedad. Cosa que todavía era peor.

Joan se agitó nerviosamente en su estrecha cama. ¿Por qué se estaba acordando ahora de Myrna Randolph? ¡Ah sí! Todo había comenzado tratando de averiguar qué efecto producía ella en los demás. Myrna debía detestarla, naturalmente. Cosa muy normal por parte de Myrna; era el tipo de chica que se complacía en echar a pique cualquier matrimonio a poco que tuviera ocasión. «¡Qué tontería! —pensó Joan—, por qué iba a incomodarse pensando en aquello en las circunstancias actuales».

Se levantó y decidió pedir su desayuno. Tal vez le podrían servir un huevo revuelto para variar un poco el menú. ¡Estaba tan cansada de aquellas chuletas duras como suelas de zapato! Pero el hindú pareció horrorizarse ante la idea de los huevos revueltos.

—¿La *Memsahib* querrá decir un huevo pasado por agua?

—No —dijo Joan.

Un huevo revuelto en el parador quería decir un huevo duro.

Joan lo sabía por experiencia. Intentó explicarle cómo se hacían los huevos revueltos.

—Sí, *Memsahib*, entendido; le haré un buen huevo frito.

De ese modo le sirvieron dos huevos fritos casi quemados con las yemas duras como piedras. «A fin de cuentas, aún eran mejor las chuletas», pensó Joan. Acabó muy pronto de comer y preguntó en seguida si se sabía algo del tren. No se sabía nada.

De repente se encontraba de nuevo frente a la realidad: aún tenía que esperar otro día más al menos.

Pero aquel día lo organizaría con más método. Lo malo había sido que hasta entonces se había limitado a intentar matar el tiempo. ¡Qué ingenuidad! ¡Qué tontería! Había seguido siendo la viajera que está esperando un tren en una estación y se impacienta porque éste tarda. Tal situación era lo que le había engendrado aquel nerviosismo tan agudo.

De ahora en adelante iba a considerar aquella forzada espera como una cura de reposo y… de disciplinas; un poco al estilo de lo que los católicos llaman ejercicios espirituales y de los que salen con el alma fortalecida.

«Estoy segura —pensó— de que yo también saldré con el alma fortalecida tras ese retiro espiritual».

Durante los últimos tiempos se había abandonado demasiado. Su vida se había convertido en algo excesivamente agradable y sin tropiezos.

Una fantasmagórica *Miss* Gilbey le pareció que surgía a su lado y le decía con voz conocida:

«¡Disciplina!».

Pero entonces recordó que *Miss* Gilbey aquel consejo se lo había dado a Blanca. A ella, *Miss* Gilbey, le había dicho simplemente: «No estés demasiado orgullosa de ti misma, Joan».

Cosa injusta por demás, porque ella nunca se había sentido

orgullosa de sí misma. No había en su persona ni un gramo de fatuidad.

«Piensa en los demás, mi querida niña. No te contentes con preocuparte sólo de ti misma». ¡Pero si eso era lo que siempre había hecho precisamente! Pensar continuamente en los demás. Nunca había pensado en sí misma, o por lo menos, estaba segura de que nunca había sido en detrimento de tercero. Ella no era una persona egoísta y se sabía sacrificar siempre por Rodney y por sus hijos.

Pero en lo de Averil…

¿Por qué de repente se había acordado de Averil?

¿Por qué en aquellos momentos estaba viendo tan claramente la cara de su hija mayor? Aquella cara en la que siempre podía verse una sonrisa de persona bien educada aunque resultara algo despreciativa tal vez.

No cabía duda de que Averil nunca había sabido valorarla como debía. De vez en cuando hacía alguna de sus reflexiones… más o menos sarcásticas y bastante desagradables.

No llegaban a ser una injuria, pero…

Aquella irónica manera de arquear las cejas cuando decía algo… Y su gracia especial para eludir todo cumplido…

Averil la quería, desde luego. Todos sus hijos la querían.

¿Sí? ¿La querían de verdad sus hijos? ¿Sentían un poco de ternura por ella al menos?

Joan dio un salto y se puso de pie, luego se dejó caer de nuevo en la silla…

¿De dónde sacaba todas aquellas ideas? ¿Por qué se sentía tan obsesionada por ellas? Eran terroríficas y odiosas. Tenía que apartarlas de su pensamiento.

Los *pizzicati* de *Miss* Gilbey volvieron a resonar en sus oídos: «Nada de pensamientos superficiales, Joan. No aceptes los hechos tal como se presentan a primera vista con el pretexto de que así es más simple y te evitan el sufrimiento…».

¿Era para no sufrir por lo que quería apartar de su mente aquellos pensamientos cada vez más obsesivos?

Verdaderamente eran muy dolorosos…

Averil…

¿La quería Averil? Averil…

«Vamos a estudiar seriamente la cuestión —se dijo Joan con

energía—. ¿Averil quería a su madre?».

Averil, desde luego, era una chica de temperamento muy original, de carácter frío e insensible.

Bueno, tal vez insensible no era la palabra exacta. Pero a decir verdad, Averil había sido la única que les había causado preocupaciones. Averil, a pesar de su carácter tranquilo, les había dado un disgusto terrible.

Joan recordaría toda la vida aquella carta. La había abierto sin pensar ni remotamente en lo que le esperaba. La dirección estaba escrita con mano muy poco hábil. Joan de momento había pensado que sería una carta de alguna de sus numerosas protegidas. Había empezado a leer sin dar apenas crédito a sus ojos:

«No debe usted ignorar de qué modo su hija mayor le está acosando al doctor del sanatorio. ¡Es una vergüenza! Continuamente se les ve abrazados en el bosque. Ya es hora de que ponga usted fin a ese escándalo».

Joan miraba aquel papel, que le daba verdaderas náuseas, con ojos desorbitados.

«¡Qué cosa tan abominable! ¡Qué infamia!».

Joan sabía perfectamente lo que era una carta anónima, pero nunca había recibido ninguna. Aquello la ponía enferma.

«Su hija mayor… ¿Averil? ¡Ella menos que nadie!», se dijo Joan. «Le está acosando (¡qué expresión tan ordinaria!) al doctor del sanatorio»… ¿Al doctor Cargill? ¿A Cargill? ¿Aquel eminente y célebre especialista que se había ganado merecida fama por su tratamiento de la tuberculosis? ¡Un hombre veinte años mayor que Averil al menos, un hombre cuya encantadora esposa estaba enferma!

¡Qué estupidez! ¡Qué broma tan pesada y desagradable!

En aquel momento había entrado Averil en la estancia. Con escasa curiosidad (a Averil había muy pocas cosas que le interesaran realmente), había preguntado:

«¿Te ocurre algo, mamá?».

Sin soltar aquella carta, con la mano todavía temblorosa, Joan apenas se había atrevido a responder:

«Mejor será que no te lo diga, Averil. ¡Es algo tan horroroso!».

Extrañada del tono melodramático de su respuesta, Averil había arqueado un poco las cejas y le había preguntado:

«¿Es esa carta lo que te ha puesto tan nerviosa?».

«Sí».

«¿Dice algo de mí?».

«Sí, cariño, y no quiero ni que la veas».

Pero Averil se había acercado y suavemente se la había quitado de las manos. La había leído y había permanecido unos momentos en silencio, después se la había devuelto diciendo tranquilamente:

«Sí; no puede decirse que sea muy simpática».

«¿Simpática? ¡Es algo horrible, totalmente horrible! ¡La ley tendría que castigar severamente a las personas que escriben tales inmundicias y tales mentiras!».

Averil había contestado entonces sin perder la calma:

«Es una carta completamente idiota, pero no dice mentiras».

A Joan de pronto le había parecido que todo daba vueltas a su alrededor.

Terriblemente sofocada, con grandes trabajos había conseguido murmurar:

«¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué quieres darme a entender?».

«No es preciso darle tanta importancia, mamá. Lamento que hayas tenido que enterarte tan bruscamente, pero de todas maneras un día u otro también lo habrías sabido».

«¿Quieres decir que es verdad? Que entre tú y el doctor Cargill…».

«Sí», había dicho Averil con un simple movimiento de cabeza.

«Pero esto es vicio, hija, ¡es un deshonor! Con un hombre de esta edad y casado… una chica como tú…».

Averil había contestado secamente:

«Por favor, mamá, no hagas de esto un melodrama. Todo ocurrió lentamente. La mujer de Rupert está inválida desde hace años. Y… poco a poco fue surgiendo una gran intimidad entre nosotros. ¡Eso es todo!».

«¿Eso es todo?».

¡Era demasiado tener que oír ciertas cosas! Joan no sabía por dónde empezar a dar libre cauce a su indignación, le había dicho todo lo que pensaba sin ambages. Averil había soportado estoicamente aquel torrente de reproches sin decir ni una palabra.

Al final, cuando ya Joan no podía más, había dicho simplemente:

«Admito perfectamente tu punto de vista, mamá. Me parece que yo en tu lugar habría dicho poco más o menos lo mismo, pero con eso no puedes impedir lo que ya es un hecho cierto. Rupert y yo nos queremos y aunque con ello sé que te causaré un gran disgusto, tengo que decirte que nada de cuanto puedas decirme cambiará ni un átomo las cosas».

«¿Que no cambiará nada? Hablaré con tu padre esta misma noche, Averil».

«¡Pobre papá! ¿Crees que es verdaderamente necesario darle este disgusto?».

«Sí, porque estoy segura que él sabrá cómo remediar este asunto».

«Te aseguro que él tampoco podrá hacer nada, lo único que conseguirás será darle un terrible disgusto».

Aquella escena había sido el principio de una época particularmente tempestuosa en la casa.

Averil, la causante del drama, había permanecido serena y aparentemente imperturbable, pero se había mostrado totalmente inflexible.

Joan no había cesado de repetirle a su marido:

«Todo esto es pura comedia por parte de Averil. No hay nadie capaz de hacerme creer que esté enamorada de ese hombre».

Rodney, cuando ella decía eso, siempre movía la cabeza y contestaba:

«No comprendes a Averil, Joan. En Averil lo que determina su modo de actuar no son los sentidos, sino el corazón y la cabeza. Si se ha enamorado, lo habrá hecho de un modo tan profundo que dudo mucho de que podamos disuadirla».

«¡Rodney! ¡Estoy completamente segura de que te equivocas! Conozco a Averil mejor que tú. ¡Soy su madre, no lo olvides!».

«Eso no quiere decir que puedas comprenderla ni poco ni mucho. Averil es extraordinariamente reservada, puede sentir profundamente algo y no decir ni una palabra».

«¡Me parece que tratas de buscar las explicaciones del caso demasiado lejos!».

Rodney había añadido lentamente entonces:

«Pues todo lo que he dicho es cierto, Joan, puedes estar segura».

«Me parece que estás exagerando lo que en el fondo no es más

que un simple pasatiempo de una chica que acaba de terminar su bachillerato. Se siente halagada con eso y ha empezado a imaginar…».

Rodney le había cortado la palabra en seco:

«Joan querida, no trates de consolarte diciéndote a ti misma cosas que eres la primera en no creer. La pasión de Averil por el doctor Cargill es una cosa muy seria».

«¡Pues es una vergüenza, Rodney, una vergüenza!».

«Sí, ésa será la opinión de la gente, supongo. Pero, Joan, trata de comprenderlo a él: tiene a su mujer paralítica y Averil le ofrece todo su cariño, sabe que puede contar con todo el ardor y la abnegación de una muchacha joven y hermosa como nuestra hija».

«¡Cargill tiene veinte años más que Averil!».

«Lo sé, lo sé. Si tuviera diez años menos la tentación no sería tan fuerte».

«¡Tiene que ser un sinvergüenza!».

Rodney había suspirado.

«No lo creas; es un hombre extraordinario, lleno de entusiasmo y amor por su profesión, un hombre que ha llevado a cabo una magnífica tarea. Y que ha tenido siempre las máximas atenciones a su mujer inválida…».

«¿Pretendes hacerme creer que es un santo?».

«¡Nada de eso! Sin embargo, Joan, permíteme recordarte que la mayoría de los santos fueron algún momento víctimas de sus pasiones. No, Cargill es más humano… lo bastante humano como para enamorarse y sufrir. Lo bastante humano como para hacerse daño a sí mismo destrozando su carrera. Todo depende de…».

«¿De qué?».

«De nuestra hija —había contestado lentamente Rodney—. De la energía que tenga y de la lucidez de su cerebro».

Joan había dicho con firmeza:

«¡Apartémosla de aquí! ¿Qué te parece si le hiciéramos hacer un crucero… un crucero por los países nórdicos o por las islas de Grecia, por ejemplo?».

Rodney había sonreído:

«¿Estás pensando en aplicarle el mismo tratamiento que a tu compañera de colegio Blanca Haggard? Recuerda que no dio buenos resultados».

«¿Crees tú que Averil sería capaz de desembarcar en un puerto extranjero y de hacer lo mismo que Blanca?».

«Lo que yo más temo es que Averil diga tranquilamente que no quiere embarcarse».

«Pero eso, insistiendo nosotros con firmeza…».

«Joan, querida, trata de ver las cosas como son. No se puede obligar por la fuerza a una persona adulta. No puedes encerrar a Averil en su habitación ni obligarla a abandonar Crayminster. Y además yo tampoco lo permitiría. Estas soluciones sólo son subterfugios. A Averil sólo puede influenciársele con razones por las que ella sienta verdadero respeto».

«¿Con cuáles?».

«Haciéndole ver la realidad y la verdad de las cosas».

«¿Por qué no vas a hablar con Rupert Cargill? Podrías amenazarlo, hacerle ver el escándalo que está produciendo…».

Rodney de nuevo había suspirado.

«Me da miedo que haciéndolo así todavía contribuya a empeorar el asunto».

«¿Qué temes?».

«Que Cargill haga una estupidez y que ambos se vayan lejos de aquí».

«¡Pero con eso destrozaría completamente su reputación y su carrera!».

«Desde luego. Dado su caso particular, la opinión pública no se lo perdonaría jamás».

«Entonces si es capaz de razonar un poco, Rodney…».

Su marido había dicho entonces con impaciencia:

«En esos momentos es incapaz de razonar. ¿No entiendes nada del amor, Joan?».

¡Qué pregunta tan estúpida! Joan había contestado furiosa:

«Desde luego, de este tipo de amor no entiendo nada, ni me interesa entender».

Entonces Rodney, dulcemente, le había dicho: «¡Pobre Joan!», la había abrazado y había salido tranquilamente de la habitación sin decir nada más.

¡Cuánto la había hecho sufrir aquella desgraciada historia!

Verdaderamente había pasado grandes inquietudes. Averil se encontraba en un persistente mutismo, no hablaba con nadie, a

veces ni siquiera contestaba cuando se le dirigía la palabra.

«Hago cuanto puedo —pensaba Joan—, pero ¿qué se puede hacer con una hija que cuando le hablas ni siquiera te escucha?».

Pálida, terriblemente cansada y con gran calma, Averil le contestaba:

«Mamá, ¿por qué tenemos que encarnizarnos en estas discusiones sin fin? Admito perfectamente tus argumentos, pero ¿por qué te empeñas en no querer darte cuenta de lo que es evidente? Por mucho que hagas y digas, no lograrás hacerme cambiar de opinión, ¡ya lo sabes!».

Tal había sido el ambiente familiar hasta aquel día de septiembre en que Averil, un poco más pálida que de costumbre, les había dicho:

«Creo que es mi deber anunciaros que Rupert y yo no nos vemos capaces de continuar aquí por más tiempo. Vamos a marcharnos. Esperamos que su mujer aceptará el divorcio. Pero si no, también seguiremos adelante».

Joan, de momento, había empezado pronunciando un discurso de enérgica protesta, pero Rodney la había hecho callar en seguida.

«Déjame hacer a mí, Joan, ¿quieres? Averil, tengo algo que decirte. Ven a mi despacho».

Averil había esbozado una pálida sonrisa:

«Tengo que hablar con el juez supremo, ¿verdad, papá?».

Joan había empezado a decir:

«Soy tu madre, Averil, insisto en que…».

«Por favor, Joan, quiero hablar a solas con Averil».

Impresionada por aquel tono de serena autoridad que había empleado Rodney, Joan había dado un paso para salir de la habitación, pero la voz grave y clara de Averil la había detenido.

«No te vayas, mamá. Quiero que te quedes. Lo que papá tiene que decirme quiero que tú también lo oigas».

«Perfectamente, aquello probaba de un modo harto claro —había pensado Joan— que su prestigio como madre estaba plenamente reconocido».

¡Con qué ímpetu se enfrentaron Averil y su padre! De un modo verdaderamente belicoso, irascible, midiéndose con la mirada el uno al otro como dos adversarios sobre el terreno.

Después Rodney, sonriendo un poco, había dicho:

«¡Me parece, Averil, que tienes miedo!».

Averil había contestado, con calma y con un ligero acento de sorpresa en la voz.

«No comprendo a qué te refieres, papá».

Rodney repentinamente había gritado:

«¡Qué pena que no seas un hombre, Averil! Tienes la misma inteligencia y la misma astucia que tu tío abuelo Henry. Nadie como él para disimular su punto débil y dejar al descubierto el del adversario».

Averil se había apresurado a contestar:

«¡En mi caso no hay ningún punto débil!».

Pero su padre le había replicado con decisión:

«Te probaré que te equivocas».

Joan entonces había intervenido diciendo:

«Averil, es imposible que hagas una locura semejante. Tu padre y yo nunca aceptaremos tal cosa».

Por toda respuesta, Averil había esbozado una sonrisa y se había quedado mirando a su padre, como si quisiera someter a su aprobación las palabras de Joan.

Rodney había insistido:

«Por favor, Joan, déjame llevar a mí la dirección de este caso».

«En mi opinión, considero que mamá está en su perfecto derecho de decir lo que piensa».

«¡Gracias, Averil! —había dicho Joan—. Te hablaré francamente, pequeña, quiero abrirte los ojos. Eres joven y tienes un temperamento romántico que te hace ver la vida desde un punto de vista completamente falso. Lo que ahora podrías hacer dejándote arrebatar por un loco impulso lo lamentarías el resto de tu vida. ¡Y piensa además en la pena que nos causarías a tu padre y a mí! ¿Has considerado este argumento alguna vez? Estoy segura de que no te gusta entristecernos, de que no quieres causar dolor a quienes te han rodeado siempre de ternura…».

Averil escuchaba en silencio, sin responder y sin perder de vista a su padre.

Cuando Joan terminó, Averil seguía mirando a su padre aún. Y una sonrisa ligeramente sardónica se dibujaba en sus labios:

«Bueno, papá ¿qué añades tú a ese cuplé?».

«Nada, pero quiero hacerte una pregunta».

Averil se lo había quedado mirando interrogativamente.

«Hija ¿comprendes exactamente lo que significa el matrimonio?».

Averil había abierto un poco más los ojos y permanecido un momento en silencio meditando antes de contestar:

«¿Vas a recordarme que es un sacramento?».

«No —había dicho Rodney—. Yo puedo considerarlo como tal, o bajo otro aspecto. Lo que quiero decirte es que el matrimonio es un contrato».

«Ya», respondió Averil, algo perpleja.

«El matrimonio —había proseguido diciendo Rodney— es un contrato establecido entre dos seres adultos y en plena posesión de sus facultades mentales que tienen plena conciencia de lo que hacen. Tal requisito es lo que hace oficial una unión. Las dos partes se comprometen públicamente a respetar los términos de ese contrato, es decir, a soportar a su cónyuge en toda circunstancia, en la enfermedad y en la salud, en la riqueza y en la pobreza, en tiempos de prosperidad y de adversidad; aunque estas fórmulas sean leídas en la iglesia, con el testimonio y la bendición de un párroco, no por eso dejan de ser un contrato igual que cualquier otro y como todo acuerdo establecido entre dos individuos de buena fe, aunque algunas de las obligaciones aceptadas no procedan de ningún tribunal, no por eso dejan de unir más a los seres que las han aceptado. Supongo que imparcialmente reconocerás que todo lo que he dicho es cierto».

Averil titubeó un momento, luego contestó:

«Eso podía ser verdad antes, pero ahora se considera al matrimonio desde otro punto de vista. Muchas personas no contraen matrimonio en la iglesia y no pronuncian las palabras rituales que impone la religión».

«Tal vez, pero hace dieciocho años Rupert Cargill pronunció estas palabras en una iglesia y te reto a que seas capaz de decirme que él no las pronunció entonces de buena fe y dispuesto a cumplir su palabra. ¿Quieres admitir que independientemente de lo que es de la incumbencia de la justicia, Rupert Cargill había firmado un contrato con la que hoy es su mujer? Aquel día sabía que podía llegar la enfermedad, la ruina, etc., pero él aceptó, a pesar de todos los riesgos, mantener la indisolubilidad de su unión».

Averil se había puesto lívida. Había murmurado:

«No comprendo adónde quieres ir a parar, papá».

«Quiero que comprendas y admitas que aparte de una cuestión sentimental y personal, el matrimonio es un contrato igual que el que puede firmar un hombre de negocios. Lo admites, ¿sí o no?».

«Lo admito».

«Y Rupert Cargill quiere romper este contrato y tú estás de acuerdo con él en que lo haga».

«Sí. Es cierto».

«Sin tener para nada en cuenta los legítimos privilegios de la otra parte contratante».

«¡Pero ella no sufrirá! Sería distinto si estuviera enamorada de Cargill, pero es una mujer que sólo vive para sí misma y para su salud…».

Rodney la había interrumpido casi violentamente:

«No te pido que hagas comentarios personales, Averil. Sólo te pido que admitas el hecho en sí».

«Lo que hago no son comentarios personales».

«¡Sí, porque no puedes responder de los sentimientos y de los pensamientos de Mrs. Cargill! Tú te los inventas según tus conveniencias. Lo único que te pido es que reconozcas que tiene unos derechos».

Averil había levantado orgullosamente la cabeza:

«Está bien. Tiene unos derechos».

«Entonces ves con toda lucidez y conocimiento de causa lo que estás haciendo».

«Sí, papá. ¿Es eso cuanto tenías que decirme?».

«¡No! Me queda todavía un punto muy importante sobre el que quiero hablarte. Eres la primera en saber que Cargill ha hecho una brillante carrera, que su tratamiento de la tuberculosis ha tenido un éxito extraordinario y que se ha convertido en una eminencia dentro del campo de la Medicina. Pero por desgracia tú sabes muy bien que la vida privada de un hombre puede afectar de un modo terrible su carrera. Dicho de otro modo, la obra de Cargill y el servicio que presta a la humanidad, se verán gravemente comprometidos, y tal vez aniquilados totalmente, por lo que ambos os proponéis hacer».

«¿Crees que me persuadirás —había dicho Averil— que mi deber

es abandonarle en beneficio de la humanidad?».

En la voz de Averil se percibía una nota dolorosa.

«No —dijo Rodney—. Estoy pensando en el pobre Cargill… Créeme, Averil, es completamente cierto que un hombre que no ejerce la carrera que le gusta se convierte en un desgraciado. Te aseguro que si apartas a Cargill de su camino y le impides proseguir su obra, llegará día en que te sentirás decepcionada, y cuando veas a ese hombre que amas, desgraciado, frustrado, envejecido prematuramente, cansado y descorazonado, sin gusto por la vida, te sentirás terriblemente responsable. Y si te figuras que tu amor, o el de cualquier otra mujer, puede consolarle, entonces te diré sinceramente que eres una infeliz, que no tienes ni idea de lo que es la vida».

Rodney se había echado hacia atrás en su sillón y se había pasado la mano por la frente.

Averil había murmurado:

«Tú me dices eso, pero ¿cómo puedo saber que…?».

Se había detenido bruscamente y luego había dicho de nuevo: «¿Cómo puedo saber que…?».

«¿Qué es verdad? Lo único que puedo decirte es que estoy completamente convencido de lo que digo y que esta convicción es fruto de mi experiencia personal. Te hablo más como un hombre que como un padre a una hija».

«Sí —había contestado Averil—, ya lo creo…».

Rodney había terminado diciendo con voz impregnada de profundo cansancio:

«De ti depende tomar una decisión, Averil. Creo que tienes suficiente inteligencia y valor para elegir la mejor solución».

Averil se había acercado lentamente a la puerta. Cuando ya tenía puesta la mano en la manecilla se había detenido y había vuelto la cabeza.

Joan había quedado profundamente impresionada por el tono amargo y rencoroso en que Averil había dicho:

«¡No esperes que jamás te esté reconocida por lo que has hecho, papá! ¡Te detesto!».

Y sin más había salido de la estancia dando un portazo.

Joan había hecho instintivamente un movimiento para seguirla, pero Rodney la había detenido con un gesto.

«Déjala sola —le había dicho—. Déjala meditar. ¿No lo comprendes? Hemos ganado».

8

Con aquella escena se había dado fin a aquel desagradable acontecimiento. A partir de entonces Averil se había limitado a guardar silencio; sólo contestaba con monosílabos cuando alguien le dirigía la palabra y sólo decía algo cuando era del todo indispensable.

Y un mes después había expresado el deseo de ir a Londres a cursar estudios de secretariado.

Rodney le había dicho en seguida que sí. Averil se había marchado sin dar señales de la más mínima tristeza en el momento de separarse de la familia.

Cuando había vuelto de vacaciones, al cabo de tres meses, volvía a ser la de antes. Daba la impresión de haberlo pasado muy bien en Londres.

Joan se alegró y expresó su satisfacción a Rodney.

«Averil parece haber olvidado completamente aquella historia. Ya decía yo que no era nada serio. A fin de cuentas fue sólo uno de esos amorcitos de jovencita recién salida del colegio…».

Rodney se la había quedado mirando con una sonrisa en los labios, después había murmurado por lo bajo:

«¡Pobre Joan!».

Aquella frase a Joan la molestaba siempre.

«Créeme que llegué a estar terriblemente preocupada, Rodney».

«¿Sí? —dijo Rodney—. También yo, pero las víctimas no éramos nosotros».

«¿Cómo puedes decir eso? Todo lo que les ocurre a mis hijos lo siento como propio y me duele más si cabe».

«Posiblemente —había contestado Rodney, distraídamente—. Me estoy preguntando…».

Joan recordaba perfectamente aquellos horrible meses en que Averil y su padre parecía que estaban en continua tensión cuando se

hallaban frente a frente. ¡Tan amigos como habían sido siempre, y entonces apenas si se dirigían alguna frase de simple y elemental educación! En cambio Averil, a su manera, se había mostrado afectuosa con ella…

«Creo que me quiere más desde que ha vivido fuera de casa y ha podido apreciar las ventajas del hogar».

Ella estaba encantada con la vuelta de Averil, el buen sentido y la clara inteligencia de su hija mayor contribuían a facilitar la vida en familia.

Y más ahora que, al hacerse mayor, Bárbara se empezaba a poner difícil.

Joan empezaba a preocuparse seriamente por las amistades de su hija pequeña. Tenía muy poca cabeza. En Crayminster abundaban las chicas bien educadas y de buena familia pero, por capricho, parecía apartarse de todas ellas.

«¡Son unas estúpidas, mamá!», solía decir.

«Te equivocas, Bárbara, estoy segura de que Mary y Alison son muy agradables».

«¡Llevan redecilla en el pelo!».

Joan se la había quedado mirando asustada.

«¡Niña, tú estás loca! ¿Qué importancia puede tener eso?».

«Es un símbolo».

«Estás diciendo tonterías, Bárbara. ¿Y Pamela? ¿Tampoco te gusta Pamela? Su madre era una de mis mejores amigas. ¿Por qué no sales con ella más a menudo?».

«Mamá, me aburre horriblemente esta chica. No me gusta nada».

«Pues, hija, yo considero que son unas chicas estupendas».

«Sí, estupendas y aburridas. ¿Qué saco yo con que a ti te parezcan simpáticas?».

«Eres una mal educada, Bárbara».

«Tal vez, pero tú no tienes que querer imponerme las amistades. Soy yo quien tiene que escogerlas. Me gustan Betty Earle y Primrose Dean. Si a ti no te gustan, ¿por qué no nos pierdes de vista ni un momento cuando las invito a merendar?».

«La verdad, Bárbara, es que algunas de tus amistades me dan verdadero miedo. El padre de Betty es chófer de autocar y ella tiene un acento espantoso».

«¡Pero su padre gana mucho dinero!».

«¡Pero el dinero no lo es todo, Bárbara!».

«Bueno, mamá, tengo derecho a escoger mis amistades, ¿sí o no?».

«Claro que sí, Bárbara, pero tienes que permitirme que te guíe un poco. Eres demasiado joven todavía para hacer las cosas por ti sola».

«¿O sea que no soy libre? ¡No puedo hacer nunca nada de lo que me gusta! ¡Es como si estuviera en una cárcel!».

En aquel momento había entrado Rodney y había dicho:

«¿Dónde está uno en una cárcel?».

Bárbara había contestado gritando: «¡Aquí!».

Rodney entonces, en lugar de reñir seriamente a su hija, se había echado a reír y a burlarse de Bárbara diciéndole:

«¡Pobre pequeña esclava!».

«¡Eso es lo que soy!».

«Mejor. La esclavitud es una cosa que les va muy bien a las chicas».

Bárbara entonces se había echado en brazos de su padre y riéndose a carcajadas le había dicho:

«¡Papá! ¡Siempre son tan graciosas tus burlas que es imposible enfadarse contigo!».

Joan había expresado su desaprobación:

«Supongo que…».

Pero Rodney se reía también a grandes carcajadas.

Cuando Bárbara había salido y se habían quedado ellos dos a solas, Rodney le había dicho:

«No te tomes tan a lo trágico estas tonterías. Las muchachas de su edad a veces tienen necesidad de hacerse pasar los nervios diciendo cosas molestas a los mayores».

«Pero tiene unas amigas de lo peor…».

«Bueno, está en una edad en que le gusta lo llamativo y escandaloso. Ya se le pasará. No te inquietes, Joan, no vale la pena, te lo aseguro».

«Resultaba muy fácil —había pensado Joan con indignación— decir: "No te inquietes, Joan". ¿En qué acabarían todos si ella no se preocupara de todo? Rodney era excesivamente indulgente y no podía ni llegar a imaginarse lo que sufría una madre».

Y lo peor no era sólo el tipo de chicas que quería tener Bárbara

como amigas, sino el estilo de chicos que le gustaban.

George Harmon, por ejemplo, y el pequeño Wilmore, sobre el que tanto había que decir, aquel muchacho no sólo tenía el defecto de pertenecer a la Sociedad rival de su marido (Sociedad que aceptaba a clientes de la más dudosa reputación), sino que además se decía de él que jugaba fuerte en las carreras y que le gustaba mucho el vino. Y sin embargo, en su compañía Bárbara había desaparecido del baile de beneficencia del Ayuntamiento el día de Navidad. ¡La orquesta había tocado cinco bailes antes de que ella hubiera vuelto a aparecer! Entonces había echado una rápida mirada hacia donde estaba sentada su madre y se había ruborizado.

Habían permanecido todo aquel tiempo en la terraza, cosa que sólo hacían las chicas muy ligeras de cascos. Joan se lo había dicho así a Bárbara y ésta había reaccionado violentamente.

«¡No seas tan anticuada, mamá! ¡Todo esto ya está pasado de moda!».

«No soy anticuada. Y permíteme decirte, Bárbara, que muchos de los principios de antes se vuelven a poner de moda. Los chicos y las chicas no pasan todo el tiempo juntos como se hacía hace diez años».

«Pero, mamá… ¡Cualquiera que te oyera creería que he pasado un final de semana con Tom Wilmore!».

«¡Haz el favor de no emplear ese tono para hablar conmigo, Bárbara! No lo admito. También te vieron en el *Dog and Duck* con George Harmon».

«¡Bueno! Sólo fuimos allí a dar una vuelta».

«Pues ten muy presente que no debes ir allí para nada. ¡Eres demasiado joven para frecuentar ciertos sitios! No me gusta nada esta costumbre que tienen las chicas de hoy día de beber alcohol».

«Yo sólo tomé cerveza. Y queríamos jugar una partida de billar, nada más».

«¿Sí? Pues no me gusta nada de eso, Bárbara. Y es más, te lo prohíbo por completo. Ese George Harmon no me gusta, y Tom Wilmore tampoco, no quiero que vengan más a casa. ¿Lo has comprendido?».

«Sí, mamá. Claro».

«¡No veo qué les puedes encontrar de atractivo a esos tipos!».

Bárbara se había encogido de hombros:

«¡Pues no lo sé! Pero me divierten».

«Perfectamente, pero no quiero que pongan los pies en casa. ¿Entendido?».

Después de eso, Joan se había sentido muy contrariada el día en que Rodney le había llevado al pequeño Harmon a cenar. «¡Qué debilidad por parte de Rodney!», había pensado Joan. Desde luego, ella, por su parte, lo había recibido del modo más glacial posible; el joven se había encontrado desconcertado ante ella a pesar de las múltiples atenciones que le había prodigado Rodney. George Harmon había empezado a hablar fuerte y a decir sandeces y había terminado por quedar en ridículo ante todos.

Al final de la noche, cuando se había encontrado a solas con Rodney, le había dicho agriamente:

«Sabías perfectamente que no quiero recibirle y que así se lo había dicho a Bárbara».

«Sí, Joan, pero era un error… Bárbara no tiene demasiado buen juicio, es cierto. No sabe distinguir el grano de la paja, por eso hay que procurar que vea a sus amistades en nuestro ambiente; entonces se dará cuenta de la verdad. Ella considera a ese Harmon como a un chico peligroso y seductor, cuando en realidad no es más que un engreído y un estúpido, con gran propensión al alcoholismo además; es uno de esos tipos que jamás será capaz de ganarse la vida, pero es aquí, dentro de casa, donde Bárbara tiene que darse cuenta de lo que es, no fuera de ella».

Rodney le había añadido sonriendo:

«Joan, querida, lo que nosotros podamos decir a las jóvenes generaciones jamás les influirá».

Verdad que tuvo ocasión de comprobar Joan en una de las estancias de Averil en casa.

Esta vez el invitado era Tom Wilmore. Nervioso por el aire distante y el examen desaprobador de Averil, Tom no había hecho un papel brillante precisamente. Luego Joan había captado retazos de conversación entre las dos hermanas:

«¿No te gusta, Averil?».

Averil, encogiéndose de hombros con desdén, había replicado sin andarse con tapujos: «Lo encuentro francamente ridículo. Tienes muy mal gusto para escoger tus amigos, Bárbara».

A partir de aquel momento Tom no se había dejado ver más y la

inconsciente Bárbara había dicho un día tranquilamente y con profunda convicción:

«¿Tom Wilmore? ¡Oh! ¡Es un tipo completamente ridículo!».

A partir de aquel momento Joan había empezado a dar fiestas y a invitar a gente a jugar al tenis, pero Bárbara no quería asistir a ninguna de sus recepciones. Sistemáticamente se negaba a dejarse ver por las amistades de su madre.

«¡No te tomes tanto trabajo, mamá! Te esfuerzas inútilmente en tratar de encontrarme amistades, pero yo detesto a la gente, sobre todo a esa tan aburrida que tú tratas de presentarme».

Joan, furiosa, había dicho agriamente que renunciaba a distraer a Bárbara.

«Me pregunto qué es lo que quieres, hija».

«Quiero que me dejen en paz, mamá».

Desde luego, Bárbara era una chica imposible, le había dicho Joan a Rodney, acongojada. Rodney se había manifestado de acuerdo y había fruncido ligeramente las cejas.

«Si me dijera al menos qué tipo de distracciones le gustan…», había seguido diciendo Joan.

«Ni ella misma lo sabe, Joan, es demasiado joven».

«Precisamente por eso es preciso que alguien más decida por ella».

«No querida. Ya descubrirá por sí misma su camino. Déjala. Permítele que invite a las amigas que sean de su gusto cuando quiera. Pero no quieras convertirte en la organizadora de sus diversiones. No hay nada que moleste más a la juventud».

«¡Los hombres son imposibles! —había pensado Joan con cierta exasperación—. Siempre quieren mantenerse en la sombra y que actúen los demás. ¡Pobre y querido Rodney! Toda la vida había tenido que ser ella la que tomara las decisiones prácticas en aquella casa, Y sin embargo, se le consideraba como a un hombre extraordinariamente activo».

Joan recordó el día en que Rodney había leído en el periódico local el anuncio de la próxima boda de George Harmon con Primrose Dean. Mirando a Bárbara había dicho con maliciosa sonrisa:

«¿Uno de tus pretendientes de antaño, eh Babs?».

Bárbara se había echado a reír alegremente, como si le divirtiera

mucho el anuncio de aquel próximo matrimonio.

«Confieso que yo también estuve enamorada de él. Es ridículo, ¿verdad? Al menos eso es lo que ahora me parece».

«A mí particularmente siempre me pareció un tipo de lo menos atractivo. Nunca llegué a comprender qué podías encontrarle tú…».

«Tampoco lo comprendo yo ahora —había dicho Bárbara—. Y en cambio, papá, te aseguro que yo entonces creía que estaba completamente enamorada de él. Tanto, que cuando mamá se empeñaba con tal furia en no dejármelo ver, más de una vez sentí tentaciones de huir con él. Y si mamá hubiera tratado de impedirme que me casara con él (en el caso de que él me lo hubiera propuesto, claro) ¡te aseguro que habría sido capaz de suicidarme!».

«¡Vaya! ¡Vaya! ¡Qué pasión amorosa tan fulminante! ¡Ni Romeo y Julieta!…».

«¡Te aseguro que lo habría hecho, papá! Si bien se piensa en las cosas, cuando la existencia le resulta a una intolerable, sólo queda una solución: suicidarse».

En aquel momento, incapaz de contenerse por más tiempo, Joan había intervenido, nerviosa:

«¡No digas estas barbaridades, Bárbara! ¡No sabes ni lo que dices!».

«Lamento que me hayas oído, mamá; desde luego, no me cabe duda de que tú nunca hubieras hecho una cosa semejante. Tú siempre conservas la calma y la cabeza, pase lo que pase…».

«En efecto —contestó Joan—, así es».

Había tenido que hacer verdaderos esfuerzos para dominarse; después cuando Bárbara salió de la habitación, le había dicho a Rodney:

«¡No tendrías que seguirle la conversación a esta pequeña cuando se pone tan tonta!».

«No lo creas, es mejor que diga lo que tiene entre ceja y ceja».

Rodney permanecía callado. Joan se lo había quedado mirando un poco sorprendida de aquel mutismo.

«¿No irás a creer que?…».

«No, no, claro que no. Cuando se haga un poco mayor adquirirá más dominio de sí misma, estoy seguro. Pero ahora, de momento, aún la encuentro muy inestable de carácter, excesivamente emotiva. Tenemos que darnos cuenta».

«Sus salidas de tono me parecen completamente ridículas, Rodney».

«A mí también, Joan, porque ambos tenemos el sentido de la medida, pero en cambio a ella no le ocurre lo mismo. Se toma todos sus inconsecuentes enamoramientos completamente en serio. Todavía no tiene suficiente sentido crítico; no ha adquirido aún la facultad de razonamiento de un adulto, pero en cambio sexualmente es muy precoz…».

«¡Oh Rodney! ¡No vayas a juzgar a Babs como si fuera uno de esos horribles casos que ves continuamente en los tribunales!».

«Recuerda que esos "horribles casos" les han ocurrido a seres humanos también, Joan».

«Sí, pero una jovencita educada en un ambiente moral y sano como lo ha sido Bárbara, no puede…».

«¿No puede qué?».

«¿Es preciso que discutamos sobre un tema tan delicado, Rodney?».

Su marido había suspirado:

«No, claro que no. Pero espero… Sí, espero que Bárbara encuentre pronto un hombre cabal y que se enamore de él por completo».

Los acontecimientos empezaron a tomar tal cariz que parecía que todo se hacía para que se viera cumplido prontamente el deseo de Rodney. William Wray, el joven William Wray, sobrino de *Lady* Herriot, llegó a Inglaterra procedente del Irak para pasar unas vacaciones en casa de su tía. Pocos días después, cuando Joan se disponía a escribir unas cartas en el salón, vio al muchacho que se dirigía hacia la puerta de la casa. Bárbara había salido. Desde detrás de la mesa de su despacho Joan había levantado la cabeza muy extrañada al ver a aquel muchacho, alto y fuerte, de mentón enérgico y ojos intensamente azules. Enrojeciendo hasta las orejas había dicho que venía a devolverle la raqueta a *Miss* Scudamore; el día anterior se la había dejado en el club de tenis.

Joan, sobreponiéndose a su sorpresa, había conseguido acogerlo amablemente. ¡Era tan distraída Bárbara! ¡Se dejaba las cosas por todas partes! Hacía un momento que había salido, pero no tardaría en volver. Entretanto, Joan decidió invitar a Mr. Wray a tomar una taza de té.

El muchacho aceptó y Joan había empezado a hablar de *Lady* Herriot, único tema que consideró que tenían en común.

Estuvieron hablando de la salud de *Lady* Herriot unos cinco minutos poco más ó menos, después la conversación había decaído. Mr. Wray no era muy locuaz precisamente, y además iba enrojeciendo por momentos, parecía que tuviera fuego en la silla, se movía en ella sin cesar.

Joan, elegantemente, sostenía todo el peso de la conversación, no sin cierto esfuerzo, desde luego, menos mal que Rodney llegó un poco antes de lo acostumbrado del despacho. Inmediatamente supo reanimar la conversación hablando del Irak. Tras haber intercambiado las primeras palabras con Rodney, el muchacho en seguida había perdido su rigidez inicial y había empezado a hablar animadamente. Finalmente Rodney se lo había llevado a su despacho; eran casi las siete cuando Bill Wray, se habría dicho que casi a disgusto, se despidió.

«Es un gran muchacho», había dicho Rodney.

«Sí, desde luego. Excesivamente tímido quizá».

«Sí. ¡Pero sabe lo que quiere! —Rodney estaba verdaderamente jovial aquella noche—. No creo que esté siempre tan nervioso».

«¡Encuentro que se ha quedado aquí mucho rato!».

«¡Sí, ha estado aquí más de dos horas…!».

«Debes haber terminado cansadísimo de hablar con él, ¿no?».

«Nada de eso, al contrario, he pasado un rato verdaderamente agradable. Este muchacho tiene una clara inteligencia y sostiene puntos de vista muy claros sobre las cosas. Es un chico muy sensato, me ha gustado mucho».

«Pues a él tú también has debido caerle bien ¡para que se haya estado aquí dos horas!».

Rodney se había vuelto a poner de buen humor.

«Bueno, creo que si se ha quedado tanto rato incrustado en mi despacho no ha sido por mí precisamente. Me ha dado la impresión de que estaba esperando que Bárbara volviera. Joan, ¿cómo es posible que no sepas ver los síntomas del amor en la cara de las personas ni siquiera cuando están tan claros y a la vista? El muchacho no daba pie con bola, estaba sofocado, ha tenido que hacer un gran esfuerzo para decidirse a venir aquí, y una vez ha conseguido entrar en el castillo… ¡Ella no está! Este muchacho está

enamorado, Joan; la cosa no ofrece ninguna duda».

Cuando Bárbara había llegado, como siempre justo en el momento de irse a sentar a la mesa, Joan le había dicho:

«Esta tarde hemos recibido la visita de uno de tus enamorados, Bárbara: el sobrino de *Lady* Herriot. Ha venido a traer tu raqueta».

«¿Quién? ¿Bill Wray? ¿Y cómo habrá podido dar con ella? Ayer la buscamos todos en el club y no pudimos encontrarla».

«Te ha esperado mucho rato…».

«¡Oh, lo siento!… Esta tarde he ido al cine con las Crabbe, y por cierto que hemos visto una película de lo más imbécil. Sí, verdaderamente siento no haber estado aquí. ¿Os ha fastidiado mucho?».

«Nada de eso —había contestado Rodney—. Lo he encontrado un chico muy simpático y agradable. Hemos estado hablando de la política del Próximo Oriente. Me parece que tú, Bárbara, te habrías aburrido soberanamente».

«¡Al contrario! A mí me gusta mucho saber qué ocurre en esos países lejanos. ¡Me gustaría tanto ir allí! ¡Crayminster es tan aburrido! Y además Bill es un tipo mucho más interesante que los demás…».

«Si te aburres en Crayminster, Bárbara, lo que tienes que hacer es ponerte a trabajar en algo».

«¡Eso nunca! —había dicho Bárbara casi gritando—. Ya sabes, papá, que soy muy perezosa. No me gusta trabajar».

«Eso creo que es algo que nos pasa a todos, hija», había dicho Rodney.

Bárbara entonces había abrazado a su padre alegremente y había empezado a hacerle monadas.

«Papá, trabajas demasiado, siempre lo he dicho. ¡Es un escándalo!».

Después soltando el cuello de su padre, había añadido:

«Voy a llamar a Bill por teléfono. No sé qué me dijo de una excursión a Marsden…».

Rodney la había seguido con la mirada hasta que la había visto coger el teléfono. Su mirada indicaba curiosidad y perplejidad.

A Rodney le había gustado Bill Wray; sí, no cabía duda, le había gustado desde el principio. ¿Por qué entonces se había mostrado tan ansioso y casi acongojado cuando Bárbara, unos días después, le

había dicho, rápida como un rayo, que acababa de hacerse novia de Bill, y había añadido que habían decidido casarse en seguida para que ella pudiera acompañarlo cuando se marchara otra vez a Bagdad?

Bill era joven, de muy buena familia, con una buena fortuna personal, y con mucho porvenir por delante. ¿Por qué Rodney se había mostrado tan reticente, pues, y había sugerido que el noviazgo durara más? ¿Por qué a partir de aquel momento se le había notado tan inquieto y hasta descontento? ¿Y por qué antes del matrimonio había insistido tanto en que Bárbara era demasiado joven?

Pero a pesar de las protestas de su padre, Bárbara se había casado.

Seis meses después de la partida del joven matrimonio para Bagdad, Averil había anunciado su boda con un agente de bolsa, Edward Harrison Wilmott, hombre de unos treinta y cinco años, reservado, inteligente y con una sólida posición económica.

Todo se había arreglado a las mil maravillas, pensaba Joan. A decir verdad, a Rodney no parecía haberle entusiasmado el matrimonio de Averil. Cuando Joan le había pedido su opinión, se había limitado a decir: «No se podía esperar mejor solución, Edward es un buen hombre».

Tras el matrimonio de Averil, Joan y Rodney se habían quedado solos. En efecto, Tony tras haber sufrido un fracaso en los exámenes finales de la escuela de agricultura —cosa que había hecho concebir serias inquietudes por su porvenir—, se había marchado a Rodesia, donde, gracias a un cliente de Rodney, explotaba una vasta plantación de naranjos. Mandaba continuamente cartas a sus padres llenas de entusiasmo, pero excesivamente lacónicas quizá. Un buen día había escrito anunciando que se casaba con una muchacha de Durban. Aquella noticia había horrorizado a Joan. ¿Cómo podía casarse Tony con una desconocida? Sin dinero además. ¿Y qué podían saber ellos de ella? Nada, absolutamente nada.

Rodney la había tranquilizado. Había que tener confianza en Tony. Según las fotos, la chica parecía muy mona y tenía cara de lista. Rodney estaba seguro de que podría ayudar mucho a Tony en su trabajo.

«Lo que yo temo —había dicho Joan—, es que se queden allí

para siempre y que ya no vuelvan nunca más por aquí. ¡Habríamos tenido que obligar a Tony a que entrara en la sociedad, tendría que haber sido tu ayudante! ¡Yo siempre lo dije!… ¡Y lo dije cuando aún estábamos a tiempo!…».

Rodney sonrió y le dijo que no se obtiene ningún resultado satisfactorio obligando a la gente a hacer las cosas por la fuerza.

«Tal vez, Rodney, pero hablando francamente te diré que tu deber habría sido insistir más. Habrías terminado por convencerle; esto es lo que ocurre siempre en casos parecidos».

«Sí —había contestado Rodney—, es cierto. Pero era correr un enorme riesgo».

Joan le dijo claramente que no comprendía a dónde quería ir a parar con aquello. «¿Qué entendía él por un enorme riesgo?». Rodney había precisado: «Que tu hijo no fuera feliz».

Joan había replicado que ya empezaba a cansarse de oír siempre lo mismo; la felicidad, la felicidad. ¿Había que dejarse obsesionar hasta tal punto por aquello? ¡La felicidad no era el único fin en la vida! Había muchos otros, y mucho más importantes…

«¿Cuáles?», le había preguntado Rodney.

Tras un corto titubeo, Joan había contestado: «El deber, por ejemplo».

Rodney le había contestado que entrar en una sociedad de abogados no podía considerarse un deber.

Un poco molesta, Joan había dicho que él sabía perfectamente lo que ella quería decirle. Tony tenía el deber de suceder a su padre y de evitarle tan cruel decepción.

«Tony no me ha decepcionado», había contestado tranquilamente Rodney.

«¡Ah no! —había exclamado ella—. Pues no debe gustarte mucho saber que tienes a tu hijo en la otra parte del mundo, en un lugar donde jamás podremos ir».

«Desde luego —había dicho Rodney—, he de confesarte que echo mucho de menos a Tony. Era tan alegre y tan animado… Sí, su presencia cambiaba por completo el ambiente de esta casa; he de confesar que lo echo muchísimo de menos, en efecto».

«Estoy segura de que es así. ¡Fue una lástima que no te mostraras más severo con él!».

«Pero, Joan, ten en cuenta que se trataba de la existencia de

Tony, no de la nuestra. La nuestra está terminada, con éxito o sin él… Desde el punto de vista del despliegue de la actividad, quiero decir».

«Sí —había contestado ella, luego había añadido—: Y nuestra existencia ha sido deliciosa, mejor dicho, sigue siéndolo aún».

«Me gusta oírtelo decir, Joan».

Y le había sonreído con aquella sonrisa tan bondadosa, aunque no exenta de cierta malicia, tan propia de él. Durante unos momentos pareció sonreír a un pensamiento oculto.

«Hay que reconocer —había dicho Joan— que tú y yo nos comprendemos perfectamente».

«Sí. No discutimos casi nunca».

«Y podemos considerarnos felices de que nuestros hijos sean también dichosos. ¡Qué pena si alguno de ellos hubiera acabado mal!».

«¡Me haces gracia, Joan!», había exclamado entonces Rodney.

«Es verdad, Rodney, habría sido una dura prueba para mí».

«Joan, no creo que haya nada que pueda llegar a ser una dura prueba para ti».

Joan se había quedado unos momentos considerando la cuestión: «Evidentemente, yo tengo un carácter muy equilibrado. Y creo que todos tenemos que procurar no dejarnos vencer por las contrariedades».

«¡Es un principio tan admirablemente práctico, Joan, ese tuyo!».

«¿No crees que resulta satisfactorio comprobar el buen éxito de nuestros esfuerzos para con nuestros hijos?».

Rodney había lanzado un suspiro:

«Sí… sí… es muy agradable».

Joan, riéndose y poniendo su mano en el brazo de su marido, le había dicho:

«Rodney, no seas tan modesto, por favor. No hay ningún otro abogado en toda la región que tenga más clientela que tú. Ganas mucho más que el tío Henry».

«Sí, el despacho nos va muy bien, desde luego».

«¡Y tanto! Hasta habéis tenido que coger otro socio. ¿Te molesta acaso?».

Rodney había movido lentamente la cabeza.

«¡Oh no, nada de eso! Necesitábamos sangre joven. Alderman y

yo nos estamos haciendo viejos».

Efectivamente, había pensado Joan, los negros cabellos de Rodney ya casi eran grises.

Joan se levantó y miró su reloj.

La mañana transcurría relativamente rápida y por ahora aún no se había visto asaltada por aquella serie de pensamientos depresivos e incoherentes que tanto la habían atormentado en días anteriores.

Bien, todo aquello servía para probar que lo principal en todas las cosas era la disciplina. Tenía que canalizar sus recuerdos siguiendo un cierto orden y aceptar solamente aquellos que eran agradables y reconfortantes. Aquello precisamente era lo que había estado haciendo durante toda aquella mañana, todo había ido perfectamente. Dentro de hora y media ya sería la hora de la comida. Tal vez le iría bien salir a dar una vuelta procurando no apartarse demasiado del parador; el paseo le ayudaría a abrirle el apetito, cosa necesaria antes de sentarse a una mesa en la que se servían comidas tan fuertes. Sin pensarlo más subió a su habitación, se puso el sombrero de fieltro y salió.

El pequeño árabe estaba arrodillado sobre la arena con la cabeza vuelta hacia la Meca. Se prosternaba y se levantaba alternativamente, hablando en voz alta y con un acento extraordinariamente gutural.

El hindú, de puntillas, se colocó detrás de Joan y le dijo al oído:

—Está haciendo la plegaria de la mañana.

Joan asintió con un movimiento de cabeza. La aclaración no era necesaria. Veía perfectamente con sus propios ojos lo que estaba haciendo el chiquillo. Estaba diciendo: «Alá es grande y lleno de misericordia».

—Ya lo sé —le dijo Joan al hindú.

Y echó a andar lentamente hacia las alambradas que quedaban cerca de la estación.

Recordó perfectamente aquel día en que había visto a un grupo de árabes tratando de sacar del atasco a un viejo *Ford*: cada uno tiraba por su lado. Su yerno William le había explicado que, además de hacer tan meritorios esfuerzos, aunque estériles, estaban repitiendo continuamente: «¡Alá es grande!».

La ayuda de Alá les sería imprescindible, desde luego, había pensado Joan. ¡Iba a necesitar un milagro para soltar las ruedas del

auto, si aquellos hombres seguían tirando en sentido inverso al que debían hacerlo, contraponiendo sus fuerzas en lugar de unirlas!

Lo más divertido era el aire de confiada resignación con que decían continuamente: «¡Inshallah! (Si Dios lo quiere)». Y se contentaban con eso, sin tratar de encontrar algún método más eficaz de lograr sus propósitos.

Aquel tipo de mentalidad a Joan la ponía furiosa. Había que tomarse la molestia de reflexionar y pensar en el mañana. Aunque tal vez en un lugar como Tell Abu Hamid aquello fuera una inutilidad.

«Si uno permaneciera largo tiempo aquí —pensó Joan—, acabaría por perder la noción de los días. Veamos —empezó a pensar—, hoy estamos a jueves… Eso es, hoy es jueves. Estoy aquí desde el lunes por la noche…».

Entretenida en tales pensamientos llegó hasta las alambradas. Un poco más allá vio a un hombre, vestido con uniforme y armado con un fusil. Quizá estaba de vigilancia en la vía férrea o en la frontera.

Parecía que estuviera durmiendo, pero Joan prefirió no avanzar más, por miedo a que se despertara súbitamente y se echara sobre ella. Aquel tipo de accidente, pensó, no debía ser nada excesivamente raro en Tell Abu Hamid.

Dio media vuelta y encaminó de nuevo sus pasos hacia el parador. Aquél era un modo como otro de matar el tiempo y de evitar el riesgo de caer de nuevo en aquella horrible sensación de agorafobia, si es que aquélla era exactamente la palabra.

No cabía duda, pensó con satisfacción, que la mañana había transcurrido muy aprisa. Sólo había pensado en cosas agradables: en el matrimonio de Averil con Edward, un hombre de toda confianza y muy rico. Averil tenía un piso en Londres formidable. También recordó las bodas de Bárbara y de Tony, aunque a decir verdad la de este último no le entusiasmaba demasiado. En el fondo no sabían ni quién era aquella chica. Tony no les había dado todas las explicaciones que un hijo debe a sus padres, no. Habría sido mucho mejor que Tony se hubiera quedado en Crayminster y que se hubiera puesto a trabajar en el despacho, mejor dicho, en la Compañía Alderman, Scudamore y Witney. Entonces se habría casado con una bonita inglesa que le habría ayudado a introducirse

todavía más en sociedad. Habría seguido el camino que le habría trazado su padre y…

¡Pobre Rodney! Sus cabellos negros ya se habían vuelto grises, y no tenía ningún hijo dispuesto a reemplazarle…

Había que llegar a la conclusión de que Rodney se había mostrado débil con Tony. Tendría que haber usado más de su autoridad. Le había faltado firmeza. «Me gustaría saber en qué se habría convertido Rodney —se preguntó Joan—, si yo no hubiera hecho un acto de autoridad para obligarle a entrar en el despacho». Aquella alabanza dirigida a sí misma le alegró el corazón. Si no hubiera sido por ella hoy día posiblemente Rodney se vería lleno de deudas y tendría que hipotecar sus fincas como aquel desgraciado de Hoddesdon. Empezó a preguntarse si Rodney se habría llegado a dar cuenta alguna vez de la importancia del servicio que le había prestado.

Al preguntarse aquello se quedó mirando la línea movediza del horizonte. «Extraño efecto, parece un espejismo», pensó Joan.

Eso; un espejismo… Parecía como si grandes capas de agua brillaran en medio de la arena. Siempre había imaginado que en tales casos se veían ciudades, árboles, en fin algo más concreto.

Había que reconocer, sin embargo, que aquel espejismo de agua resultaba verdaderamente curioso: hacía pensar sobre lo que era en esencia la realidad.

«Un espejismo —pensó—, un espejismo…». Aquella palabra le parecía algo cargado de un terrible misterio.

Pero ¿en qué estaba pensando? ¡Ah sí! En Tony, en lo egoísta y poco considerado que había sido con ellos.

Siempre había sido difícil Tony: era dócil en apariencia, pero tenía una manera suave y curiosa de hacer siempre lo que le venía en gana. Y, a decir verdad, con ella nunca se había mostrado todo lo cariñoso que un hijo debe serlo con su madre. Prefería a su padre.

Le parecía estar viendo todavía a Tony, de siete años, entrando en plena noche en la habitación de Rodney diciendo serenamente:

«Papá, me parece que me he comido una seta venenosa. Me duele mucho el vientre y creo que voy a morirme, y por eso vengo aquí, quiero morir a tu lado».

Su dolor no procedía de una seta ni buena ni mala, sino de una

apendicitis aguda de la que habían tenido que operarlo antes de las veinticuatro horas. Pero a Joan le seguía extrañando aún ahora que el chiquillo se hubiera ido a refugiar con su padre y no con ella. ¡Habría sido mucho más natural que un niño, sintiéndose enfermo, hubiera ido a pedir ayuda a su madre!

Sí, Tony les había dado muchas preocupaciones. Era perezoso y poco inclinado al estudio. Y, aunque era un niño muy guapo, de esos que una madre se siente orgullosa de pasear, no parecía tener excesivas ganas de salir nunca con ella y tenía la irritante costumbre de desaparecer así que ella lo llamaba para salir.

«Barniz protector», llamaba Averil a los manejos de Tony. Joan recordaba perfectamente que un día Averil había dicho: «Tony es mucho más hábil que nosotras, sabe cubrirse siempre de un barniz protector».

El comentario de Averil no había sido más explícito, pero a ella no le había gustado demasiado oírlo.

Miró su reloj. No valía la pena de que siguiera andando. La prudencia le aconsejaba volver al parador. La mañana había transcurrido magníficamente, sin dificultades, sin pensamientos odiosos, ni sensación de agorafobia…

«¡Vaya! —le pareció que le decía una vocecita interior—, parece que esté hablando una enfermera. ¿Por quién te tomas, Joan Scudamore? ¿Por una enferma? ¿Por una alienada? ¿Por qué te sientes tan satisfecha de encontrarte tan bien y al mismo tiempo te encuentras tan cansada? ¿Consideras una hazaña haber pasado la mañana agradablemente y normal?».

Apresuró el paso para volver al parador y se alegró de ver que para postre tenía melocotón en almíbar.

Después de haber desayunado, Joan se fue a tender un poco en la cama. ¡Si conseguía dormir hasta la hora del té sería una suerte para ella! Pero no sentía sueño. Su cerebro funcionaba rápidamente. Se esforzó, sin embargo, en mantener los ojos cerrados, pero aun así estaba completamente desvelada con los nervios a flor de piel, como se espera una catástrofe y hay que mantenerse en guardia para estar a punto de defenderse contra un peligro que se mantiene al acecho.

«Es preciso que recobre la calma —pensó—. Es preciso».

Pero no lo conseguía, permanecía alterada, el corazón le

palpitaba con fuerza, se encontraba al borde de la ansiedad.

Aquel conjunto de síntomas le recordó un estado por el que ya había pasado otra vez. Trató de recordar cuál era y en qué circunstancias, y acabó encontrándolo. Había sido en la sala de espera de un dentista.

Era aquella misma aprensión, aquel mismo desasosiego, el deseo ferviente de conseguir tranquilizarse y evitar pensar y la convicción de que a cada minuto que transcurría se acercaba más y más el desenlace fatal…

Pero ¿qué desenlace?… ¿Qué era lo que ella temía?

¿Qué podía ocurrirle?

«Los lagartos —pensó— se han metido otra vez en sus escondrijos… Pero parece como si estuviera a punto de surgir la tempestad. En ese momento diríase que reina la calma que precede a las tempestades… Y sólo puedo esperar… y esperar».

¡Dios mío! Estaba pensando incoherencia tras incoherencia.

Miss Gilbey… La disciplina… Ejercicios espirituales.

¡Ejercicios espirituales! Sí, tenía que meditar, tal vez conseguiría tranquilizarse repitiendo Om… Pero ¿a quién pertenecía el Om? ¿A la teosofía o al budismo?

¡Oh no, no, había que mantenerse en la religión cristiana y meditar en nuestro Dios y en Su Amor y sobre todo, invocarlo, invocarlo! Empezó a murmurar: «Padre Nuestro que estás en los cielos…».

En aquel momento Joan vio a su difunto padre con toda claridad. Volvió a ver aquella barba negra de forma casi cuadrangular, al modo de los lobos de mar, los ojos de un azul de acero y mirada penetrante y recordó perfectamente cómo le gustaba que en la casa estuviera todo limpio y en orden. Un padre duro, pero bondadoso, tal era el Almirante en sus últimos tiempos.

Y Joan volvió a ver a su madre también, pequeña, vivaracha, descuidada, cariñosa y sencilla que se hacía perdonar de todos, incluso de aquellos a los que involuntariamente habría podido ofender.

A veces aparecía en las recepciones con unos guantes viejos, un traje arrugado y un sombrero colocado sobre un moño no demasiado bien hecho, pero siempre se mostraba tan contenta, satisfecha y completamente descuidada de su aspecto, lo que hacía

encender de ira al Almirante, que empezaba entonces a sermonear a sus hijas y nunca a su mujer.

«¿No sois capaces de vigilar un poco cómo va vuestra madre? —refunfuñaba—. ¿En qué estáis pensando para dejarla salir de esta forma? ¡Sois unas descuidadas!».

Las tres chicas contestaban dócilmente: «Tienes razón, papá». Y por lo bajo se decían unas a otras: «¡Es cierto, tiene razón, pero mamá es incorregible!».

Joan quería mucho a su madre, desde luego, pero su amor filial no la ofuscaba hasta el punto de no darse cuenta de que resultaba verdaderamente difícil vivir con una mujer como aquélla que carecía de la menor noción del sentido del orden y que era una inconsciente, inconsciencia que apenas lograba hacer olvidar su belleza, su optimismo y su buen corazón.

Joan apenas había podido creer en lo que veían sus ojos cuando una vez, arreglando los papeles que había dejado su madre al morir, había encontrado una carta que el Almirante le había escrito a su esposa con ocasión de sus veinte años de matrimonio:

> ¡Sufro amargamente de pasar este día lejos de ti, mi bienamada! Ojalá que esta carta consiga decirte lo que tu amor ha representado para mí en el transcurso de estos años de feliz unión, puedo asegurarte que te quiero todavía más ahora que antes. Tu amor ha sido la bendición suprema de mi vida, doy gracias a Dios por haberte puesto en mi camino…

Joan nunca se habría llegado a imaginar que su padre experimentara por su madre sentimientos tan apasionados…

Se quedó un momento reflexionando: «Pronto hará veinticinco años, en diciembre, que Rodney y yo nos casamos. Poco falta para nuestras bodas de plata. ¡Qué bonito sería que me escribiera una carta como ésa!».

Empezó a imaginar la carta:

> Querida Joan, siento la necesidad de expresarte todo mi reconocimiento por cuanto has hecho por mí. Nunca has podido imaginar, estoy seguro, que tu amor ha sido la bendición suprema…

«No —pensó Joan, interrumpiendo aquel ejercicio de pura imaginación—, aquello no podía ser… resultaba imposible imaginarse a Rodney redactando semejante carta… Y sin embargo, él la amaba… La amaba tiernamente…».

¿Por qué tenía que decirse aquello en tono de desafío? ¿Por qué notaba que se le encogía el corazón al pensar en Rodney? ¿En qué estaba pensando antes de dejar volar tanto su imaginación?

¡Ah sí!… Había empezado a pensar en cosas espirituales y había acabado distrayéndose en simples cuestiones prosaicas, y hasta había acabado pensando en sus padres, ¡muertos hacía tantos años! ¡Muertos, y la habían dejado sola, completamente sola en el desierto, en aquella horrible habitación tan parecida a la celda de una cárcel…!

Bueno, tenía que pensar en sí misma; no había otra solución…

Se levantó de un salto. Era inútil que permaneciera en la cama si no podía dormir.

Sentía verdadero odio por aquella habitación de paredes desnudas y ventanucos con rejas. Se ahogaba allí dentro. Se sentía pequeña, minúscula, reducida al estado de insecto; ella, que estaba deseando encontrarse en un vasto salón con mucho aire, adornado con elegantes cortinajes de terciopelo y con un hermoso fuego encendido en la chimenea. Lo que a ella le gustaba era vivir rodeada de gente, ir a visitar a sus amigas, o recibirlas en su casa.

¡Tenía que llegar en seguida el tren! ¡No podía esperar más! ¡O un auto! ¡O cualquier otro vehículo, daba igual! ¡Tenía que marcharse! ¡Marcharse! ¡Pronto!

—¡No puedo quedarme aquí! —dijo Joan en voz alta—. ¡No puedo quedarme aquí más tiempo!

«Hablar sola es un mal síntoma», se dijo.

Tomó un poco de té y decidió salir. Permanecer en la habitación era algo que estaba por encima de sus fuerzas.

Dar un paseo tal vez le impediría sumirse en aquellas descabelladas reflexiones. Reflexionar, aquello era lo malo. «Los seres que viven aquí ninguno lo hace —se dijo Joan—, ni el hindú ni aquel chiquillo árabe ni el invisible cocinero».

«A veces me siento y pienso, otras veces me siento y no pienso en nada».

¿Dónde había oído o leído aquella frase? ¡Qué admirable

manera de vivir! Ya que quería evitar el reflexionar, iba a contentarse con andar procurando no alejarse demasiado del parador, para el caso… eso, para el caso de que… Describiría un vasto círculo. Iría dando vueltas como un animal. Era humillante. Sí, muy humillante, pero totalmente necesario. Tenía que tener grandes cuidados consigo misma, grandes cuidados si no…

Si no, ¿qué ocurriría? Lo ignoraba. Pero estaba permitido ignorarlo todo. Evitaría pensar en Rodney. Y no tenía que pensar en su hija Averil ni en Tony y tampoco en Bárbara. Tenía que apartar de su mente el recuerdo de Blanca Haggard y también el de las flores rojas del rododendro. ¡Sobre todo tenía que evitar pensar en los capullos rojos del rododendro! Y tampoco debía recitar poesías.

Y no debía pensar tampoco en Joan Scudamore. «Joan Scudamore soy yo. No… Sí… ¡Sí!…».

«Si te vieras obligada a no pensar más que en ti misma, ¿qué descubrirías?».

«¡No lo quiero saber!», dijo Joan casi en un grito.

El ruido de sus propias palabras la sorprendió. ¿Qué pretendía ignorar?

«He entablado un combate —pensó Joan— y lo tengo perdido de antemano».

Pero ¿contra quién luchaba? Eso, ¿contra quién?

«No importa ni me interesa lo más mínimo».

Era mejor permanecer en la incertidumbre.

Resultaba sorprendente aquella impresión de sentirse lado a lado con un ser al que se sabía profundamente unida. Sólo tenía que volver la cabeza para saber quién era… la volvió: no había nadie, nadie, en ninguna parte…

Sin embargo, volvió a experimentar aquella extraña impresión de tener a alguien detrás siguiéndole los pasos… Tuvo miedo.

Ni Rodney, ni Averil, ni Tony, ni Bárbara, podían ayudarla ni sacarla de allí, ni ninguno de ellos se preocupaba de ella lo más mínimo. ¡Todos ignoraban el peligro en que se hallaba!

Decidió volver al parador para alejarse de aquel ser invisible que parecía estar persiguiéndola continuamente…

El hindú estaba sentado delante de la puerta. Vio acercarse a Joan andando trabajosamente y se la quedó mirando de tal modo que ella se aterrorizó.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Joan.

—*Memsahib* parece enferma. Tal vez tener fiebre.

¡Claro! ¡Era eso! ¡Naturalmente! ¡Tenía fiebre! ¡Qué tontería no haber pensado antes en ello!

Joan subió trabajosamente a su habitación. Tenía que tomarse la temperatura y buscar la quinina. Tenía que haberla metido dentro de la maleta, pero ¿dónde? Encontró el termómetro y se lo puso en la boca.

La fiebre, naturalmente, había sido la fiebre la que había engendrado todos aquellos males. Aquella incoherencia, aquellos estremecimientos imprecisos, sus aprensiones y la aceleración de los latidos de su corazón, todo procedía de la fiebre.

Se quitó el termómetro y lo miró con todo cuidado; 36º 8… Y sin embargo, se sentía totalmente agotada…

* * *

Estuvo toda la tarde pensando en una posible enfermedad, sentía una horrible inquietud. No había sufrido ninguna insolación y ni siquiera tenía fiebre. ¡Eran sus nervios los que fallaban!

«Es una crisis de nervios sólo», había oído decir a menudo Joan, e incluso ella misma había utilizado aquella frase muchas veces al referirse a otras personas. Pero entonces no entendía nada de todo aquello. Ahora, en cambio, sabía perfectamente lo que significaba. «Era una crisis de nervios sólo». Pero ¡qué infierno!

Habría necesitado un médico, un buen médico, una casa acogedora y una enfermera cariñosa y comprensiva que no se apartara nunca de la cabecera de su cama.

«Mrs. Scudamore no debe estar sola ni un minuto…».

Y muy al contrario, estaba encerrada entre los fríos muros de algo muy parecido a una cárcel, en medio del desierto, en compañía de un hindú bastante estúpido, de un chiquillo árabe imbécil y de un cocinero que en aquellos momentos debía estar preparándole una cena a base de arroz, salmón de lata, judías y huevos duros…

«Lo peor de lo peor, incluso en cuestión de comida —pensó Joan — para mi estado de salud…».

* * *

Después de la cena, se retiró de nuevo a su habitación y se quedó mirando el tubo de aspirinas. Le quedaban dos comprimidos. Febrilmente se tomó los dos. No le quedaría nada para el día siguiente pero debía tomar algo inmediatamente. «Nunca más —se dijo ella— me iré de viaje sin llevarme un buen somnífero conmigo».

Se desnudó y se tendió en la cama no sin cierta aprensión.

Afortunadamente consiguió dormirse casi inmediatamente.

Soñó que estaba en una inmensa cárcel, llena de intrincados corredores. Trataba de escaparse, pero no lo conseguía. Y sin embargo, ella estaba segura, completamente segura de que conocía la salida…

«Sólo tienes que hacer memoria —oyó que se decía a sí misma— y tratar de recordar».

Se despertó normalmente. Estaba mejor, pero un poco cansada.

«¡Trata de recordar!», continuaba repitiéndose maquinalmente.

Se levantó, se lavó, se arregló y bajó a desayunar; sentía algo de miedo por lo del día anterior, pero aquella mañana se encontraba perfectamente.

Se sentó en un sillón y permaneció inmóvil.

«Ahora empezará todo otra vez —pensó— y no puedo hacer nada».

Decidió salir. Lo haría un poco más tarde.

No trataría de pensar sobre nada determinado ni intentaría tampoco evitar sus pensamientos. Ambos esfuerzos resultarían demasiado fatigosos. Dejaría que sus pensamientos vagaran libremente a su antojo…

Le pareció estar viendo de nuevo el despacho de la Compañía Alderman, Scudamore y Witney… y los títulos de los expedientes.

Vio claramente la cara de Peter Sherston por encima de la mesa de su despacho, un rostro lleno de vivacidad e inteligencia. Se parecía extraordinariamente a su madre. Bueno, no del todo: los ojos eran de Charles Sherston, miraban de la misma manera, un poco de soslayo.

«Yo no le tendría tanta confianza —pensaba Joan siempre que lo veía—, si estuviera en el lugar de Rodney».

¡Qué extraño, que instintivamente hubiera sentido aquella desconfianza hacia el muchacho!

Tras la muerte de Leslie, Sherston se había hundido totalmente. Muy pronto sus continuas borracheras lo habían llevado a la tumba. De los niños se habían hecho cargo tíos y tías. La pequeña había muerto a los seis meses. El mayor, John, que había entrado a trabajar en «Aguas y Bosques», actualmente estaba en Birmania. Decían que John era emprendedor como su madre y que posiblemente conseguiría labrarse una buena posición en poco tiempo.

El pequeño, Peter, había ido a ver un día a Rodney y le había pedido un empleo en la Compañía.

«Mi madre me decía siempre, señor, que usted me ayudaría en todo lo que pudiera», le había dicho de un tirón.

Era un muchacho simpático, sonriente, amable y muy trabajador. A Joan siempre le había parecido el mejor de los dos hermanos.

Para Rodney había sido un placer poderlo emplear. Le gustaba tener a aquel muchacho a su lado, ahora que Tony había preferido marcharse tan lejos.

Con el tiempo tal vez Rodney habría acabado por considerar a Peter como a su propio hijo. A menudo lo invitaba a su casa. Peter gustaba a todo el mundo, era amable, simpático, sin llegar a ser empalagoso como su padre.

Cierto día Rodney había vuelto a casa con aire muy preocupado y abatido. Cuando ella le había preguntado qué le ocurría, él, con mucha brusquedad, le había contestado que nada, absolutamente nada, pero una semana más tarde le dijo que Peter se iba del despacho porque se había empleado en una oficina de aviación.

«¡O Rodney! ¡Con lo bueno que has sido con él! ¡Y yo también me he comportado lo mejor que he podido con ese chico!».

«Sí. Le habíamos tomado mucho afecto, es cierto».

«¿Qué ha ocurrido? ¿No hacía bien su trabajo?».

«Nada de eso, es un buen matemático y trabajaba duro».

«También su padre, ¿no?».

«Sí. Pero a todos estos chicos les entusiasma la mecánica y los nuevos descubrimientos de la aviación».

Joan ya no lo escuchaba. Estaba sumida en sus propias reflexiones.

«Rodney, ¿no ha ocurrido nada más? ¿Nada grave quiero

decir?».

«¿Grave? ¿Qué quieres insinuar con eso?».

«Bueno, si se pareciera a su padre… Tiene la misma cara que su madre, pero mira de soslayo como su padre. Rodney, ¿ha hecho algo malo? Dímelo».

Rodney, tras un breve titubeo, había contestado midiendo mucho las palabras:

«Hemos comprobado un ligero error…».

«¿En las cuentas? ¿Se ha quedado con algo de dinero acaso?».

«Prefiero no hablar de esto, Joan. La cosa verdaderamente tenía muy poca importancia».

«¡Vaya, salió ladrón como su padre! La herencia es algo sorprendente, desde luego».

«Muy sorprendente, sí».

«¿Lamentas que no haya heredado de parte de la madre, Rodney? Pensándolo bien, no creo que Leslie fuera una mujer extraordinaria tampoco».

Rodney había contestado secamente entonces: «A mi modo de ver, era una mujer verdaderamente notable. Se dedicó a un trabajo y obtuvo pleno éxito».

«¡Pobre mujer!».

Rodney había contestado con cierta ironía:

«Me molesta que la compadezcas continuamente».

«Rodney, ¡parece mentira que digas eso! La pobre tuvo una vida de lo más triste».

«No soy de tu misma opinión».

«Y su muerte…».

«Joan, por favor, deja ya de hablar de eso».

Y tras decir aquello, había dado media vuelta y se había marchado.

Joan sabía perfectamente que todo el mundo le teme al cáncer… La gente incluso evita pronunciar esa palabra. Mientras se puede, se emplean perífrasis. Se habla de una enfermedad peligrosa, de una operación grave, de un mal incurable… Hasta Rodney evitaba llamar a aquella dolencia por su nombre. Es una enfermedad de la que uno no sabe jamás… Hay mucha mortalidad. Y esa enfermedad siempre parece atacar a la gente más sana, a personas que nunca han estado enfermas.

Joan recordó el día en que se había enterado de aquello; había sido en el mercado, se lo había dicho Mrs. Lambert.

«Joan, ¿sabes lo de la pobre Mrs. Sherston?».

«No. ¿Qué?».

«¡Ha muerto! —había exclamado Mrs. Lambert con emoción. Después, bajando la voz, había añadido—: De un mal incurable… de esos que ya no vale la pena ni operar… Me han dicho que sufrió mucho antes de morir. Pero era tan enérgica que aun así trabajó hasta quince días antes de su muerte. No dejó de trabajar hasta que sólo logró sostenerse ya a base de morfina. Mi sobrina la vio hace seis semanas. Ya no tenía remedio, se quedó con la piel y los huesos, pero fue siempre la misma, hasta el final conservó su buen humor. Me da la impresión de que cuando se padece esta enfermedad nadie se da cuenta de que es un caso perdido… ¡Pobre mujer, vaya vida! En realidad, con todo lo que pasó se puede decir que la muerte aún debió ser un descanso para ella…».

Joan había vuelto apresuradamente a casa para decírselo a Rodney. Éste le había contestado muy sereno:

«Sí, ya lo sé. Como ejecutor testamentario me pusieron al corriente inmediatamente».

Leslie Sherston no poseía gran cosa y lo poco que tenía no era difícil de repartir entre sus hijos. Pero una cláusula de su testamento había excitado la curiosidad en Crayminster: el deseo de ser enterrada en esa ciudad. «Porque —decía textualmente la cláusula testamentaria— en ella fui feliz».

Por eso los despojos de Leslie Adeline Sherston habían sido traídos a Crayminster y descansaban en el cementerio de la iglesia de Santa María.

A algunos les había extrañado tal deseo, pues había sido en Crayminster donde Sherston se había visto acusado de desfalco en el banco. Otros, en cambio, decían que lo comprendían perfectamente. La infortunada Leslie había pasado unos años felices en aquella ciudad, antes del escándalo y debía de considerar aquel lugar como algo parecido al paraíso perdido…

Pobre Leslie… El drama seguía encarnizándose sobre aquella familia, desde luego, porque Peter, poco después de haber obtenido su título de piloto, se había estrellado en su aparato y había hallado la muerte en aquel accidente.

Aquella noticia había sumido a Rodney en un estado de excitación verdaderamente extraño. Por un raro escrúpulo parecía que se reprochara a sí mismo la muerte de Peter.

«Pero, Rodney, no sé por qué se te ha metido esta idea en la cabeza. ¿Qué tienes que ver tú con eso?».

«Leslie me había confiado a su hijo. Le había dicho que yo le ayudaría en todo…».

«Bueno, y eso fue lo que hiciste. Ya lo empleaste en el despacho».

«Sí, es verdad…».

«Y robó, y no dijiste nada a la policía… Fuiste tú mismo quien devolviste el dinero; ¿no?».

«Sí, sí, pero no se trata de eso ahora. Lo que me atormenta es pensar que había sido la misma Leslie quien me lo había confiado, tal vez porque lo sabía débil y con las malas inclinaciones de su padre. John estaba en buen camino, era Peter el que la inquietaba. Sabía su defecto y me lo confiaba a mí para que velara por él. Este chico tenía extrañas cualidades, le gustaba lo ajeno, como a Sherston, pero tenía el valor de Leslie. Armadale me escribió hace poco diciendo que nunca había tenido mejor piloto: "El muchacho era muy intrépido, pero al mismo tiempo sabía hacer uso a tiempo de una prudencia excepcional". Se había presentado como voluntario para probar un nuevo tipo de avión. La tentativa era peligrosa y en ella había hallado la muerte».

«¡Sí, pero tuvo una muerte verdaderamente honorable y gloriosa!».

Rodney se había reído despreciativamente.

«Sí, claro, Joan. Pero eso que acabas de decir, ¿lo dirías con igual satisfacción si se tratara de tu propio hijo? ¿Te sentirías satisfecha de que Tony hubiera muerto de ese modo?».

Joan había abierto extraordinariamente los ojos.

«¡Pero Peter no es nuestro hijo, Rodney! ¡No se pueden hacer comparaciones de ese tipo!».

«Estoy pensando en Leslie y en lo que habría sufrido».

En la penumbra del parador Joan notó que se estremecía ligeramente sentada en aquel sillón. ¿Por qué todo lo referente a los Sherston la obsesionaba de tal modo desde que estaba en el desierto? Tenía otros amigos, amigos con los que había trabado

mejor amistad que con los Sherston.

En realidad, nunca había sido muy amiga de Leslie, cosa que no había impedido que la compadeciera profundamente. ¡Pobre Leslie, descansaba ya bajo una losa de mármol…!

Joan se estremeció otra vez. «Tengo frío —se dijo—. Tengo frío y alguien está andando sobre mi tumba».

Pero era en la tumba de Leslie en la que estaba pensando hacía un momento…

«Hace frío aquí —pensó de nuevo Joan—. Hace frío y está todo oscuro. Quiero ver el sol. No quiero permanecer más aquí».

Sobre los capullos de mayo soplan los duros vendavales.

¡Salir! ¡Tenía que salir a ver el sol! Alejarse de aquellas obsesiones… Había permanecido demasiado tiempo en aquella habitación de paredes desnudas que tanto se parecía a una tumba.

La tumba de Leslie… Rodney en el cementerio…

Leslie… Rodney…

Tenía que salir…

¡Ver el sol!

Aquella habitación era demasiado fúnebre.

Tenía frío. Estaba sola.

9

Joan se levantó de un salto y salió en busca del sol precipitadamente. Una vez estuvo fuera empezó a andar evitando mirar aquel montón de basura y el gallinero.

Necesitaba sentir el calor del sol…

¡El calor! ¡Huir de aquella sensación de frío!

Había huido…

¿Pero de qué había huido?

Oyó que *Miss* Gilbey le decía con voz doctoral: «Disciplina tus pensamientos, Joan. Exprésate de un modo más preciso. Explica exactamente de qué huías tan precipitadamente».

Pero no lo sabía. No tenía ni la menor idea.

¿De qué huía? De un vago temor, de un terror que parecía perseguirla continuamente…

Huía del miedo a una verdad que siempre había existido, tal vez en la sombra, y que ella había tratado de apartar huyendo, eludiéndola, procurando dar un rodeo para no tener que enfrentarse con ella.

«Desde luego, Joan Scudamore, te comportas de una manera muy extraña», se dijo. Pero el pensar en aquello no le proporcionó ningún consuelo. Debía sufrir una verdadera crisis. Su turbación no podía proceder de la agorafobia… ¿Era aquélla exactamente la palabra, o se equivocaba? Aquella incertidumbre la molestaba extraordinariamente… Había sentido la necesidad de huir de aquellos fríos muros donde se sentía aprisionada, había querido salir para volver a encontrar el sol y el aire libre. Se encontraba mejor desde que estaba fuera.

Apresuró el paso. Tenía que alejarse a toda costa de aquel horrible parador, de aquella tumba, de aquel lugar lúgubre en el que se ahogaba.

Era un lugar para pensar en fantasmas…

¡Qué idiotez! Aquel edificio había sido construido recientemente, no haría más de dos años.

Y en un edificio nuevo no pueden habitar los fantasmas, eso era cosa sabida. Si en aquel parador había fantasmas sería porque ella, Joan Scudamore, los había creado.

Aquel pensamiento precisamente era el que le resultaba más odioso. Aceleró el paso.

«Aquí donde estoy es un lugar completamente solitario, estoy completamente sola. Estoy segura de que no me encontraré a nadie».

Le ocurría lo mismo que… ¿A quiénes? ¿Habían sido Stanley y Livingstone quienes se habían encontrado por azar en medio de la selva africana?

Doctor Livingstone, ¿no?

Aquí no corría un riesgo semejante. ¡No cabía duda de que el único ser que con quien se podía encontrar en aquel lugar era con Joan Scudamore!

¡Qué idea tan complicada aquella de encontrarse con Joan Scudamore!

«¡Encantada de haberla conocido, Mrs. Scudamore!».

Resultaba hasta interesante…

Trabar conocimiento consigo misma…

Verse presentada a sí misma…

Y por ella misma…

«¡Dios mío, qué horror!».

De repente se aterrorizó.

Empezó a andar cada vez más rápido y acabó casi corriendo y dando tropezones. Y sus pensamientos eran tan incoherentes como inseguros sus pasos.

… Tengo miedo…

… ¡Dios mío, tengo miedo!

… ¡No tengo a nadie que me haga compañía!

¡Blanca! ¡Cómo me gustaría poder tener aquí a Blanca conmigo!…

Sí, Blanca era exactamente la persona que le hacía falta.

¡Nadie más, ni parientes ni amigos, sólo hubiera querido tener a su lado a Blanca!

Blanca, con su sencillez y su bondadoso corazón… Sólo Blanca

era comprensiva. Y no se extrañaba ni se escandalizaba de nada.

Y además, Blanca la apreciaba, Blanca le había dicho que ella había sabido vivir. Blanca la quería de verdad.

En cambio, otras personas…

¡Aquél! Aquél era el pensamiento que se había mantenido agazapado siempre a su lado. ¡Aquello era lo que la verdadera Joan Scudamore sabía… y había sabido siempre!

Los lagartos salían de sus escondrijos…

La verdad desnuda aparecía ante ella…

Retazos de aquella verdad estaban ante ella diciendo: «Henos aquí. Tú nos conoces. No pretendas lo contrario».

Y así era. ¡Los conocía, y era espantoso!

Los conocía perfectamente.

Aquellos retazos de verdad se agitaban continuamente ante sus ojos. Estaban ante ella, tenía que unirlos y coordinarlos.

Toda la historia de su vida, la historia verdadera de Joan Scudamore, estaba allí, esperando que ella se decidiera a reconstruirla.

Nunca había experimentado la necesidad de pensar en ella hasta ahora. Le había resultado fácil ocupar su tiempo en trabajos prácticos que le habían impedido pensar demasiado a fondo.

¿Qué le había dicho Blanca?

«Si no se tuviera otra cosa que hacer que pensar en sí misma, me pregunto qué es lo que una descubriría dentro de sí…».

Qué respuesta tan orgullosa, ingenua y estúpida había sido la suya; la recordaba perfectamente. Había dicho: «¿Tú crees que se descubriría algo que todavía no conociera uno?».

Una frase de Tony asaltó su mente en aquel momento:

«A veces, mamá, me parece que no eres capaz de comprender a nadie».

¡Y era cierto!

No había llegado a conocer bien a sus hijos ni a Rodney. Los había querido, desde luego, pero desconociéndolos.

Tendría que haberse esforzado en tratar de comprenderles.

Cuando se quiere a alguien hay que tratar de verlo tal y como es.

Normalmente no se hace, desde luego, resulta mucho más cómodo y fácil no pasar de la superficie de las cosas y no

preocuparse demasiado por si aquello es realmente la verdad.

Averil, por ejemplo… La pena de Averil…

Joan no había querido reconocer que Averil había sufrido…

Averil siempre la había despreciado…

Averil desde su más tierna infancia la había comprendido perfectamente. Averil, a quien la vida había maltratado y herido y que tal vez, incluso ahora, seguía siendo una mujer frustrada…

¡Una mujer frustrada pero valiente!

Eso era lo que le había faltado a Joan Scudamore precisamente: el valor.

«El valor no lo es todo», había dicho ella en cierta ocasión.

A lo que Rodney había replicado: «¿No?».

Rodney tenía razón…

Tony, Averil y Rodney eran sus acusadores…

¿Y Bárbara?

¿Qué dificultades había tenido? ¿Por qué se había mostrado tan reticente el médico? ¿Qué era lo que habían querido ocultarle a toda costa? ¿Qué le había ocurrido a su pequeña, a aquella criatura tan apasionada y tan revoltosa para que hubiera decidido casarse con el primer recién llegado, como si lo único que verdaderamente deseara fuera huir de la casa paterna?

Porque en realidad esto era lo que había hecho Bárbara. Había sido desgraciada en casa de sus padres. Y si Bárbara había sido desgraciada había sido porque ella, Joan, no se había dado el menor trabajo en procurar hacerle la vida agradable.

No había sabido quererla y no había tratado tampoco de comprenderla. Con negligente y culpable egoísmo ella había decretado lo que le convenía a Bárbara sin tener para nada en cuenta los deseos o los gustos de la interesada. En lugar de acoger a las amigas de su hija, había procurado apartarlas. ¿Qué de extraño podía tener, pues, que la idea de marcharse a Bagdad hubiera seducido a Bárbara? Era un medio de evasión… Se había casado con Bill Wray por una cabezonada, y según el parecer de Rodney sin estar enamorada del chico. ¿Y qué había ocurrido después? ¿Había tenido unos amores desgraciados? Con el mayor Reíd probablemente. Cosa que explicaba el apuro en que los había puesto ella al nombrar al mayor.

«Era el tipo de hombre más adecuado —se dijo Joan— para

seducir a una muchacha como Bárbara, recién casada y sin querer demasiado a su marido».

Y después, al final de aquellos amoríos, presa de una de aquellas crisis de negra desesperación que había sufrido desde la niñez, sumida en uno de aquellos violentos ataques que le hacían perder por completo el sentido de la medida y de la razón, había intentado —¡sí, eso debía ser!— había intentado poner fin a su vida envenenándose. Y luego había estado gravemente enferma, al borde de la muerte.

¿Se habría enterado Rodney de aquel amor extraconyugal? Joan se lo estaba preguntado. Si lo hubiera sabido, posiblemente le habría impedido ir a Bagdad.

No, Rodney lo debía de ignorar. Se lo habría dicho. No, no se lo habría dicho. Pero habría hecho lo imposible para retenerla en Crayminster, estaba segura. Y sin embargo, nada ni nadie habría podido detenerla. ¡Contra todo y contra todos ellos habría partido en ayuda de su desgraciada hija!

Evidentemente, aquél era un impulso de lo más noble.

Pero tal vez era sólo un aspecto fragmentario de la verdad.

¿Acaso no se había sentido atraída también por los encantos de aquel largo viaje? ¿Por la novedad? ¿Por la aventura? ¿Por el deseo de ver mundo? ¿No se había sentido impulsada también por el hecho de representar el papel de una madre abnegada y cariñosa en extremo? ¿No había pensado acaso en la buena acogida que le iban a dispensar una hija enferma y un yerno torturado por la inquietud? Le había parecido estar oyéndoles decir por adelantado ya: «¡Mamá, qué buena has sido viniendo tan pronto!».

En realidad, no se habían alegrado demasiado de su visita, más bien se habían quedado consternados al verla. Le habían hablado al médico, seguro, y habían hecho todo lo posible para impedir que ella se enterase de la verdad. Habían procurado que no adivinara nada de lo ocurrido porque no le tenían bastante confianza… Bárbara no confiaba en ella. Mantener a su madre apartada de todo aquel asunto debía haber sido para ella una verdadera obsesión.

¡Qué contentos se habían quedado cuando les había dicho que tenía que emprender el camino de regreso! Habían ocultado su alegría haciendo mil protestas basadas todas en simples fórmulas de buena educación e incluso le habían propuesto que se quedara más

días, pero tan pronto como ella había parecido acceder a ese ruego, ¡con qué insistencia William había hecho todo lo posible para disuadirla!

En resumen, lo único bueno de aquel largo viaje que había emprendido tan precipitadamente había sido el haber conseguido unir más estrechamente al matrimonio formado por William y Bárbara, en un esfuerzo común para desembarazarse de ella y guardar su secreto. Era curioso comprobar de qué manera tan rara les había resultado provechosa a sus hijos su estancia en Bagdad. Varias veces, recordó Joan, que Bárbara, todavía débil, había lanzado una mirada implorante a su marido, y éste, comprendiendo aquella muda súplica, se había lanzado a verdaderas peroratas sobre cualquier fútil motivo para evitar que Joan empezara a hacer preguntas indiscretas. Tras aquellas disertaciones, ¡qué mirada de gratitud le había lanzado a Willie!

Joan se complació en recordarlos a los dos en el andén de la estación en el momento de su marcha. Le parecía estar viendo a Willie sosteniendo a Bárbara, que se apoyaba fuertemente en él.

«Valor, querida —debía estarle diciendo por lo bajo—. Pronto habrá terminado todo: ¡Ya se va!».

Y, después de la salida del tren, se debían haber ido a su casa a jugar con Mopsy, aquel adorable bebé del que tan orgullosos estaban ambos y que era el vivo retrato de William. Y Bárbara debía haber dicho: «¡Bendito sea Dios! ¡Ya se marchó! ¡Ya estamos otra vez tranquilos!».

¡Pobre William! Joan sentía lástima por aquel hombre que amaba a su esposa y que tanto debía de haber sufrido por su culpa.

Y sin embargo, había conseguido seguirla amando tiernamente…

«No te preocupes por ella —le había dicho Blanca—. Ya se le pasará. El niño lo arreglará todo».

¡Qué buena era Blanca! Querer consolarla a ella de algo que ni siquiera le había inquietado. Y ella, en cambio, lo único que había sentido por su amiga había sido una altanera y desdeñosa piedad.

«Te doy gracias, Señor, de no ser como esta mujer».

Sí, su piedad por Blanca había hecho brotar una plegaria de sus labios.

¡Y, en cambio, en aquellos momentos habría dado cuanto tenía

para poder tener a Blanca a su lado!

Blanca… tan bondadosa y tan caritativa… Tan auténtica… Blanca, que jamás se atrevía a condenar a nadie… En el parador de la Compañía de Ferrocarriles, Joan había orado como el fariseo, haciendo alarde de una ilusoria superioridad.

¿Podría llegar a orar ahora, en la extrema humillación por la que estaba pasando, desprovista de los velos de la ilusión con los que se había arropado durante toda su vida…?

Tropezó y cayó de rodillas.

«… ¡Señor! —gimió—. ¡Ayúdame!…».

«… Me estoy volviendo loca, Señor…».

«… ¡No permitas que acabe así, Señor!».

«… ¡Impídeme ir más lejos en mis recuerdos!…».

«… No permitas que continúe pensando…».

El silencio fue la única contestación a su plegaria… El silencio, el sol… y los latidos de su corazón…

«Dios —pensó Joan— me ha dejado de Su mano…».

«Dios no vendrá a socorrerme…».

«Estoy sola, completamente sola…».

«En medio de este aterrorizador silencio, en medio de esta inmensa soledad…».

La estúpida Joan Scudamore… La altanera y vacía Joan Scudamore… Estaba sola en el desierto.

«Cristo también estuvo solo en el desierto».

«Durante cuarenta días y cuarenta noches…».

«¡No, no, nadie es capaz de soportar tal suplicio!».

Aquel silencio, aquel sol, aquella soledad…

De nuevo el miedo hizo presa en ella, el miedo a aquellos inmensos espacios desiertos en los que uno está solo, solo con Dios…

Penosamente consiguió ponerse en pie.

Tenía que volver al parador; tenía que ir de nuevo allí… Para poder volver a ver al hindú, al pequeño árabe e incluso para poder fijar su mirada en aquel montón de basura…

Tenía que volver a encontrar la especie humana…

Echó una mirada horrorizada a su alrededor.

¡Ni rastro del parador ni de aquel pequeño montículo que era la estación! ¡Ni siquiera veía las montañas del horizonte!

Se debía haber alejado más que los otros días. ¡Había ido tan lejos que había perdido sus habituales puntos de referencia!

Y para colmo no sabía ni siquiera en qué dirección se encontraba el parador… ¡Pero aquellas montañas, aquella cordillera no había podido desaparecer! Y sin embargo, el horizonte se confundía con las nubes. «¿Estarán allí las montañas?», se dijo. ¿Bajo aquellas nubes? ¿O tal vez las nubes eran las montañas? Imposible saberlo.

¡Estaba perdida, completamente perdida!

Tenía que dirigirse hacia el Norte… Sí, eso es, hacia el Norte…

Podía guiarse por el sol…

Pero el sol estaba exactamente encima de su cabeza. No había ninguna esperanza de poderse orientar por él…

Echó a correr.

Primero hacia un lado y después hacia otro, presa del pánico. Corría a derecha e izquierda, desesperada.

De repente, histéricamente, empezó a llorar, a gritar y a pedir socorro…

«¡Socorro! ¡Socorro!».

«Nadie puede oírme, estoy demasiado lejos…».

El desierto apagaba sus gritos, que quedaban reducidos a un simple y lastimero balido indefenso como el de un cordero…

«Y va en busca de la oveja…».

«Dios es el Buen Pastor…».

«Rodney, las verdes praderas, el valle del Día del Juicio que iba desembocar en la Calle Mayor…».

«¡Rodney! —gritó—. ¡Sálvame, Rodney!».

Pero Rodney se alejaba por el andén de la estación, irguiendo satisfecho la cabeza sobre sus hombros, contento de saberse libre durante algunas semanas, dándose cuenta de que volvía a ser joven…

No podía oírla.

«¿Y Averil?… ¿Averil acudiría en su ayuda?».

«¡Soy tu madre, Averil. Siempre me he sacrificado por ti!».

No, Averil saldría despacio de su casa y tal vez diría:

«No puedo hacer nada, lo siento…».

«¿Y Tony?… ¿Tony acudiría a salvarla?».

No, no acudiría: estaba en África del Sur.

Estaba lejos, terriblemente lejos…

¿Y Bárbara? Bárbara estaba demasiado enferma… Bárbara se había envenenado…

«Leslie —pensó Joan—, Leslie estoy segura de que acudirá en mi ayuda, pero Leslie ha muerto. Sufrió mucho y murió…».

Ninguna esperanza. Nadie acudiría a salvarla. Nadie…

Echó a correr desesperadamente, sin saber adónde, pero sin poder detenerse en aquella loca carrera…

Dijo: «Voy a morir…».

«¡Señor! ¡Señor!».

«Dios la encontraría en el desierto…».

«Dios le indicaría el camino del valle verde… Y la conduciría como la oveja de la Sagrada Escritura…».

«Como la oveja extraviada…».

«Como la pecadora arrepentida…».

«Al valle de la sombra…».

Pero allí no había sombra. Sólo hacía sol.

«¡Guíame, sol!…».

«¡El valle verde, el valle verde! Tenía que encontrar por sí sola el valle verde… Aquel valle que iba a dar a la Calle Mayor, en pleno centro de Crayminster. ¡No! Iba a dar al desierto…».

¡Al desierto! Cuarenta días y cuarenta noches…

Estaba allí desde hacía tres días sólo; Dios debía estar allí aún.

«¡Dios mío, ayúdame! ¡Socorro!».

«Dios…».

… ¿Pero qué era lo que estaba viendo? Allí, a la derecha, aquel punto minúsculo en el horizonte, ¿qué era?

¡El parador! ¡No estaba perdida! ¡Se había salvado!

Salvado…

Le flaquearon las rodillas y cayó al suelo pesadamente.

10

Poco a poco Joan volvió a recuperar el sentido.

Se encontraba mal, verdaderamente enferma.

… Se sentía débil como un niño.

¡Pero estaba salvada! Veía el parador.

Después, cuando consiguiera recuperar un poco las fuerzas, se levantaría y emprendería el camino de vuelta.

Ahora tenía que mantenerse lo más tranquila posible y tratar de poner orden en sus ideas, procurando ver los hechos tal como eran, sin hacerse confusiones. Dios no la había abandonado…

Ya no sentía aquella atroz sensación de soledad…

«… Tengo que reflexionar —se dijo—. Reflexionar. Hay que considerar la verdad como es, cara a cara. Es por eso por lo que estoy aquí, para ver claro en mí misma».

Había tenido ocasión de saber una vez para siempre qué tipo de mujer era Joan Scudamore.

Por eso había ido a parar al desierto. Aquella luz cegadora iba a revelarle crudamente quién era, le mostraría todas las verdades que ella no había querido tener en cuenta aunque las supiera perfectamente.

Todo había empezado ayer. Tendría que volver a aquel punto de partida. ¿No era de allí de donde procedía la primera sensación de pánico que había tenido? Estaba recitando versos: así había empezado todo, sí:

He vivido lejos de ti esta primavera.

Aquel verso le había hecho pensar en Rodney y se había dicho: «Pero si estamos en noviembre…».

Rodney aquel día había dicho: «Pero estamos en octubre».

Había pronunciado aquellas palabras la noche del mismo día en que se había sentado en la cumbre de Asheldown en compañía de Leslie Sherston. Joan los había visto sentados a los dos, sin decir nada, a cuatro pasos uno de otro. Y le había parecido que aquélla no era una actitud demasiado amistosa; pero ahora sabía —y tendría que haberlo adivinado mucho antes— por qué estaban sentados uno al lado de otro, separados por aquella distancia.

Era porque no se atrevían a acercarse más…

Rodney y Leslie Sherston…

No había que sospechar de Myrna Randolph; Myrna Randolph nunca había sido peligrosa. Joan había procurado pensar en Myrna porque sabía que todo aquello no tenía ningún fundamento. Había hecho de Myrna una cortina de humo para ocultar la verdad: la realidad.

¡Sé sincera, Joan! Preferías adjudicarle aquel papel a Myrna Randolph porque Myrna era hermosa. Myrna era una sirena que tenía fama de embaucar a todos los hombres, a todos los hombres desprovistos de una resistencia sobrehumana.

¡En cambio, Leslie Sherston… no era guapa, ni joven, ni siquiera vestía bien, y sonreía con la boca torcida!… Admitir que Rodney pudiera quererla con tal pasión, que no se atreviera ni siquiera a acercarse a ella, eso era lo que no había querido admitir en su fuero interno de ninguna manera.

Aquel amor verdadero, aquel deseo doloroso, insatisfecho, aquella violenta pasión, ella no la había conocido jamás…

Y aquel amor era lo que existía entre ambos, lo había descubierto aquella tarde en la cima de Asheldown. Y porque se había dado cuenta había cogido por un atajo y había vuelto a casa de mal humor, rehusando admitir en su fuero interno algo que sabía perfectamente.

Rodney y Leslie estaban sentados a cuatro pasos de distancia uno de otro, sin decir ni una palabra, sin mirarse siquiera, porque no se atrevían…

Leslie había querido tanto a Rodney que había deseado ser enterrada en la ciudad donde éste vivía…

Y Rodney se había quedado mirando la losa de la tumba y había dicho: «Leslie Sherston bajo una fría losa de mármol. ¡Qué estupidez tan monstruosa!». Y había caído la flor del rododendro… como una

mancha roja…

«El corazón sangra» —había dicho Rodney—. «El corazón sangra».

Y después había añadido con voz muy extraña: «Estoy extenuado», y un poco después había susurrado: «Todo el mundo no puede tener tanto valor…».

Y era en Leslie en quien pensaba al decir aquello, en Leslie y en su valor.

«¡El valor no lo es todo!».

«¿No?».

Y luego había tenido lugar la depresión nerviosa de Rodney… Y había sido la muerte de Leslie lo que se la había provocado.

Aquel tiempo que había pasado en Cornualles y durante el cual había permanecido en completo reposo, tendido al sol mirando las gaviotas, apartado del mundo y sonriendo resignadamente a todo…

Y Tony había dicho con voz infantil llena de desprecio: «¿No puedes comprender a papá?».

En efecto, nunca lo había comprendido, porque resueltamente había decidido ignorarle.

Recordó a Leslie mirando a través de la ventana y explicando por qué estaba tan contenta de esperar un hijo…

Y a Rodney diciendo, vuelto hacia la ventana también: «Leslie no hace nada a medias».

¿Qué estarían mirando los dos, aquel día, tan inmóviles? ¿Estaría Leslie contemplando las anémonas y los manzanos de su huerto? ¿Y Rodney el campo de tenis y los estanques con peces de colores? ¿O simplemente estaban mirando los dos el paisaje suavemente triste y las manchas sombrías de los árboles en el horizonte que tan bien se veían desde Asheldown?

¡Pobre Rodney! Pobre Rodney, cansado y extenuado hasta el máximo…

Rodney diciendo con su sonrisa de hombre bueno: «¡Pobre Joan!». Siempre bondadoso, lleno de afecto, y siempre fiel…

Pero ella también había sido una buena esposa, ¿no?

Había puesto siempre en primer plano el interés de su marido…

¡Cuidado! ¿Era así?

Volvió a ver la mirada implorante de Rodney. Volvió a ver aquella mirada triste. Su mirada siempre había estado impregnada

de tristeza.

Le pareció estar oyéndole decir: «¿Cómo habría podido llegar a saber que detestaría hasta este punto la vida del despacho?». Y luego le había mirado gravemente y había dicho: «¿Cómo sabes que seré dichoso?».

Veía a Rodney de mil maneras: Suplicándole que le dejara llevar la existencia que deseaba, rogándole que le permitiera dedicarse a la agricultura…

Mirando por la ventana de su despacho la feria de ganado de la Plaza del Mercado…

Hablando con Leslie sobre cría de animales…

Diciéndole a Averil: «El hombre que no ejerce la carrera que es de su gusto, vive sólo a medias…».

Y la que la había obligado a actuar siempre contra su voluntad había sido ella: ¡Joan!

Ansiosamente, febrilmente, trató de defenderse contra sus propios juicios, contra sus terribles descubrimientos personales.

Siempre había tratado de hacer lo que le había parecido más conveniente. ¡Había que ser prácticos! Había que pensar en la educación y en la instrucción de los niños. No se había basado en motivos egoístas para obligar a Rodney a emprender aquel camino.

… Pero aquel clamor de autodefensa se desvaneció prontamente.

En realidad, uno de los motivos que más la habían impulsado a disuadir a Rodney, ¿no había sido acaso el pensar en lo aburrido que resultaría vivir en el campo? Había querido dar a sus hijos las mejores condiciones de existencia, pero ¿dónde estaba lo mejor?

¿No tenía acaso Rodney tantos derechos como ella misma en la educación de los niños que también eran suyos?

Incluso mirándolo bien, desde el punto de vista legal, ¿no tenía acaso la prioridad? ¿No incumbía acaso al padre el escoger el modo de educar a los hijos, y a la madre el de velar por la salud de los mismos siguiendo escrupulosamente los consejos del padre?

Según Rodney, la vida en el campo era muy sana para los niños…

A Tony posiblemente le habría gustado mucho.

Rodney había querido a toda costa que no se contrariara la vocación de Tony.

«No me gusta —había dicho— forzar la voluntad de las personas

para obligarlas a hacer lo que no les gusta».

¡Y en cambio ella no había sentido ningún escrúpulo en obligarle a hacer lo que ella quería!

Con un terrible sobresalto Joan se dijo: «Y sin embargo, yo quiero a Rodney. ¡Sí, le quiero! ¡Y lo que he hecho no ha sido por falta de amor!».

Pero aquí estaba lo más imperdonable precisamente, lo acababa de descubrir de repente.

Ella quería a Rodney, y sin embargo, le había impuesto su voluntad personal. Si lo hubiera detestado, su conducta habría sido más perdonable.

Si le hubiera sido indiferente la cosa habría sido menos grave.

Pero ella lo amaba y, a pesar de ello, le había privado de un derecho indiscutible; el de escoger el tipo de vida que más le gustaba.

Valiéndose desvergonzadamente de sus armas de mujer —del niño que llevaba en su seno y del que tenía en la cuna— le había quitado algo que luego él nunca más había podido volver a recuperar, le había privado de una fracción de algo esencial, de una fracción de su autoridad de hombre.

Rodney no había luchado para defenderse, y ahora hasta el fin de sus días sería un hombre frustrado, un desgraciado…

Joan, gimiendo, murmuró: «Rodney… Rodney…». Pensó:

«Ya no puedo devolverle lo que le he quitado… No puedo reparar el mal que he cometido… No puedo hacer nada…».

«Y sin embargo, yo le quiero, ¡le quiero de verdad!…».

«¡Y también quiero a Averil, a Tony y a Bárbara!…».

«Los quiero a todos…».

Pero no lo bastante, le respondía su conciencia, no tanto como habrías debido hacerlo.

«¡Rodney!… ¡Rodney!… ¿No puedo hacer nada? ¿No puedo decirte nada para reparar lo que hice?».

He vivido lejos de ti esta primavera…

«Sí, he vivido demasiado lejos —se dijo Joan—, desde hace largo tiempo… desde el principio, desde la primavera de este amor».

«He seguido siendo lo que siempre fui, Blanca tenía razón. He

sido en todo momento la alumna de Santa Ana, he vivido sin preocuparme a fondo por nada, limitándome a tener pensamientos superficiales, satisfecha de mí misma, y temiendo extraordinariamente todo lo que podía hacerme sufrir…».

«Sin valor…».

«¿Qué hacer? —se preguntó—. ¿Qué puedo hacer ahora?».

Se le ocurrió una idea: «Aún puedo hablarle, puedo decirle: ¡Perdona! ¡Perdóname!».

«Sí eso será lo que haré. Le diré ¡perdóname! ¡No lo sabía! ¡No me daba cuenta de nada!…».

Joan se levantó y sus pies apenas lograban sostenerla, le costaba mantener el equilibrio.

Empezó a andar lentamente, con grandes esfuerzos, como una anciana.

La marcha resultaba penosa, tenía que poner un pie delante del otro con sumo cuidado.

«Rodney —pensó Joan—. Rodney…».

«¡Qué mal se encontraba! ¡Qué débil!…».

Y aquel camino no terminaba nunca…

* * *

El hindú salió del parador y corrió a su encuentro con la cara radiante. Desde lejos le hizo grandes gestos gritando:

—¡Buenas noticias, *Memsahib*! ¡Buenas noticias!

Joan se lo quedó mirando con asombro.

—¿*Memsahib* ver? —Y señaló en una dirección con el brazo extendido—. ¡Tren en la estación! ¡Podrá cogerlo esta noche!

¿El tren? ¡El tren para ir de nuevo al encuentro de Rodney!

«Perdóname, Rodney… Perdóname…».

De pronto se echó a reír con una risa salvaje, con una risa de loca.

El hindú se la quedó mirando extrañado. Joan consiguió serenarse a tiempo y recuperar su presencia de ánimo para decir:

—El tren ha llegado en el momento oportuno.

11

A Joan le parecía que estaba soñando. ¡Sí, verdaderamente parecía un sueño estar cruzando aquellas alambradas con el chiquillo árabe a su lado llevándole las maletas! ¡Y oír hablar con voz gutural a un hombre grueso de aspecto patibulario que era el jefe de estación turco!

¡Qué alegría le daba poder contemplar la conocida silueta del coche-cama con el empleado vestido de color chocolate, inclinado hacia la portezuela!

¡Y el letrero «Alepo-Estambul» colgado bajo las ventanillas del vagón!

¡Era el lazo de unión entre el parador de la etapa del desierto y la vida civilizada!

¡Resultaba magnífico verse tan bien acogida en francés, y contemplar el compartimiento con la cama ya hecha con blancas sábanas y una almohada!

¡Era el retorno a la civilización!

Exteriormente, Joan había vuelto a ser la viajera desenvuelta y serena de siempre, la Mrs. Scudamore que había dejado Bagdad hacía menos de una semana. Sólo ella conocía el asombroso cambio que se había efectuado bajo aquélla, aparentemente inmóvil, fachada.

«El tren había llegado en el momento oportuno», había dicho ella, y era cierto, como también lo era el que las últimas barricadas, que ella tan cuidadosamente había erigido, habían sido derribadas por un golpe de mar, de miedo y de soledad.

Había tenido que afrontar —como habían tenido otros— una visión de sí misma. A pesar de su aspecto normal de inglesa en viaje turístico, interesada por los menores detalles del viaje, había sentido su corazón y su mente llenos de la humillación de aquel *mea culpa* que había entonado en el silencio y bajo el sol.

Había contestado maquinalmente a las preguntas del hindú.

¿Por qué no ha bajado a comer, *Memsahib*? Comida esperar en la mesa. Muy buena. Ahora casi las cinco, demasiado tarde para comer. ¿Querer té la *Memsahib*?

—Sí —había contestado Joan—, tomaré el té.

—Pero ¿dónde estaba *Memsahib*? Yo buscar por todas partes. No ver *Memsahib*. No saber dónde haber ido.

Había ido lejos, mucho más lejos de lo acostumbrado.

—Imprudencia. Mucha imprudencia. ¿*Memsahib* se perdió? ¿No saber volver? ¿Equivocar el camino?

Sí, había perdido su camino durante un momento, pero afortunadamente tenía buen sentido de la orientación. Tomaría el té ahora y después se iría a descansar un poco.

—¿A qué hora salía el tren?

—A las ocho y media. Aunque a veces esperar que lleguen coches, pero hoy no haber coches. Vados en mal estado. Demasiada agua. Torrentes hacer ¡puf!

—¿*Memsahib* estar cansada? ¿*Memsahib* fiebre quizá?

—No, no tengo fiebre, estoy segura. Ahora ya no.

—¡*Memsahib* distinta a otros días!

«Sí —pensó Joan—, en efecto, *Memsahib* distinta a otros días». Posiblemente el cambio se notaba hasta en su cara. Había subido a su habitación y se había quedado mirando su rostro en la luna del espejo manchada por las moscas.

¿Resultaba visible aquel cambio? Ciertamente, su rostro parecía haber envejecido. Tenía profundas ojeras. La piel, llena de polvo ocre, presentaba numerosas estrías por donde corrían gruesas gotas de sudor.

Se había lavado la cara y rehecho el maquillaje. Luego había vuelto a mirarse al espejo.

Sí, efectivamente, había cambiado. Aquel rostro que la estaba mirando con tanta seriedad a través del espejo manchado había perdido su expresión altiva.

¡Qué terrible orgullosa había sido siempre! De repente volvió a sentir aquella sensación de disgusto que la había asaltado un momento antes; experimentaba una terrible aversión hacia sí misma.

«Rodney, Rodney…».

Aquel nombre repetido varias veces en su pensamiento había logrado consolarla un poco.

Se aferró a él como si fuera un símbolo de todas sus resoluciones. Se lo confesaría todo a Rodney, sin hacerse el más ligero favor a sí misma. Eso era lo que debía hacer. Empezarían de nuevo los dos de la mejor manera que se pudiera a su edad y emprenderían una nueva vida. Le diría: «Soy una estúpida. Enséñame, con tu inteligencia y tu bondad, a vivir».

Después le pediría perdón. Rodney tendría mucho que perdonarle. Era maravilloso que no hubiera llegado a odiarla… Nada de extraño tenía que a Rodney le quisiera todo el mundo: sus hijos lo adoraban. Incluso Averil, a pesar de las fuertes discusiones que había tenido con su padre, lo había amado siempre. Nada de extraño tenía tampoco que las criadas estuvieran siempre dispuestas a servirle con gusto y que contara con numerosos amigos. «Rodney siempre había sido bueno con todos», pensó Joan… Suspiró. Estaba extenuada, no podía más.

Se había bebido el té y después se había echado sobre la cama hasta la hora de cenar y coger el tren.

No había experimentado ninguna angustia, ningún terror, no había tratado de distraerse ni de pensar en nada concreto. Pero ya no veía más lagartos saliendo de sus escondrijos para inquietarla.

Había tenido una revelación de sí misma, se había visto como era.

Y luego sólo había anhelado descansar, tendida sobre la cama, pensando en Rodney y tratando de recordar confusamente su cara de expresión triste y bondadosa…

* * *

Instalada en su departamento del tren, en aquel momento se sentía completamente normal. Había escuchado con atención todo lo que le había contado el revisor sobre los accidentes que habían ocurrido en la línea, le había entregado su pasaporte, sus billetes y le había rogado que telegrafiara a Estambul para que le reservaran una plaza en el Simplon-Orient-Express. Le había rogado también que mandase el siguiente telegrama desde Alepo a Rodney: «Llegaré con retraso. Todo va bien. Abrazos. Joan».

Rodney lo recibiría antes de la fecha en que esperaba su regreso.

Ahora ya había hecho todo lo que tenía que hacer, todo había quedado resuelto. Ya podía descansar tranquila como un niño.

Tenía por delante cinco días de calma mientras el Taurus y el Orient Express devoraban kilómetros en dirección a Occidente, acercándola cada vez más a Rodney y al perdón.

El tren entró en la estación de Alepo al día siguiente al amanecer. Hasta aquel momento Joan había sido la única viajera a causa de la rotura de comunicaciones con el Irak, pero ahora la gente subía al tren tomándolo por asalto. Los retrasos, las anulaciones, las contraórdenes en el despacho de los billetes habían dado lugar a una verdadera algarabía de gritos, imprecaciones, protestas, reclamaciones y disputas en todas las lenguas.

Joan viajaba en primera, pero los coches-cama del Taurus-Express eran del tipo antiguo, de los que sólo llevaban «doubles». La puerta del vagón se abrió y entró una mujer muy alta vestida de negro. Tras ella, el acomodador del tren recibía maleta tras maleta que le iba entregando un mozo de cuerda.

El departamento pronto quedó lleno de maletas de lujo que ostentaban una corona repujada en la tapa.

La viajera hablaba en francés con el empleado. Le iba indicando dónde tenía que colocar las maletas. Una vez colocadas, el hombre se retiró. Entonces, la señora se volvió para dirigir una sonrisa a Joan: la sonrisa habitual en una persona acostumbrada a moverse en el gran mundo.

—¿Es usted inglesa? —le preguntó con cierto acento extranjero.

Tenía un rostro alargado, pálido, de una exquisita movilidad y unos ojos de un color gris claro extraordinariamente hermosos. Joan consideró que debía tener unos cuarenta y cinco años.

—¡Perdone mi intrusión en este tren a estas horas del alba! Desde luego, pasa por aquí a una hora verdaderamente hindú y acabo de turbar su sueño. Además, no estamos de suerte precisamente, estos vagones son muy viejos, los nuevos no es que sean mucho mejores, pero al menos son nuevos. —Sonrió con una sonrisa dulce, casi infantil—. Bien, a partir de ahora no creo que tenga que molestarla más. Sólo faltan dos días para llegar a Estambul, y tengo bastante buen carácter. Si le parece que fumo demasiado, avíseme. Ahora la dejaré dormir. Me voy al coche-

restaurante. Aquí lo enganchan, ya me he enterado. (En aquel momento una sacudida la proyectó hacia delante, cosa que probaba la exactitud de sus palabras). Esperaré a que empiecen a servir el desayuno, perdone la molestia una vez más.

—Ninguna molestia, por favor. Son cosas del viaje, ya se sabe, ¡siempre hay sorpresas!

—Veo que es usted una persona comprensiva. Me alegro. ¡Lo pasaremos muy bien!

En aquel momento salió del vagón y Joan oyó perfectamente la ovación que le tributaban sus amigos, en el andén, gritando «¡Sasha, Sasha!». Después oyó también algunos retazos de una conversación mantenida con gran soltura en una lengua desconocida.

Joan se había despertado. La noche le había devuelto la tranquilidad. Siempre había dormido perfectamente en los trenes. Se levantó para vestirse. Cuando el tren dejó la estación de Alepo ya casi había terminado de arreglarse. Tan pronto como estuvo arreglada salió al corredor, pero no sin antes haber echado una mirada a las etiquetas del equipaje de su compañera de viaje, donde leyó: Princesa Holenbach Salm.

En el vagón restaurante se encontró con la princesa sentada ante una mesa hablando animadamente con un francés de aspecto rollizo. Con un gesto, la princesa saludó a Joan y le indicó que tenía un sitio a su lado.

—¡Es usted una mujer valiente! —le dijo—. En su lugar, yo habría seguido durmiendo. Continúe, continúe, señor Baudier. Decía… Lo que me estaba contando me interesaba extraordinariamente.

La princesa hablaba francés con el señor Baudier, inglés con Joan, turco (como si fuera su lengua) al camarero y, de vez en cuando, siempre con la misma gracia, decía algunas palabras en italiano a un oficial de aspecto sombrío.

El adiposo francés pronto terminó su ligero desayuno y se retiró tras haber hecho un ligero saludo con la cabeza.

—¡Es usted una verdadera políglota! —le dijo Joan a la princesa.

El alargado rostro de la princesa adquirió un aire melancólico.

—A la fuerza —contestó—. Soy rusa. Me casé con un alemán y he vivido durante mucho tiempo en Italia. Hablo ocho o nueve lenguas, más o menos bien. Resulta tan agradable poder conversar,

¿no cree? ¡Todos los seres humanos son interesantes y la vida humana es tan corta! Hay que comunicarse con la gente, y tener un intercambio de ideas. En la Tierra hay una gran falta de afecto, en mi opinión. «Sasha, me dicen mis amigos, es imposible amar a cierta gente: a los turcos, a los armenios o a los levantinos…». Pero yo sigo firme en mi opinión. Me intereso por todo el mundo: Camarero, ¡la cuenta, por favor!

Joan parpadeó ligeramente. La princesa había proferido aquella última frase a renglón seguido de lo que acababa de decir sin hacer ni una pausa. El camarero se acercó respetuosamente. Joan quedó completamente convencida de que su compañera de viaje era una persona de alto rango social.

Durante toda la mañana y gran parte de la tarde el tren fue describiendo eses en plena llanura, después lentamente empezó a subir la ladera del Taurus.

Sentada en el rincón de su departamento, Sasha leía, fumaba y de pronto lanzaba alguna frase sorprendente y embarazosa. Joan poco a poco empezaba a dejarse subyugar por aquella mujer extraordinaria, que procedía de un mundo completamente opuesto al suyo y cuya mentalidad difería por completo de cuantas Joan había conocido hasta entonces.

Aquella mezcla de maneras impersonales y de familiaridad ejercía sobre ella una seducción extraña e irresistible.

De un modo completamente incidental Sasha le dijo:

—¡Usted no lee! No hace tampoco ninguna labor manual. Ni siquiera punto de media. ¡Cosa rara en una inglesa! Y, sin embargo, usted es una inglesa de los pies a la cabeza.

Joan sonrió.

—No tengo nada para leer. Tuve que quedarme en Tell Abu Hamid debido a las lluvias y a las inundaciones que se produjeron en la línea del tren y acabé con toda la lectura que traía conmigo.

—¿Pero veo que no parece echarla en falta? No ha sentido la tentación de bajar a comprar un libro en la estación de Alepo. No, se ha contentado usted con pasar el tiempo sin hacer nada, viendo desfilar las montañas ante su vista. Y sin embargo, he notado que las miraba sin ver. Lo que usted estaba viendo sólo es visible para usted; ¿verdad? ¿Acaba de vivir un gran amor o está pensando en él tal vez? ¿Qué anida en su pecho? ¿Una gran tristeza o una inmensa

felicidad?

Joan titubeó un momento y frunció ligeramente las cejas.

Sasha se echó a reír ruidosamente:

—¡Ah! Comprendo. Es usted una inglesa de arriba a abajo, ya me he dado cuenta desde el primer momento. Le parece que esa serie de preguntas son terriblemente indiscretas: para los rusos serían completamente naturales, ¿comprende? ¡Qué curiosa mentalidad tienen ustedes los ingleses! Si yo le preguntara de dónde venía, en qué hoteles había estado, qué países había visto, si tenía usted hijos, a qué se dedicaban, si llevaba mucho tiempo de viaje y si sabía de un buen peluquero en Londres, usted se habría apresurado a contestarme; pero si yo le hago preguntas sobre lo que verdaderamente estoy pensando, ¿experimenta usted una gran tristeza? ¿Su marido le es infiel? ¿Ha tenido usted muchos amantes? ¿Cree usted en el amor de Dios? Todo esto la escandaliza. Y sin embargo, estos asuntos son mucho más interesantes que los otros *nicht wahr*.

—Creo —dijo con calma Joan— que, en efecto, los ingleses somos muy reservados.

—Sí. No se puede siquiera preguntar a una inglesa que lleva poco tiempo de casada: «¿Espera usted un niño?». O por lo menos no se le puede preguntar tal cosa en voz alta en el transcurso de una comida. No; habría que cogerla aparte y susurrarle al oído la pregunta. En cambio, si el niño ya está allí metidito en su cuna, entonces es totalmente correcto preguntar por su estado de salud.

—Sí, claro, la pregunta que usted acaba de formular antes sería demasiado íntima, ¿comprende?

—No, no lo comprendo, ¿por qué? El otro día me encontré con una amiga a la que no veía desde hacía años, una húngara. «Mitzi, le dije al verla, ¿tanto tiempo de casada y aún no tienes niños? ¿Qué te ocurre?». Me contestó que ella misma tampoco podía explicárselo. ¡Y no era porque no hubiera hecho todo lo posible durante cinco años! Estoy segura de que si le hubiera dado algún consejo lo hubiera seguido prestamente. Como esta conversación la mantuvimos además en el transcurso de una comida entre amigos, cuando se habló de ese asunto todos empezaron a contar casos dando recetas infalibles. ¿Quién sabe? Tal vez con alguna de ellas conseguirá solucionar su problema.

Joan permaneció impasible.

Pero, de pronto, sintió el extraño deseo de abrirle su corazón a aquella desconocida tan original. Con verdadero frenesí empezó a contarle de repente toda la crisis que había sufrido, como para asegurarse de que efectivamente aquella crisis no había sido un sueño.

Con dificultad empezó a decir:

—Lo ha adivinado usted. Acabo de vivir unos días terribles.

—¿*Ach Yes*? ¿De qué tipo? ¿Con algún hombre?

—¡Oh no! ¡Nada de eso!

—¡Tanto mejor! Estas fugas amorosas cada vez son más frecuentes y francamente, a decir verdad, son muy banales.

—He estado sola en el parador de Tell Abu Hamid, un lugar horrible, lleno de moscas, inmundicias y alambradas. El albergue es un edificio miserable donde reina una lúgubre oscuridad…

—Oscuridad necesaria para resistir el calor, amiga mía, pero comprendo que le resultara muy desagradable.

—No tenía con quien hablar, pronto acabé con mi provisión de lectura y fui presa de una crisis, de una crisis de nervios espantosa.

—Sí, es cosa corriente en esos sitios. Me está usted interesando extraordinariamente. ¿Y entonces qué?

—Empecé a hacer descubrimiento en mí misma, a tomar conciencia de cosas que ignoraba —o mejor dicho no— de cosas que conocía perfectamente, pero que nunca había querido admitir. No puedo explicarle…

—Sí, puede hacerlo. No hay nada más sencilla. La comprendo perfectamente.

Sasha manifestaba un interés tan natural y tan sincero, que Joan instintivamente se lanzó a hacerle confidencias. La princesa encontraba tan perfectamente normal hablar de los sentimientos personales y de la vida privada, que Joan se dejó influenciar y se sintió dispuesta a hacerle toda clase de confesiones. Poco a poco fue perdiendo parte de su excitación y consiguió describir su malestar, sus terrores y hasta el estado de pánico en el que finalmente se había visto sumida.

—Estoy segura de que le pareceré una tonta, pero le aseguro que me sentía completamente sola y abandonada incluso de Dios…

—Sí. Otros han conocido esto. Yo misma. Debatirse en las

tinieblas es horrible.

—Yo, en realidad, no me debatía en las tinieblas; al contrario, me sentía cegada por la luz, una luz impresionante… sin abrigo, sin protección y sin sombra.

—Viene a ser lo mismo. Para usted la luz fuerte era un suplicio porque había vivido largo tiempo ocultándose la verdad a sí misma, sumiéndola en la sombra. Yo sufría de lo contrario, de la oscuridad de no llegar a distinguir claramente cuál era mi camino, como un ser perdido en la noche. Pero la prueba es la misma, se tiene la impresión de que se ha fracasado totalmente y que Dios le ha dejado a una de la mano.

Joan volvió a decir lentamente:

—De repente se produjo en mí como un milagro. Lo comprendí todo: lo que era y lo que había hecho. Todos mis estúpidos subterfugios y mis simulacros parecieron diluirse en el aire. De pronto me sentí renacer… ¡como si hubiera encarnado de nuevo en otra persona!

Se quedó mirando ansiosamente a su compañera de viaje. Sasha miraba al suelo.

—Entonces vi claro cuál era mi deber. Tenía que modificarlo todo al volver a casa… Tenía que construir una vida nueva, partir otra vez de cero…

Aquellas palabras cayeron en el silencio. Sasha se quedó mirando a Joan pensativamente. Joan dijo no sin cierta timidez:

—Ya me doy cuenta de que todo esto parece excesivamente dramático y exagerado…

Sasha la interrumpió:

—No, no, nada de eso. Su crisis es perfectamente normal. La han sufrido otros, San Pablo y otros santos y también simples pecadores. Es lo que se llama una conversión: una revelación. El alma se da cuenta de su mediocridad, de su tibieza. Es algo tan real como lavarse los dientes o comer. Pero me pregunto, sí, me pregunto…

—Tengo la impresión de que he tratado con mucha dureza a un ser a quien quiero mucho…

—Y ahora tiene remordimientos.

—Sí, y estoy impaciente por llegar a mi casa. Estoy esperando ansiosamente el momento de poder decirle…

—¿Quién es él? ¿Su marido?

—Sí. Siempre ha sido muy bueno conmigo. Pero no lo he hecho feliz. No he conseguido darle la felicidad.

—Y cree que ahora lo conseguirá, ¿no?

—Por lo menos debo explicarle… Debe comprender lo mucho que lamento… ¿Cómo lo diría? —Los términos de la oración de acción de gracias después de la Comunión acudieron a su memoria —. A llevar de ahora en adelante una nueva vida.

Sasha le dijo gravemente:

—Los santos lo consiguen…

Joan murmuró:

—¡Pero yo no soy ninguna santa!

—¡En eso estoy pensando precisamente! Le va a ser difícil. — Sasha se quedó unos momentos pensativa. Luego dijo en otro tono —: Perdone que se lo haya dicho tan bruscamente: puedo equivocarme.

Joan se quedó ligeramente perpleja.

Sasha encendía de nuevo un cigarrillo y empezó a fumar ávidamente mientras miraba por la ventanilla:

—No sé —dijo Joan, muy turbada— porque le he hecho esas confidencias…

—Porque tenía ganas de hablar con alguien y confiarle su secreto, amiga mía, no le quepa duda. La obsesionaba el recuerdo de esta crisis que ha vivido y aspiraba a liberarse: cosa completamente normal.

—¡Habitualmente soy tan reservada!

Sasha esbozó una sonrisa al oír aquel comentario.

—Y usted se siente muy orgullosa de ello, ¿verdad? Como todos los ingleses. Oh, sí, ¡qué raza tan original! ¡Verdaderamente original, tan púdica, siempre dispuesta a reconocer y a proclamar sus debilidades!

—Me parece que exagera usted un poco —dijo Joan incorporándose un poco en el asiento.

De repente se sintió muy inglesa, muy diferente de la extranjera de pálida tez y rostro exótico que le hablaba desde el otro rincón del departamento. Se notaba completamente distinta a aquella mujer a la que hacía sólo unos instantes acababa de confiar su secreto.

Con voz convencional volvió a decir:

—¿Tiene usted reserva en el Simplon-Express?

—No. Pasaré la noche en Estambul y de allí partiré hacia Viena. —Añadió negligentemente—: Quizá voy allí a morir; son cosas que pueden ocurrir…

—¿Está usted…? —Joan titubeó antes de proseguir—. ¿Tiene usted algún presentimiento?

—¡Oh no! —contestó Sasha echándose a reír ruidosamente—. No, no nada de presentimientos, voy a Viena a que me operen, es una operación grave, que no siempre tiene éxito, pero en Viena conozco a muy buenos cirujanos. El que me operará es una eminencia. ¡Es judío! Siempre he dicho que sería una estupidez expulsar a los judíos de Europa. Son gente excepcional para la medicina y la cirugía. Y también son gente muy bien dotada para el arte…

—¡Oh! ¿Cómo puede usted…? ¡Qué horror!

—¿Qué cómo puedo pensar con tranquilidad que estoy en peligro de muerte? ¿Y por qué no? Algún día hay que morir. Tal vez aún no sea éste el día de mi última hora. Si salgo bien de esta operación, tengo pensado entrar en un convento, en una orden de reglas muy severas, donde no se permite hablar, sólo meditar.

Sasha añadió con gravedad:

—El mundo va a necesitar muchas oraciones pronto, a causa de la guerra…

Joan se sobresaltó.

—¿La guerra?

Sasha movió afirmativamente la cabeza.

—Sí, no me cabe ninguna duda desgraciadamente: la guerra. Estallará dentro de uno o dos años.

—Sinceramente —dijo Joan—, creo que se equivoca.

—No, no. Tengo amigos que están muy bien informados, me lo han dicho con toda seguridad. Es algo cierto, fatalmente seguro.

—¿La guerra? ¿Dónde? ¿Y contra quién?

—La guerra mundial. Todas las naciones se verán arrastradas a ella. Según mis amigos, ganará Alemania, pero yo no lo creo, a no ser que gane la guerra con una rapidez sorprendente. Conozco muy bien a los ingleses y a los americanos, y estoy segura de que ellos dirán la última palabra.

—Nadie puede desear la guerra —dijo Joan.

—¿No? ¿Para qué han sido creadas pues las Juventudes Hitlerianas?

Joan respondió con convicción:

—Yo tengo muchos amigos que van a menudo a Alemania. Y según ellos, el régimen nazi en muchos aspectos es excelente.

—Bueno, bueno —exclamó Sasha—. ¡Ya veremos lo que dirán dentro de tres años!

Una parada del tren la proyectó hacia delante.

—¡Ah! Estamos entrando en Cilicia. Es magnífico el paisaje, ¿verdad? Vamos a contemplarlo un poco.

Ambas se asomaron y se quedaron admirando a través de una larga brecha que hendía la cadena de montañas, la llanura azulada que se perdía entre las brumas.

Caía la noche, el aire resultaba deliciosamente fresco y agradable.

«¡Qué fantástico!», pensó Joan.

Lamentó que Rodney no estuviera a su lado para poder admirar aquel crepúsculo.

12

¡Estación Victoria!…

Joan notó que su corazón palpitaba con fuerza. ¡Qué alegría volver a sentirse en casa!

Durante un momento se olvidó hasta de su viaje y volcó toda su admiración en la Gran Bretaña. ¡Qué simpáticos eran los mozos de cuerda británicos! El tiempo no era muy bueno, ¡pero era tan inglés! ¡Un magnífico tiempo dé espesa niebla!

¡Y estaba en la Estación Victoria! No tenía nada de gracioso ni de elegante, pero era su querida y vieja estación, tan idéntica a sí misma, con todo tan conocido, ¡hasta el olor!

«¡Oh! —pensó Joan—, ¡qué feliz soy de haber llegado!».

Después de aquel largo y fatigoso viaje a través de Turquía, Bulgaria, Yugoslavia, Italia y Francia, tras los trámites de aduana y la presentación de los pasaportes, después de haber contemplado aquella diversidad de uniformes y oído aquella variedad de lenguas, había quedado más que harta de todo lo extranjero. Incluso aquella mujer extraordinaria, aquella rusa con la que había compartido el departamento del tren hasta Estambul, había acabado por hastiarla un poco. Al principio le había interesado, como interesa siempre una persona de una raza tan distinta a la propia, pero a partir del momento en que el tren había dejado atrás el mar de Mármara, Joan había empezado a suspirar ya para que llegara pronto el momento de su separación. Le molestaba bastante pensar en lo que le había contado a aquella desconocida sobre su vida privada. Y además, durante todo el trayecto había ocurrido algo que a Joan le había desagradado profundamente, durante todo el viaje se había sentido terriblemente provinciana… Y no le había servido de nada pensar que ella, Joan Scudamore, podía estar a la altura de cualquiera, no había llegado a convencerse a sí misma. La había molestado comprobar que Sasha, aunque muy simpática, era una

aristócrata, mientras que ella no pasaba de ser una pequeña burguesa, la oscura esposa de un abogado de una pequeña ciudad… Pero aquel pensamiento resultaba completamente estúpido…

De todas maneras aquello había terminado, le había dado la vuelta a aquella página. Se encontraba de nuevo en su país y estaba pisando su suelo natal. En la estación no la esperaba nadie porque no le había mandado ningún otro telegrama a Rodney. Su marido no sabía pues cuando llegaba.

Joan quería volverlo a encontrar en casa. Quería poder hacer su confesión sin ser interrumpida y sin testigos. El estar en casa facilitaría su tarea.

Resultaba inimaginable pensar en una mujer que imploraba sin más ni más el perdón de su marido al bajar del tren, ¡en el andén de la estación Victoria!

¡Nada menos propicio para la intimidad que aquel andén lleno de gente apresurada!

Pasaría una noche de descanso en el *Grosvenor* y, al día siguiente, iría a Crayminster.

Se preguntó si antes trataría de ver a Averil. La podría llamar desde el hotel.

Sí, eso haría quizá.

Como sólo llevaba equipaje de mano y ya había sido revisado por la aduana de Dover, pudo ir directamente al hotel seguida del mozo de cuerda.

Tomó un baño, se arregló y después llamó a su hija Averil por teléfono. Por una afortunada coincidencia, Averil estaba en casa.

—¿Eres tú, mamá? No sabía que ya habías vuelto.

—He llegado esta tarde.

—¿Papá está en Londres también?

—No. No le he anunciado mi llegada. Posiblemente habría venido a esperarme y eso habría entorpecido mucho su trabajo; además, habría sido una carga más y ya está bastante fatigado.

Joan creyó percibir una ligera entonación de sorpresa en la voz de su hija cuando contestó:

—Sí, es cierto. Estos últimos tiempos ha estado agobiado de trabajo.

—¿Lo has visto a menudo en mi ausencia?

—No. Vino a Londres hace unas tres semanas y comimos juntos.

¿Qué haces esta noche? ¿Quieres venir a cenar a un restaurante conmigo?

—Querida, preferiría verte aquí si no te molesta. El viaje me ha dejado muy cansada.

—Claro. En seguida voy, mamá.

—¿Vendrá Edward contigo?

—No. Esta noche tiene una cena de negocios.

Joan colgó el receptor. Su corazón palpitaba a un ritmo más acelerado que de ordinario. «Averil —pensó—, mi Averil…».

¡Qué fría era la voz de Averil! ¡Qué impersonal!

Una media hora más tarde la llamaron diciendo que Mrs. Harrison-Wilmott estaba en el hall. Joan bajó al encuentro de su hija.

Madre e hija se abrazaron protocolariamente, como buenas inglesas. «Averil tenía buen aspecto —pensó Joan—. ¿No estaba excesivamente delgada?». Joan se sintió orgullosa de entrar en el comedor del hotel al lado de su hija. Averil era muy hermosa, desde luego, de una belleza fina y distinguida.

Se sentaron a la mesa. Joan se quedó mirando a su hija y experimentó una desagradable impresión. ¡Aquella mirada era de una frialdad y de una indiferencia! Averil, al igual que la Estación Victoria, no había cambiado.

«Soy yo quien ha cambiado —se dijo Joan—, pero Averil no lo sabe».

Averil preguntó por Bárbara y se hizo hacer una detallada descripción de Bagdad. Joan empezó a contar todas las peripecias de su viaje de regreso. La conversación resultaba casi dificultosa. Averil preguntaba por Bárbara de un modo un poco superficial; parecía presentir que si hacía preguntas más precisas podría resultar indiscreta. Aunque a decir verdad, Averil no podía sospechar ni remotamente la verdad… No, Averil seguía siendo la misma de siempre, cortés y distante en todo momento.

«¿La verdad? —se dijo súbitamente Joan—. ¿Cómo sé yo qué es la verdad? Todo esto, a lo mejor, es simple imaginación por mi parte. A fin de cuentas no tengo ninguna prueba palpable…».

Trató de apartar aquella idea de su cerebro, pero el hecho de haber recordado aquello la hizo sentirse un poco nerviosa. ¿Cómo podría llegar a saber si ella no se había convertido en una de esas

personas llenas de manías?

Averil dijo con su natural desenvoltura:

—Edward está convencido de que la guerra con Alemania es inminente.

Joan recobró toda su presencia de ánimo.

—Una compañera de viaje me ha dicho lo mismo. Decía estar muy segura. Era una persona muy importante que parecía estar bien informada, pero a mí me parece imposible. Hitler no se atreverá a desencadenar una guerra.

—No estoy tan segura —contestó pensativamente Averil.

—Nadie desea la guerra, querida.

—Ya, pero no ocurren siempre las cosas como se quiere.

Joan afirmó resueltamente:

—Esta conversación me parece muy desagradable. Acaba haciéndole creer a una que la guerra efectivamente va a estallar…

Averil sonrió.

Continuaron hablando de cuatro trivialidades. Al terminar de cenar, Joan bostezó. Averil dijo de repente que era preferible no prolongar más la cena para que no se fatigara más.

Joan admitió que efectivamente estaba cansada.

Al día siguiente, por la mañana, hizo algunas compras y tomó el tren de las dos treinta. Llegaría a Crayminster hacia las cuatro. Conseguiría llegar antes de que Rodney saliera del despacho y se encontrarían a la hora del té en casa.

Hizo todo el trayecto mirando por la ventanilla complacidamente. El paisaje no resultaba demasiado interesante durante esta estación del año: los árboles estaban desprovistos de hojas, caía una lluvia fina y había mucha niebla, ¡pero resultaba todo tan familiar!

Bagdad, con sus bazares ruidosos, sus mezquitas de cúpulas azul y oro, quedaba lejos. Le daba la impresión de no haber visto nunca aquella ciudad. Aquel viaje interminable, aquellas visiones fantásticas, las llanuras de Anatolia, las nieves y la cadena de montañas del Taurus, las altas planicies desiertas, el largo descenso a través de las gargantas pedregosas hacia el Bósforo, Estambul con sus minaretes, las pintorescas carretas de bueyes de los Balcanes, Italia, el mar Adriático, brillante al salir de Trieste, Suiza y los Alpes a la caída de la noche, aquel variado panorama, aquella serie de

decorados y escenas, todo aquello acababa allí, en el retorno a su casa, a través del campo en pleno invierno.

«Tal vez es que no he salido nunca de casa —se dijo Joan pensativamente—. Parece como si jamás hubiera estado fuera, en el extranjero…».

Se turbó y se sintió incapaz de coordinar y de poner en claro sus ideas. El haber visto a Averil, la víspera por la noche, le había hecho recapacitar en todo de nuevo. Aquella mirada *glacial* fija sobre ella, aquella calma indiferente… «Averil —pensó Joan— no me ha encontrado cambiada». Pero, claro, ¿cómo iba a darse cuenta Averil de aquel cambio?

No era su aspecto físico el que había cambiado.

Murmuró dulcemente para sí misma: «Rodney…».

La llama interior pareció reanimarse de nuevo, volvió a ponerse triste y sintió otra vez una furiosa impaciencia de amor y de perdón…

«Pues sí es verdad —se dijo Joan—, estoy empezando una nueva existencia…».

En la estación cogió un taxi. Agnes le abrió la puerta y manifestó una sorpresa y una alegría verdaderamente reconfortantes.

—El señor estará muy contento —dicho la muchacha.

Joan subió a su habitación, se quitó el sombrero y volvió a bajar. El salón resultaba un poco frío; Joan notó que era debido a que faltaban las flores.

«Mañana tengo que comprar en la floristería de la esquina».

Empezó a andar de un lado a otro nerviosamente.

¿Le diría a Rodney lo que había adivinado a propósito de Bárbara? Después de todo podía tratarse de una simple aprensión, y entonces…

Sus conjeturas podían ser falsas. Al fin y al cabo ella había forjado toda aquella novela gracias a lo que le había dicho aquella estúpida de Blanca Haggard, no: Blanca Donovan, y verdaderamente, ¿se podía otorgar algún crédito a Blanca? ¿A aquella vieja tan vulgar?

Joan se pasó la mano por la frente. Le parecía que tenía un calidoscopio en la cabeza… Cuando era niña alguien le había regalado uno. Aquel juego le gustaba extraordinariamente. Se quedaba mirando anhelante los cristalitos de colores que daban

vueltas y vueltas antes de inmovilizarse por completo y formar un dibujo.

¿Qué locas ideas habían acudido a su cabeza durante el viaje?

Aquel horrible ambiente del parador y aquella extraña crisis que había tenido en pleno desierto le había hecho imaginar toda serie de atrocidades: que sus hijos no la querían, que Rodney había estado enamorado de Leslie Sherston (cosa totalmente falsa. ¡Qué absurda idea! ¡Pobre Leslie!). ¡Y hasta había estado a punto de reprocharse amargamente haber contrariado a Rodney cuando le había cogido la extraña manía de dedicarse a la agricultura! Cuando en realidad lo único que había hecho era dar pruebas de buen sentido y previsión…

¡Oh, Dios mío! ¿Por qué estaba tan nerviosa? ¿Por qué se había dejado atormentar por todas aquellas cosas horribles que había considerado ciertas cuando todas eran meras suposiciones odiosas?…

¿O eran verdaderas? No quería que fueran verdaderas…

¿Lo eran o no?… Tenía que escoger y decidir…

El sol, el sol era muy fuerte… Y el sol puede producir alucinaciones…

Había corrido por el desierto… se había caído sobre la arena… y había orado… ¿Era cierto todo aquello?

¿O…?

Forjarse aquellas ideas había sido una locura… ¡Qué alegría volverse a encontrar en Gran Bretaña y comprobar que todo estaba igual, tal como ella lo había pensado!

¡Evidentemente todo estaba igual, igual!

El calidoscopio daba vueltas y vueltas…

Y de pronto se paraba para formar uno u otro dibujo…

«¡Rodney, perdóname! No sabía…».

O bien: «Rodney, ya estoy aquí. ¡Estoy tan contenta de haber vuelto!».

¿Qué haría? ¿Cómo acogería a Rodney? Tenía que decidirse.

Oyó que abrían la puerta de la entrada. ¡Reconoció aquel ruido que le era tan familiar! Siempre igual…

Rodney se acercaba…

¿Qué escogería? ¿Cómo saber? ¡Rápido!

La puerta del salón se abrió. Rodney entró. Se quedó parado por

la sorpresa…

Joan fue a su encuentro, pero no lo miró a la cara en seguida. «Un momento, un momento aún…».

Después le dijo alegremente:

—¡Rodney, ya estoy aquí! ¡Estoy tan contenta de haber vuelto!

Epílogo

Rodney Scudamore, sentado en su pequeño sillón de respaldo bajo, miraba a su esposa que estaba sirviendo el té, haciendo tintinear las cucharillas y hablando sin parar. Se extasiaba sobre lo agradable que resultaba haber vuelto al hogar, se alegraba extraordinariamente de encontrarse de nuevo entre todo aquello que había dejado. Decía que él no podía llegarse a imaginar lo feliz que se sentía de haber vuelto a Inglaterra, a Crayminster y a su casa. Contra el cristal de la ventana, un moscardón negro, confundido por aquel calor anormal de principios de noviembre, runruneaba con insistencia recorriendo todo el cristal.

«Zzz-zzzz-zzz», hacía el moscardón.

—¡Fuera, fuera! —decía Joan Scudamore.

«Ruidos y nada más que ruidos», se dijo Rodney.

Algunos querían encontrarle extrañas explicaciones a cosas que no tenían ninguna.

Se había equivocado, a fin de cuentas, al pensar que Joan tenía una preocupación o una pena. Al verla de nuevo, de momento, le había producido aquella impresión, pero era imposible, Joan ignoraba las preocupaciones y las penas. Seguía siendo idéntica a la que había sido siempre. Todo seguía su ritmo habitual.

Al cabo de unos momentos Joan subió a deshacer sus maletas y Rodney atravesó el vestíbulo para ir a encerrarse en su despacho. Tenía allí un poco de trabajo para terminar.

Pero antes de dedicarse a ello abrió primero un cajón de mesa y sacó una carta de Bárbara. La que había llegado por correo aéreo, la había mandado por avión poco antes de que Joan saliera de Bagdad.

Era muy larga, escrita en apretadas líneas. Rodney se la había aprendido casi de memoria. Sin embargo, volvió a leerla de nuevo, sobre todo la última página.

… con eso ya lo sabes todo, papá querido. Supongo que ya lo debías haber adivinado. Ahora me doy cuenta de que fui una idiota y una insensata. Recuerda que mamá no sabe nada. No ha sido fácil ocultárselo, pero el doctor McQueen ha representado su papel a las mil maravillas y Willie ha estado magnífico. Verdaderamente, no sé lo que habría hecho sin él. No me ha dejado ni un momento y ha estado presto siempre a apartar a mamá cuando era preciso. ¡El telegrama en que me anunciaba que llegaba me había dejado literalmente aterrorizada! Me dije que tú posiblemente habías hecho todo lo posible para retenerla, ¡papá querido!, pero que ella no se había dejado persuadir. Desde luego, su idea desde ciertos puntos de vista me parece formidable, pero lo malo es que posiblemente venía con la idea de reorganizar toda nuestra existencia…

Era como para perder la cabeza, y yo estaba demasiado débil para sostener la lucha.

Estoy encantada con Mopsy. ¡Es adorable! Me gustaría tanto que la vieras… Me estoy preguntando, papá, si tú también nos querías ya a esa edad o empezaste a hacerlo cuando ya fuimos algo mayores. ¡Papá, estoy tan contenta de que seas mi padre!… No te preocupes por mí, ahora estoy perfectamente y me he serenado por completo.

Muchos abrazos de
BÁRBARA.

Rodney se quedó unos momentos perplejo ante el contenido de aquella carta. Para él era algo de valor inestimable. Aquella carta contenía una declaración de fe y de confianza en él de parte de su hija.

Pero en el ejercicio de su profesión había comprobado más de una vez el peligro que entrañaba conservar las cartas a veces. Si moría súbitamente, Joan miraría sus papeles, encontraría aquél y sufriría inútilmente. Había que evitarle aquella pena y aquella vejación. ¡Era mejor que siguiera manteniéndose feliz y tranquila en el sereno y fácil universo que ella se había creado!

Cruzó la habitación y echó la carta de Bárbara al fuego. «Sí —pensó Rodney—, ahora Bárbara se habrá convertido en una mujer equilibrada. El matrimonio vivirá feliz». Bárbara le había preocupado mucho, debido a su falta de madurez y a su naturaleza profundamente emotiva. Pero, afortunadamente, la crisis ya se había producido, y Bárbara, aunque había sufrido, había conseguido

salir con bien de la prueba. Y ahora se sentía muy feliz de tener a Bill y a Mopsy. Era un gran muchacho Bill. ¡Ojalá no hubiera sufrido demasiado con Bárbara! Sí, su hija menor estaba en el buen camino. Y Tony también había encontrado su camino. Claro que aquella plantación de naranjos en Rodesia estaba muy lejos, pero aquel tipo de vida no cabía duda de que le convenía. Y la chica con la que se había casado parecía digna de él. Tony no era del tipo de los que sufren, pertenecía a la feliz categoría de los despreocupados.

Averil también había entrado en su elemento. Rodney siempre que pensaba en ella era más con orgullo que con piedad. Estaba orgulloso de aquella hija tan inteligente y con tanto sentido práctico, de temperamento bien equilibrado, que sabía hacer uso de una aguda ironía al hablar, difícil de influenciar e intransigente; en suma, algo completamente contrario a lo que sugería el nombre que ellos le habían escogido.

Había tenido que sostener una dura lucha con Averil, pero al final la había vencido, utilizando las únicas armas que aquella muchacha altanera era capaz de aceptar, unas armas que a él no le gustaba emplear: frías razones, llenas de tremenda lógica ante las que había tenido que sucumbir.

¿Le había perdonado ya? Posiblemente no. Pero no importaba. Si había perdido parte de la ternura que ella sentía por él, había consolidado y reforzado su respeto filial y, a fin de cuentas, para un alma como la de Averil el respeto era algo fundamental.

La víspera de la boda de Averil, a través del abismo que entonces les separaba, le había dicho a su hija: «Espero que seas feliz».

Y ella le había contestado con calma: «Lo intentaré».

¡Respuesta muy de Averil aquélla! Sin vanos heroísmos, sin derramar lágrimas por el pasado, sin apiadarse de sí misma, aceptando la existencia con disciplina, resolviendo siempre las situaciones por sí misma, sin ayuda de nadie.

«Los tres tienen trazado su camino en la vida. Ya no me necesitan…».

Apartó los papeles que tenía esparcidos sobre su despacho, tomó el contrato de Massingham y se fue a sentar junto a la chimenea, lanzando un pequeño suspiro.

Empezó a hojear aquellos papeles:

El arrendador da en arriendo al arrendatario, con plena voluntad por ambas partes, la totalidad de una granja con sus dependencias, tierras y amojonamiento, situada en…

Continuó leyendo, después volvió la página:

… con la condición de no cosechar consecutivamente más de dos cosechas de trigo en cualquier parte de tierra arable sin que se haya dejado barbecho durante un verano al menos.

Dejó de leer, su mirada se posó sobre el sillón vacío que tenía enfrente.

Era allí donde se había sentado Leslie, cuando los dos hablaron sobre lo que debía hacer con los niños, sobre si era oportuno hacerles reemprender la vida de familia con Sherston. Tenía que pensarlo bien, había dicho Rodney.

Leslie le había contestado que eso era lo que venía haciendo desde hacía largo tiempo y que pese a todo se había dicho que Charles seguía siendo el padre de los niños y que por lo tanto seguía teniendo todos los derechos.

Un padre que sale de la cárcel, le había dicho él. ¡Un estafador! Había que tener un poco en cuenta la opinión pública también, todo el mundo les volvería la cara. Sería imponer un inútil castigo a sus hijos, tenía que considerar todo aquello seriamente, eran argumentos que pesaban sobre el porvenir de sus hijos. ¡Había que proporcionarles buenas armas para enfrentarse con la vida!

Leslie había respondido: «Sí, pero Charles es su padre. Podría privarle a él de sus hijos, pero no a nuestros hijos de su padre. Desde luego, preferiría que hubieran tenido otro padre más ejemplar, pero el hecho es que el suyo es ése». Y había añadido: «¿Cómo podrían enfrentarse con la vida si empezaban por huir de la verdad?».

Rodney comprendía las razones de Leslie, pero no las aprobaba. Él siempre había procurado que sus hijos crecieran y se educaran en las mejores condiciones. Joan y él se habían esforzado en que así fuera (les habían dado las habitaciones más soleadas de la casa). Y no había retrocedido ante ningún sacrificio.

Cierto que en su familia nunca había existido ningún problema

de tipo moral. No habían tenido que soportar ningún deshonor, ni pasar por ningún período turbio. Ningún fracaso, ninguna decepción, ninguna angustia, ni ninguna dificultad les había llevado a preguntarse si sería mejor disimular o revelar cualquier cosa que pudiera haber ocurrido a los niños.

Se daba cuenta de que en el caso de Leslie había que decirles a los niños claramente lo que había ocurrido en la familia, debían conocer la tara familiar… A pesar de su amor maternal, Leslie había decidido, sin un titubeo, poner parte de su carga sobre sus débiles hombros. No por egoísmo, no para aligerar su propia carga, sino porque no quería ocultarles ni un átomo de la realidad.

Rodney estaba convencido de que Leslie se equivocaba. Admiraba una vez más su valor, pero en ese caso sobrepasaba todos los límites: les exigía demasiado a sus hijos.

Se acordó de que Joan le había dicho un día de otoño en el despacho:

«Tiene valor, sí, pero el valor no lo es todo».

A lo que él había contestado: «¿No?».

Le pareció volver a ver a Leslie sentada delante de él, levantando un poco la ceja izquierda y bajando un poco la derecha, sonriendo ligeramente de lado y apoyando su cabeza en aquel ajado almohadón azul que daba a su cabello un reflejo casi… verde.

Recordaba, ligeramente asombrado, que le había dicho:

«Creía que sus cabellos eran de color castaño, ¡pero son verdes!».

Nunca le había dicho nada tan personal. Nunca se había fijado de un modo detallado en sus rasgos. La encontraba fatigada, enferma y, sin embargo, a pesar de todo se la veía robusta, sí, con una gran resistencia física. Cierto día se había dicho irrespetuosamente que debía ser muy capaz de poder llevar un saco de patatas a la espalda como un hombre.

No era muy romántico aquel pensamiento, y no había nada de romántico en el recuerdo que conservaba de ella, en la imagen de aquella mujer que tenía un hombro más alto que el otro, una ceja siempre ladeada, al igual que su sonrisa, y unos cabellos que parecían verdes cuando se apoyaba sobre un almohadón azul.

Todo aquello no parecía muy apto para suscitar el amor, desde luego. Pero ¿qué era el amor? ¿Cómo se podía llegar a conocer? ¿Era la paz, el contento que había experimentado al verla sentada

allí, en aquel sillón cuyo almohadón ponía reflejos verdes en sus cabellos? ¿O lo que le gustaba era la manera como había dicho de repente, por ejemplo… «Imagínese usted en qué estoy pensando: En Copérnico»?

¿En Copérnico? ¿Por qué, válgame Dios, en Copérnico? Aquel monje que había concebido el mundo bajo otro aspecto y que había sido lo bastante astuto para conciliar los poderes del mundo y expresar sus convicciones de una forma inmortal.

¿Por qué Leslie, con el marido en la cárcel, teniendo que ganarse la vida y preocuparse por sus hijos, por qué sentada en aquel sillón se había puesto una mano sobre el cabello diciendo: «Imagínese usted en qué estoy pensando: En Copérnico»?

A partir de aquel momento el solo nombre de Copérnico le producía palpitaciones. En la pared, encima de aquel sillón, había colgado un antiguo retrato del monje que siempre le hacía pensar en Leslie.

Tendría que haberle dicho que la amaba. Se lo tenía que haber dicho aquel día.

Pero ¿resultaba verdaderamente necesario? Volvió a acordarse ce aquella tarde en que habían estado sentados en la cumbre de Asheldown: habían hecho un alto en el camino bajo el sol de octubre, los dos juntos, solos, torturados por un amor sin esperanza a cuatro pasos el uno del otro como exigía la prudencia. Ella se había dado cuenta de que él la amaba. Lo había adivinado.

Pensó no sin cierta confusión: «Aquel espacio entre nosotros… una pila eléctrica… cargada de deseo».

No habían cruzado ni una mirada. Él se había quedado contemplando los trabajos de la granja, escuchando el lejano runruneo del tractor, y había admirado el rojo frescor de la tierra recién removida. Leslie había permanecido con la mirada fija más allá de los campos, hacia el bosque que se recortaba en el horizonte.

¡Dos seres contemplando la tierra prometida a la que no podrían llegar!

«Le tenía que haber dicho en aquel momento que la amaba».

Pero no habían hablando ni uno ni otro.

Aquel silencio sólo había sido interrumpido por Leslie, que había murmurado:

And thy eternal summer shall not fade.
(Y tu eterno verano no se marchitará).

Aquello había sido todo. Un verso, nada más. Él no sabía siquiera qué doble significado podía tener.

O quizá sí lo sabía.

El almohadón estaba ajado, el rostro de Leslie también. No veía bien sus rasgos, sólo el perfil de sus labios.

Durante seis semanas Leslie se había sentado allí cada día y habían hablando con toda sinceridad, de corazón a corazón. Simple juego de su fantasía, desde luego. Había ideado una seudoLeslie, la había hecho sentarse en aquel sillón y había imaginado lo que diría. Le había hecho decir todo lo que él quería que dijera y ella le había obedecido en todo sonriente.

Aquellas seis semanas habían sido seis semanas de felicidad. Había podido invitar a Watkins y Mills, pasar una agradable velada con Hargrave Taylor y recibir a los amigos que eran de su gusto. Un domingo había dado un largo paseo por la montaña. Las criadas le habían servido muy bien y hasta le habían preparado las comidas que sabían que más le apetecían y él había comido como le gustaba hacerlo, lentamente, teniendo delante un libro apoyado contra un sifón. Después de cenar había trabajado un poco y se había fumado tranquilamente una pipa. Si la soledad le resultaba molesta, la seudoLeslie se instalaba en el sillón de enfrente y le hacía compañía.

La falsa Leslie, sí. ¿Pero acaso en el fondo para él no era la verdadera?

And thy eternal summer shall not fade.
(Y tu eterno verano no se marchitará).

Posó de nuevo los ojos en aquel contrato:

> … y el arrendador deberá actuar siempre con el cuidado y prudencia de un buen padre de familia conformándose a las obligaciones impuestas por la ley y a los reglamentos locales.

Se dijo satisfecho: «Verdaderamente, hago bien mi trabajo».

Después sin falsa admiración, pensó: «He hecho una buena carrera. La agricultura me habría sido más difícil y tal vez no habría sacado tanto provecho».

Sin embargo, ¡Dios mío, qué cansado estoy!

Desde hacía largo tiempo no se había sentido tan cansado.

Se abrió la puerta y entró Joan.

—¡Oh, Rodney! ¿Cómo puedes leer sin luz?

Se colocó detrás de él y le encendió la luz de la lámpara de pie. Rodney le sonrió dándole las gracias.

—Querido, no tienes que leer sin luz, basta con darle a la llave de la lámpara.

Añadió cariñosamente al sentarse:

—Me pregunto cómo te las has podido arreglar sin mí esas semanas.

—¡Oh! He adquirido un montón de malas costumbres, ya verás.

—¿Te acuerdas —le dijo Joan de pronto— de cuando te cogió la manía de rechazar la proposición de tío Henry y de dedicarte a la agricultura?

—Sí, me acuerdo perfectamente.

—¿Y no te alegra pensar que yo te impedí que cometieras tal locura?

Rodney se la quedó mirando, admirando su alegría de vivir, la línea joven de su cuello y su tez lisa y tersa. Había sido siempre hermosa, fiel, afectuosa. «Una excelente esposa», pensó Rodney.

Y contestó sin titubear:

—Sí, te estoy muy reconocido.

—A veces a todos se nos ocurren ideas raras.

—¿También a ti?

Decía aquello como una broma, pero le extrañó ver que Joan fruncía las cejas. Una expresión de tristeza empañó por un momento el brillo de sus ojos.

—Los nervios a veces no resisten y son capaces de desequilibrar a cualquiera…

La sorpresa de Rodney se acrecentó. No podía llegar a imaginar a Joan nerviosa y mucho menos presa de un desequilibrio. Le dijo, para cambiar de tema:

—Te envidio ese viaje que has hecho a Oriente, ¿sabes?

—Ha sido muy interesante, pero te aseguro que no me gustaría

nada verme obligada a vivir en un sitio como Bagdad.

Rodney se quedó pensativo.

—Me gustaría conseguir imaginarme el desierto. ¡Debe de ser algo maravilloso, aquel inmenso vacío, aquella potente luz! Lo que más me gustaría es la luz, contemplar la luz ¡y ver claro!…

Joan le interrumpió y dijo vehemente:

—¡Es atroz, atroz! Aquellas grandes extensiones desérticas, aquella aridez, y la nada…

Su mirada era penetrante, febril, daba la impresión de un animal herido que tratara de huir…

Pero de pronto, su rostro cambió totalmente de expresión y dijo:

—Este almohadón está deshilachado, tengo que comprar otro.

Rodney estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo a tiempo.

A fin de cuentas, ¿por qué no? El almohadón estaba muy viejo, Leslie Sherston yacía bajo una losa de mármol. La Compañía Alderman, Scudamore y Witney cada vez era más importante, el granjero Hoddesdon había hipotecado otro trozo de tierra…

Joan iba de un lado a otro del despacho, pasando el dedo por encima de los muebles para comprobar la cantidad de polvo que habían dejado acumular sobre ellos, ponía bien un libro de la biblioteca y colocaba de nuevo las figurillas en su lugar habitual. ¡En seis semanas había que ver cómo había quedado aquello!

Rodney murmuró para sí:

«Se me han terminado las vacaciones».

—¿Cómo? —Joan se volvió hacia él—. ¿Qué has dicho?

Rodney parpadeó un poco antes de contestar.

—¿He dicho algo?

—Sí, me ha parecido oírte decir: Se me han terminado las vacaciones. Debías de estar soñando y has creído que estábamos otra vez en la época en que los niños volvían de vacaciones para ir a la escuela.

—Sí —dijo Rodney—, eso debe haber ocurrido. He debido de soñar.

Joan se lo quedó mirando perpleja, después puso bien un cuadro que estaba ladeado.

—¡Vaya! ¿Es una nueva adquisición?

—Sí. Lo compré en Hartley.

—¡Ah! —Se quedó examinando el cuadro, con aire de sorpresa

—. ¿Copérnico? ¿Es un cuadro de valor?

—No lo sé —y añadió, soñador—: No tengo ni la menor idea…

«¿Qué es lo que tiene valor? ¿Qué es lo que no lo tiene? ¿Qué podía tener más valor que un recuerdo?».

«Imagínese en qué estoy pensando: En Copérnico…».

«Leslie, casada con un borracho, con un estafador; Leslie, símbolo de la pobreza, de la enfermedad y de la muerte…».

«¡Pobre Mrs. Sherston! ¡Qué vida tan triste!», solía decir Joan.

«Pero Leslie —pensó Rodney— no estaba triste. Había proseguido su camino a través de la decepción, la miseria y el dolor, como un hombre avanza a través de la maleza, los campos y los bosques, con ardor y perseverancia para conseguir llegar a alcanzar su fin».

Con sus ojos cansados y bondadosos se quedó contemplando a su mujer y reflexionó.

Era tan animada, dispuesta y activa, tan dichosa siempre. «Apenas si representa veinticinco años», pensó.

Súbitamente una oleada de inmensa piedad inundó su corazón. Exclamó emocionado:

—¡Pobre pequeña Joan!

Joan se lo quedó mirando:

—¿Por qué pobre? Y ya no soy pequeña.

Rodney contestó maliciosamente:

—Sí, eres la alegre y pequeña Joan. Y si te dejan sola, te sientes desamparada.

Joan se acercó precipitadamente a él, con voz entrecortada por la emoción y dijo:

—No, no estoy sola. ¡No estoy sola! ¡Te tengo a ti!

—Sí —contestó Rodney—. Me tienes a mí.

Pero, al decir aquellas palabras, Rodney sabía que eran completamente ilusorias. Pensó:

«Estás sola, y lo estarás siempre, pero, gracias a Dios, no lo sabrás jamás».

AGATHA CHRISTIE. Escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable *miss* Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La ratonera* ha permanecido en cartel más de 50 años con más de
23 000
representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max

Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos, Asesinato en el Orient Express, Tres ratones ciegos, Muerte en el Nilo, El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de misterio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.